

Selecta

Dedicado a ti,
mi amor

CHRIS DE WIT



Dedicado a ti, mi amor

Chris de Wit

Selecta

SÍGUENOS EN
megustaleer



@megustaleerebooks



@megustaleer



@megustaleer

| Penguin
Random House
Grupo Editorial |

Para ti, mi amor

*El amor hace que el mundo sea menos material,
menos denso, más transparente
a la dimensión divina, a la luz de la conciencia misma.*

Eckhart Tolle

Capítulo 1

Ciudad de Gouda, Holanda.

—¿Qué dicen, Ren? —preguntó, curiosa, una de las jóvenes.

La muchacha observó las cartas una vez más y suspiró.

—Dos individuos se están aproximando a nosotras.

Silvia, Kristel y Ashley, amigas inseparables de la infancia de Renata van den Berg, entornaron los ojos.

—Pero eso no augura nada interesante, cielo. Lo que anhelamos saber es si muy pronto tú conseguirás un novio.

Renata frunció el entrecejo.

—¿Y desde cuándo están tan ansiosas por mí? Las que tendrían que buscar al chico de sus sueños son ustedes.

—¡Puaaj! —chilló Kristel—. No tengo tiempo para un memo.

—Tranquila, Kris. No todos son así.

Renata sonrió. La respuesta provino de Ashley, la gran romántica del grupo.

—Pues enseñame uno que valga la pena.

—Yo no me puedo quejar.

Silvia, la de la sonrisa matadora, expresaba la verdad. De las cuatro, era la que siempre tenía a un tío babeando por detrás. Era hermosa. Su cabello rubio y brillante enmarcaba un rostro labrado por un artista, en el que destacaban unos ojos color miel y una nariz respingona que dejaban a cualquier ejemplar del sexo opuesto babeando por los rincones.

—Bueno, si yo tuviese tus tetas...

—¡Kristel!

—Es que me asombra lo que un par de melones...

—¡No lo son! —gruñó Silvia—. Más bien, naranjas.

—Ah, bue...

Renata y Ashley empezaron a reír a carcajadas ante la eterna pulla entre Silvia y Kristel. Esta última envidiaba las bondades con que la naturaleza había dotado a su amiga, por la sencilla razón de que su cuerpo era muy fibroso. Practicaba muchísimo deporte y sus pechos no eran tan grandes como le hubiese gustado. De todos modos, Kristel aseguraba que eso era lo mejor, ya que podía

desempeñar las disciplinas deportivas con comodidad.

—¿Podemos dejar de hablar de tetas y proseguir? —se quejó Ashley. Las demás asintieron y prestaron atención a las cartas.

Renata era tarotista y desde hacía media hora sus amigas habían arribado a su apartamento para participar, primero, de una tirada grupal y, después, de una individual.

La afición de Renata por el tarot provenía de su madre, quien la había educado en esa práctica alternativa desde pequeña con el objetivo de continuar con la tradición de las mujeres de su familia, quienes traspasaban ese conocimiento a las niñas de las siguientes generaciones.

En la actualidad y con veinticuatro años, la joven contaba con una clientela que le profesaba una gran lealtad. A su vez, había estudiado música en el conservatorio de Ámsterdam, donde hacía tres años se había diplomado. En ese entonces, como la urbe le había resultado demasiado grande, con el título en la mano decidió regresar a Gouda, su ciudad natal. Apenas arribada, había sido contratada como maestra de música en una escuela, donde impartía clases por las mañanas. A la tarde, se dedicaba a alumnos particulares, a quienes instruía en el piano. Renata los recibía en el subsuelo del edificio donde vivía para evitar molestar a los vecinos con el sonido del teclado. Y como si eso no fuese suficiente, dos meses atrás se había anotado en una escuela de *disc jockey*, cuyas clases comenzarían en veinte semanas.

Por lo tanto, Renata, entre tarot y música, ganaba dinero en forma independiente y no le debía un centavo a nadie.

Renata permaneció concentrada en las imágenes frente a sus ojos hasta que abrió la boca más grande de lo habitual.

—¿Qué pasa? —La voz de Ashley se oía ansiosa.

El frunce en los labios de Renata indicaba que estaba analizando la respuesta.

—Un muchacho se presentará en mi vida.

—¡Por fin! —exclamó Silvia con una enorme sonrisa—. El hombre que estamos esperando para ti.

Renata frunció el ceño.

—¿Puedes dejar de pensar en eso, por favor? Se trata más bien de una persona que requiere algo de mí.

—¿Clases de piano? —aventuró Kristel con su mente práctica de siempre.

—Puede ser..., la música lo rodea.

—¿Qué más? —insistió Ashley.

—Es raro, pero las cartas se niegan a ofrecer más información.

—¿Y si intentas hacer una tirada para ti sola?

—¡Ah, no, Kris! —espetó Silvia—. Primero quiero una para mí. ¡Porfis, Renata!

—Deja de ser tan egoísta, ¿quieres? —refunfuñó Ashley.

—Pero...

—¡Cállense las dos! —bramó Kristel.

Renata, abstraída de la pulla que sucedía a su alrededor, afirmó:

—Vendrá a mi casa.

—¡Un futuro cliente!

—Quizá, Kris, pero hay algo más.

—¿Qué? —preguntaron las tres a la vez.

—Necesita protección.

Al levantar la vista, chocó con tres pares de ojos que la contemplaban desorbitados.

—Si quieres, puedo ayudarte con unas clases de karate —susurró Kristel.

Renata meneó la cabeza.

—No se trata de eso.

—¿Y entonces de qué?

Se encogió de hombros.

—No tengo la menor idea.

Un profundo silencio siguió a sus palabras. Renata intuía que la aclaración llegaría a su debido momento, así que, ante la exclamación de disconformidad de sus amigas, levantó las cartas de la mesa y miró a Silvia.

—Tu turno. ¿Qué quieres saber?

Y las sonrisas regresaron.

Capítulo 2

El timbre de la puerta sobresaltó a Renata, quien se apresuró a atender.

—Hola, mi querida. ¿Me prestarías un poco de azúcar?

La señora Lieke de Boer, su amable vecina de sesenta y cinco años y viuda desde hacía muchos años, la observaba a través de las gafas gastadas. Renata sonrió haciéndose a un lado para invitarla a entrar. Cada piso contaba con dos apartamentos, y el de Lieke se ubicaba enfrente del suyo.

—¡Claro que sí! Mis amigas acaban de irse y yo estaba ordenando el comedor.

—Disculpa que te moleste, mi niña.

—Usted jamás lo hace. Al contrario, para mí es un placer ayudarla. —Renata señaló el sofá—.

Por favor, siéntese, que regreso enseguida de la cocina.

Agradecida, la mujer se arrellanó en el asiento.

—Eres muy generosa, Renatita. Debes tener cuidado de que la gente no se abuse de ti.

—Suelo toparme con personas estupendas, Lieke.

—Es lo que atraes, mi amor.

Con una taza repleta de azúcar entre las manos, la joven se acercó a la mesa del comedor y la depositó con cuidado sobre la superficie.

—No tengo motivos para quejarme. Mis padres están sanos y fuertes, y mis dos hermanos también. Además, nunca he tenido tantos alumnos particulares y en la escuela me va estupendo. Con mis amigas me la paso fenomenal y, encima, tengo vecinos maravillosos. Como usted.

La risa de la mujer la contagió.

—¿Y sigues tirando las cartas?

—Sí.

—A ver cuándo me toca a mí.

El semblante de Renata se puso serio.

—¿Tiene necesidad de saber algo, Lieke? Por favor, cuente conmigo para lo que desee.

La vecina negó con la cabeza.

—No te preocupes, tesoro. Para una vieja como yo, es muy poco lo que pueden decirle tus cartas.

Renata tomó las manos de la anciana entre las suyas.

—Todos tenemos derecho a que la vida nos sorprenda, Lieve.

La mujer le dio un apretón con gran calidez.

—Eres un sol. Ojalá que Dios te compense con un buen muchacho que te ame como te mereces y puedas formar una preciosa familia junto a él.

Las mejillas de Renata ardieron. Ese era su gran deseo, pero todavía no había conocido a nadie que le moviese un pelo.

—Tiempo al tiempo, Lieve.

—Es verdad, niña. —Su vecina suspiró—. Pero dime, ¿cómo están tus hermanos?

Renata sonrió.

Timo y Marcel eran un caso perdido. Si bien los amaba, constituían dos ejemplares demasiado salvajes para su gusto. Ambos sabían que eran guapísimos y no dudaban en destrozarse cuanto corazón femenino se cruzase en su camino.

«Quizás algún día sentemos cabeza, Ren, pero mientras tanto disfrutaremos de lo que la vida y las chicas nos ofrecen con tanta generosidad», le habían recalcado hacía unos meses en una conversación.

Ella era lo suficientemente inteligente como para comprenderlos, aunque a veces le ocasionaban dolores de cabeza. Algunas exnovias habían corrido hacia ella implorándole una tirada del tarot para averiguar el futuro con sus hermanos, pero Renata siempre se había negado. Por nada del mundo deseaba entrometerse en los conflictos amorosos de Timo y Marcel.

—Como de costumbre, Lieve. Con un tendal de muchachas esperando a que ellos se dignen a mirarlas —respondió.

—¿Cuántos años tienen?

—Marcel, veintiocho, y Timo, un año menos. Soy la benjamina de la familia.

Lieve asintió con una enorme sonrisa.

—Ya me contarás cuando los dos caigan enamorados hasta los huesos.

—Ojalá sea testigo de semejante acontecimiento, Lieve. ¡Algún día deseo tener sobrinos!

—Por supuesto que ocurrirá, querida. Y tus padres, ¿cómo están?

Renata agrandó la sonrisa. Barend y Camilla disfrutaban de un matrimonio maravilloso, sustentado por una clase de amor que Renata rogaba poder experimentar algún día. Habían sido compañeros de clase en la escuela secundaria y, desde el preciso instante que se vieron, jamás se separaron.

—Felices y deseosos por ser abuelos. Pero al paso que vamos, creo que deberán esperar unos cuantos años.

—Tal vez seas tú la primera en darles un nieto.

—Dios mío, ¡no! —exclamó boquiabierta—. Soy muy joven todavía.

—Existen madres menores que tú.

—Pues yo pretendo gozar de mi soltería durante mucho tiempo.

—Todos dicen lo mismo hasta que encuentran a la persona adecuada. —Cuando Renata iba a

contestar, Lieke se levantó y tomó la taza de azúcar entre las manos—. Me voy, mi querida. Dentro de un rato voy a cenar con el portero del edificio.

«¿Con Frank?», pensó Renata con una mueca de asombro en la cara.

—Pues que lo pasen muy bien.

La señora Lieke sonrió con picardía y, antes de retirarse, murmuró:

—Sin ninguna duda, tesoro.

Capítulo 3

Desde hacía dos horas, la cabeza de Renata amenazaba con estallar. Eran las siete de la mañana, y los pasos pesados que repiqueteaban con furia en el techo todavía no se habían detenido. Tampoco el tronar de muebles arrastrados de un lugar a otro. Alguien se estaba mudando en el apartamento de arriba. Si bien podría elevar una queja por la hora tan temprana en la que se había iniciado la mudanza, Renata no tenía ganas de empezar mal la relación con los nuevos ocupantes. Emitiendo un suspiro de resignación, decidió levantarse y tratar de iniciar el nuevo día de la mejor manera. Después de todo, se sentía agradecida de que esa mañana tuviese libre en la escuela y que los dos alumnos a los que debía dar clases particulares viniesen recién a partir de las tres.

Apartó las sábanas y se dirigió al cuarto de baño. Se dio una ducha rápida y, después, con una toalla enrollada al cuerpo, se preparó un frugal desayuno. A medida que degustaba unas tostadas, oyó en el exterior el azote de una puerta y el característico sonido del ascensor al ponerse en marcha. Se encogió de hombros pensando que, en cuanto se presentara la ocasión, preguntaría al portero por los recién llegados.

Al culminar la comida, se lavó los dientes y se calzó un vestido de algodón color blanco con rayas azules verticales. Se adaptaba muy bien a sus curvas y caía hasta un par de centímetros por encima de las rodillas. En la espalda y por debajo de los omóplatos, destacaba un moño cuyo aire *naïf* encantaba a Renata. Para completar el atuendo, eligió unas sandalias con plataforma de cuña de color azul y rojo con un ribete blanco.

Tarareando una canción, se sentó frente al espejo de la cómoda de su dormitorio y comenzó a peinarse la larga cabellera pelirroja, cuyas puntas rozaban sus caderas. El color de pelo lo había heredado de su madre y los ojos azules, de su padre. Mientras con la mano libre acomodaba sus cejas arqueadas, detuvo la mirada en las pecas desparramadas por su cara y el pecho. De niña las había odiado con todas sus fuerzas, porque fueron el motivo de que sus compañeritos de clase se riesen de ella como si hubiese sido un esperpento de la naturaleza. Y aunque Renata había sufrido por la situación, con el paso de los años había logrado reconciliarse con sus pecas y en la actualidad le resultaban simpáticas y acordes con su aspecto.

Se aplicó brillo labial en la succulenta boca y, para finalizar, chequeó su imagen. Le gustó lo que el espejo reflejaba, en especial la frescura de su piel gracias a la dieta repleta de vegetales y

frutas que llevaba.

Renata sabía que era atractiva, pero no se obsesionaba con ello. Desde pequeña había sido bastante ingenua y no existía en su naturaleza nada de glamur ni de sensualidad. Y del mismo modo que había aprendido a convivir con su cabellera y sus pecas anaranjadas, también lo había hecho con su forma de ser.

Con una sonrisa de aprobación, Renata tomó la billetera de la mesa y partió. Primero, iría al supermercado y de ahí a la casa de sus padres, donde ojalá hallase a su madre para conversar un rato.

Entretanto esperaba por el ascensor, clavó la vista en los números que marcaba el visor. Dos, tres, cuatro, cinco, seis y siete. El elevador se detuvo y Renata preparó su mejor sonrisa para saludar a Lieke. Pero al abrirse la puerta, su semblante empalideció. Ante ella no se encontraba su vecina, sino un ser de otro planeta, que la miraba extrañado. El chico era lo más lindo que había visto en su vida, por lo que, avergonzada, se obligó a cerrar la boca para evitar que se le cayera la baba. No solo era altísimo, sino que en el rostro de ensueño destacaban unos labios llenos, una nariz recta y unos ojos verdes casi transparentes. Las cejas oscuras y tupidas hacían juego con la cabellera negra, la cual caía desordenada en suaves ondas sobre la frente y por detrás del cuello.

—Hola —susurró Renata y carraspeó para aflojar un nudo en la garganta.

El muchacho la observaba con detención, sin emitir un sonido. No era muy simpático, por lo que Renata se apresuró a presentarse.

—Disculpa, me llamo Renata y vivo en este piso. ¿Buscas a Lieke?

—No sé de quién hablas, niñata —contestó fastidiado el adonis, con un vozarrón de miedo y acento extranjero.

Antes de que ella pudiese replicar, él cerró la puerta frente a su cara y continuó viaje hacia arriba.

«¿Niñata?», se repitió furiosa.

La falta de educación del tipo le pareció patética, pero Renata estaba decidida a tener un buen día y no perdería el tiempo en enojarse con alguien tan incivilizado. Apretó el botón del elevador, negada a bajar los siete pisos a pie. Esperó un rato hasta que la puerta volvió a abrirse. Al ingresar en la cabina, se sorprendió al toparse otra vez con el mastodonte que le había hecho semejante desplante.

—¿Estás dando un paseo por el edificio? —preguntó Renata con velada picardía.

Los iris verdes refulgieron y de la deliciosa boca no salió una sola palabra.

«Dios mío, ¡qué seriedad! Se la perdono por ser un rico bombón», pensó.

Renata se sentía pequeñita en comparación a la enorme figura a su lado y temió sufrir de sofocones. Intentando cambiar el foco de atención, se detuvo en las manos, grandes y huesudas, con unos dedos largos que podrían ser los de un pianista. Como ella. En ese preciso instante, arribaron a la planta baja y, cuando Renata intentó abrir la puerta, el sujeto la empujó hacia un lado con el hombro.

—No me fastidies más, mocosa.

Azorada por la desfachatez de lo que acababa de oír, Renata contempló alejarse al individuo hacia el exterior del edificio. Pero antes de que él desapareciese en el interior de un auto aparcado en la acera, ella exclamó bien fuerte para que la oyese:

—Creo ser más grande que tú, tontón.

Consciente de la rabia que el rostro masculino reflejaba, Renata echó a andar con una sonrisa de oreja a oreja. Por nada del mundo le demostraría a ese estúpido lo mucho que la había afectado.

«En todos los sentidos, Renatita».

Capítulo 4

—¿Y quién es el vecino que se mudó al apartamento de arriba? —gritaba Silvia desde el lavabo.

Renata arqueó las cejas.

—¿Kristel te contó?

—No te enfades, cielo. Pero nos desternillamos de la risa cuando nos explicó lo que le gritaste en la calle.

—No suelo ser tan descortés. Tampoco sabía de quién se trataba en ese momento hasta que el portero me puso al tanto.

—Era lo que el muy maldito se merecía.

Iba a responder, pero unos golpes a su puerta la interrumpieron. Cubierta con una bata de color rosa, se apresuró a abrir. Y se quedó sin aliento.

—Presumo un suicidio masculino masivo.

Y no mentía: Ashley y Kristel iban vestidas para el infarto. Kristel llevaba un vestido negro de cuero ajustado al cuerpo, que destacaba su figura repleta de músculos esculturales. La cabellera castaña le llegaba a la altura de los hombros, con un corte escalonado que le otorgaba un aspecto despreocupado. Por su parte, Ashley iba ataviada con un vestido corto de tejido mikado verde, estampado con flores blancas, y con mangas francesas acampanadas, que daban al diseño un toque moderno y divertido. Era la más tímida de las jóvenes, pero no por eso ocultaba su belleza. La cabellera color miel y los ojos casi dorados con pestañas enormes y negras le otorgaban un aire distinguido y exótico, que resultaba la delicia de los muchachos.

—No íbamos a perdernos esta salida a la disco, ¿verdad, Ash? —contestó Kristel entre carcajadas al sentarse en el sofá. Ashley asintió con una sonrisa de oreja a oreja.

—¿Qué les parece?

Silvia apareció sonriendo como una diosa, y todas enmudecieron ante su imagen. El vestido de tubo repleto de lentejuelas *vintage* con la espalda descubierta y la cabellera peinada en un elaborado recogido convertían a su amiga en una digna modelo de alta costura.

—Dios mío, Sil —susurró Kristel—. Estás espectacular.

Todas asintieron por completo de acuerdo.

—¿Y tú, Renatita? —preguntó Silvia.

—Espérenme unos minutos.

En el dormitorio, Renata se enfundó un vestido lánguido de satén color *nude*, abierto en la espalda y con un escote en V, que destacaba sus curvas. En los pies se calzó unas sandalias de charol con tacos aguja de diez centímetros del mismo color que la prenda. Para completar el atuendo, se colocó una cadena de oro al cuello y un par de aros muy delicados del mismo material. Para finalizar, retocó su maquillaje y acomodó la larga cabellera suelta.

Cuando estuvo conforme, regresó al comedor.

—Ren, ¡estás divina! —exclamaron todas—. Los hombres caerán rendidos a tus pies.

—No exageren.

Silvia emitió un bufido.

—No sabes apreciar tu hermosura, tesoro.

Renata se encogió de hombros.

—¿Vamos caminando?

—No —remarcó Kristel—. Vine en el auto de mis padres para evitar que nos salgan ampollas en los pies. Al menos hasta que empecemos a bailar.

Las muchachas se mostraron encantadas, y, entre gazas, satén y tacones altísimos, se perdieron en las calles de la ciudad de Gouda.

El tumulto en la disco era ensordecedor. La gente bailaba en las distintas pistas al ritmo de la música, gritando y riendo entre chorros de burbujas y de humo expulsados de unos pequeños aparatos empotrados en el techo.

—¡Salud, chicas! ¡Esta noche es nuestra! —gritó Kristel.

Sentadas en un sofá, las muchachas levantaron las copas para brindar.

—¡Escuchen! —chilló Ashley ante las voces de Marta Sánchez y Carlos Baute que cantaban a dúo a través de los parlantes—. ¡Vamos a bailar!

Riendo a carcajadas, las cuatro corrieron hacia la pista, donde comenzaron a sacudir las caderas como desahoradas. Varios chicos, seducidos por sus febriles movimientos, se acercaron a ellas, quienes les dieron la bienvenida con una enorme sonrisa. De un tema pasaron a otro sin detener el ritmo caliente, hasta que a Renata le llamó la atención unos ojos masculinos y felinos que la escrutaban desde lejos. Alzó el cuello para distinguir mejor a quién pertenecían, pero con fastidio se dio cuenta de que su dueño había desaparecido. Prosiguió bailando sin dejar de observar el rincón, pero cuando unos brazos fuertes envolvieron las cinturas de Ashley y de Silvia, sonrió.

—¡Marcel! ¡Timo! —se alegró.

—Hermanita —saludó Marcel, y después se inclinó sobre Silvia—. Pero primero. un regalo a la diosa de la noche.

Silvia aceptó encantada el beso que recibió en la mejilla, entretanto Ashley bajaba la vista ante

la presencia de Timo. Renata era consciente de los sentimientos de Ashley por su hermano menor, pero ese bribón era un caso perdido y ella moriría si perdiese la amistad de su amiga por culpa de él. Marcel, más aplacado y reflexivo, no resultaba tan encantador como el donjuán de Timo, pero su gran atractivo suscitaba una infinidad de suspiros femeninos. En definitiva, Timo representaba los extremos, y Marcel, el equilibrio.

Ashley, Kristel, Silvia y Renata se conocían desde casi toda la vida. A los seis años habían empezado la escuela y Timo y Marcel habían formado parte de su mundo desde siempre. Pero al llegar a la adolescencia, a Renata no le pasó desapercibido el deslumbramiento de Ashley por Timo. Su semblante seductor junto con la actitud salvaje que manifestaba lo habían convertido en un joven de gran popularidad entre las féminas de la ciudad. El problema surgió cuando Ashley terminó enamoradísima de su hermano menor y él la entusiasmó con acciones egoístas y manipuladoras. Incluso hubo una época en que intentaron tener una relación, pero el final llegó en forma precipitada y nadie fue capaz de lograr que Ashley desembuchase el motivo de la ruptura.

Renata aún recordaba las palabras de su amiga al ella indagar un poco: «Prefiero perder a Timo, pero no a ti, Ren. No me preguntes nunca más acerca de lo ocurrido y olvidemos que alguna vez tu hermano y yo tuvimos un rollo».

Furiosa, Renata se había presentado ante Timo para exigirle explicaciones, máxime que el muy maldito en vez de mostrarse apenado como Ashley, presumía con una sonrisa de oreja a oreja de que había regresado al grupo de los solteros. Pero por más que gritó, amenazó y suplicó, su hermano la despachó advirtiéndole que él no le rendiría cuenta de sus actos.

Sin claudicar, Renata había intentado obtener información a través de Marcel, pero este le aseguró que no tenía tiempo para cosas de niños, y que Timo y él habían acordado hacía mucho que no se involucrarían en la vida de uno y del otro, y tampoco juzgarían las decisiones que tomaran.

A partir de entonces, Renata aprendió a convivir con las locuras de sus hermanos, porque sabía que en el fondo eran buenos. El inconveniente radicaba en que todavía se comportaban como dos adolescentes en algunos aspectos. En especial, Timo.

—Ten cuidado, preciosa. Estás demasiado hermosa.

La voz de Marcel provocó que los pensamientos de Renata retornaran al presente. Y sonrió encantada.

—Gracias, loquito.

—No queremos a ningún lobo feroz merodeando por aquí.

Renata puso los ojos en blanco ante el comentario de Timo.

—¡Uf! Dos neandertales. —Sus hermanos fruncieron el entrecejo—. Pero no importa. Ahora necesito ir al tocador. ¿Alguien quiere venir?

Ante la negativa general, Renata emprendió la marcha hacia el recinto. No bien hizo sus necesidades y se retocó el maquillaje, salió del lugar, donde chocó con alguien que la hizo trastabillar hacia atrás.

—¡Ey! —exclamó manoteando hacia todos lados, segura de que terminaría sentada de culo en el suelo.

Pero unos brazos macizos la sujetaron. Al alzar la mirada, se topó con la de su vecino, que la examinaba con intensidad.

«Era él», pensó al reconocer los ojos de gato.

—Gracias —dijo con una leve sonrisa.

Si bien el último encuentro entre ambos no había resultado muy cordial, Renata estaba convencida de que mantener buenas relaciones con la gente del edificio era importantísimo, por lo que eligió comportarse en forma educada. Pero en vez de devolver el saludo, el perverso la soltó con un gesto de desagrado y continuó caminando como si ella no hubiese existido.

—¡Qué tío maleducado! —siseó consciente de que ya no la oía.

La irritaba comprobar que cada vez que se lo encontraba, este se empeñaba en degradarla para después retirarse con una mueca de fastidio.

—No importa, Ren —se estimuló—. Es un pobre diablo.

Y se dirigió hacia donde sus amigas y sus hermanos seguían bailando. Marcel y Silvia charlaban animadamente, en tanto Timo bailaba con Kristel, quien sonreía nerviosa frente al rostro serio de Ashley. De pronto, un muchacho que Renata no conocía tomó a Ashley de la mano y la apartó para que bailase con él. El semblante de Timo cambió por completo y, con la mandíbula apretada, encaró al recién llegado.

«Mi hermano es como el perro del hortelano: no hace ni deja hacer. ¡Lo voy a matar!», juró Renata.

Cuando Timo y el chico discutían por la atención de Ashley, Renata aferró a la chica de la muñeca y la llevó hacia un costado.

—Por Dios, Ash, no te metas en líos por culpa de Timo. ¡Es un incordio!

—Te juro que no he hecho nada, Ren.

La imagen desolada de Ashley mortificó a Renata. Su amiga había luchado tanto para alejarse de su hermano que su advertencia no era justa.

—Perdóname, amor —solicitó con ternura—. Tú no haces nada malo, sino el estúpido de Timo. Él no te merece, Ash. Su ceguera es espantosa.

—Lo sé, Ren. Busca mi compañía, pero apenas se produce un acercamiento, se aleja o desaparece.

—Y después no permite que nadie te aborde. ¡Un mequetrefe!

Ashley cerró los ojos e inhaló muy hondo.

—Nunca tendré posibilidades con Timo, Ren. Es así y debo aceptarlo.

Renata esperó a que Ashley abriese los ojos para asentir con comprensión.

—No pensemos más en él, cielo. —Y la tomó de las manos—. ¡Ven! Te invito a tomar algo.

Cuando iban llegando a la barra, dos torsos enormes se interpusieron en su camino. Al contemplar otra vez la cara de su vecino, Renata frunció el ceño. El destino se empeñaba en

acercarlos. A su lado, otro tipo tan hermoso como él miraba a Ashley con devoción.

—¿Tienes que cruzarte en mi camino cada bendita vez?

La pregunta proveniente del sujeto que Renata comenzaba a detestar la dejó boquiabierta. ¿Cómo osaba hablarle así? Y el amigo pareció pensar lo mismo, porque murmuró:

—Arturo...

«¿Arturo? —se repitió sintiendo compasión por él—. ¡Pobrecito! Llamarse de esa manera tan arcaica...».

Al darse cuenta de que la estudiaba con asco, Renata echó al diablo sus buenos modales.

—¿Ese es tu nombre?

—No sabía que también eras sorda.

Renata sonrió y arqueó una ceja.

—¡Pues mira qué coincidencia! Arturo... ¡*sorete* duro!

Estallando en una carcajada, se alejó dudando de que el muy sinvergüenza supiese que en varios países de América Latina ese término se utilizaba para designar al excremento. Miró sobre su hombro, y la expresión asesina de los ojos del joven delató que lo conocía bien.

Sin dejarse amilanar, Renata fue a por un refresco. Jamás gozaba en hacer maldades a los demás, pero ese pendejo era insufrible. Se sentó en una silla del bar y encargó la bebida. Mientras el *barman* la preparaba, Renata observó a Ashley conversar muy entretenida con el amigo de Arturo. Se sintió feliz por ella, ya que, por primera vez en la noche, sonreía animada. Pero el que no se mostraba contento era Timo, quien había detenido la pelea con el otro fulano y examinaba a su amiga como un desquiciado.

«El efecto Ash», pensó con gracia.

Y era así, porque Ashley despertaba grandes pasiones entre los hombres, aunque no fuese consciente de ello. Su belleza era notable, pero el aura de enorme fragilidad que sus iris dorados emitían generaba un irresistible anhelo protector entre los varones. Y Renata estaba segura de que su hermano, por más que lo negase, tampoco era inmune a él.

No bien recibió el refresco, Kristel surgió de entre la muchedumbre y se inclinó sobre ella.

—Timo está como loco, porque el amigo de tu vecino está encantado con Ash.

Renata se encogió de hombros.

—Mi hermano debería dejar de controlarla, porque no tiene ningún derecho sobre ella.

—Pues es lo que Marcel y yo le hemos dicho, pero no entiende razones. A propósito, tu vecinito está para comérselo a lametones como a un helado. Y no te quita la vista de encima.

—Me excedí de nuevo.

—¿Qué hiciste ahora?

Al confesar el episodio, Kristel se desternilló de la risa.

—¡Por Dios, Ren! Gritar algo así a ese engreído es un suicidio de tu parte.

En ese instante, unos muchachos se acercaron y las invitaron a bailar. Kristel aceptó de inmediato y desapareció con uno de ellos hacia la pista más cercana. Cuando Renata se prestaba a

hacer lo mismo con el otro, una mano de acero atrapó su codo y la levantó de la silla. Incapaz de creer en lo que estaba sucediendo, Renata sacudió el brazo para liberarse. Pero el agarre era demasiado fuerte y la obligaba a acelerar el ritmo de los pasos para ponerse a la par de los del energúmeno que caminaba por delante.

—¡Suéltame, Arturo! —gritó sin éxito.

Desesperada, escudriñó a su alrededor tratando de encontrar ayuda, pero todos se habían esfumado. Con la mano libre intentó abrir los dedos que la sujetaban, pero su intención se vio truncada cuando el maquiavélico de Arturo la empotró contra una pared y la encerró en una cárcel de músculos y huesos.

—¿Qué tal si te muestro la cosa dura que tengo entre las piernas, chiquita? —siseó él con una mirada diabólica, muy cerca de su boca.

El corazón de Renata galopó descontrolado al contemplar el tamaño de los brazos incrustados a cada lado de su rostro. Ese matón debía ser un desequilibrado mental. ¡Y vivía a solo unos pasos de distancia de ella! Exactamente dieciséis.

Tomando coraje, se obligó a reaccionar. Por nada del mundo claudicaría ante ese insensible.

—Pues ¡qué pena para ti! Porque todo lo duro que tienes ahí lo tienes de blando en tu cerebro. Estás dividido, chico. Y eso te traerá como consecuencia, entre otras cosas, el estreñimiento.

—¡Basta de estupideces!

—Entérate de que las personas con ese problema suelen ser bastante temerosas del pasado y por eso se quedan atascadas en él.

Arturo la sujetó mejor entre sus brazos.

—¿Qué sarta de pavadas estás diciendo?

—No voy a perder mi valioso tiempo en ti —susurró forcejeando—. Además, ¿por qué eres tan maldito conmigo? ¿Qué te hice?

El sádico apretó la mandíbula con fuerza y Renata inhaló hondo. Era una pena que un tipo tan hermoso fuese un completo cavernícola.

—No me gustas.

Renata abrió y cerró la boca tratando de dar con alguna respuesta. Una vena le palpitó en la frente.

—Pues tú a mí tampoco —contestó al fin, aunque sabía que mentía. Porque ese tío la sumergía en el infierno.

Arturo la recorrió de arriba abajo con los ojos verdes transparentes que contrastaban con las pestañas negras. Era un tremendo espécimen masculino y Renata no entendía su razón por querer pelear con ella, cuando podría estar disfrutando de la compañía de cualquier mujer de la disco.

—¿Por qué no buscas a otra con quién entretenerse?

Su contrincante rio con sorna y, al hacerlo, los dientes blancos y grandes confrontaron a Renata con la sonrisa más hermosa que alguna vez hubiese visto. Por más detestable que Arturo le resultase, en un segundo, se había convertido en un ángel triste. Y sin que pudiese evitarlo, una

pena la invadió y, como la kamikaze que era, murmuró:

—No te defiendas de mí cuando es de otros de quienes tienes que hacerlo.

Lo dijo en voz tan baja que estaba segura de que Arturo no la había oído. Pero al ver cómo la boca de él se contraía, un miedo visceral se instaló en su vientre.

«Claro que te escuchó», se reprendió.

Arturo se echó hacia atrás, entornando los párpados, y las fosas nasales se le abrieron como si inhalase el aroma de su perfume. Renata tragó saliva y, durante un pestañeo, tuvo la seguridad de que algo muy especial se había entretejido entre ellos. No podía explicar de qué se trataba, pero recordó el aviso de las cartas.

—Si me necesitas, ahí estaré —agregó.

«Renata, ¿estás loca», se recriminó, pero la fuerza de lo que sentía hacía que sus palabras saliesen escupidas por su boca sin que ella pudiese detenerlas.

El semblante de Arturo se cubrió de una oscuridad tan glacial que Renata contuvo la respiración. Sin emitir una palabra, el joven dio unos pasos hacia atrás y, dejándola libre, se alejó para desaparecer entre el gentío.

Parada en medio de la bulliciosa inmensidad, un dolor muy profundo impregnó el alma de Renata. Uno que le originó terror, porque algo nuevo y desconocido le advertía que aquello podría significar el comienzo de una verdadera pesadilla.

Capítulo 5

Renata se incorporó en la cama y, apartándose la cabellera de los ojos, trató de enfocar en derredor. Un ruido atronador golpeaba en su cabeza.

«¿Qué pasa, por Dios?», se preguntó confundida.

Inclinó el cuerpo y buscó a tientas el reloj sobre la mesa de luz. Al darse cuenta de la hora que marcaba, no lo podía creer. Eran las tres y cuarto de la madrugada y en el apartamento de arriba parecía que se desarrollaba un concierto o una manifestación.

«¿Otra vez haciendo ruido?», gruñó para sí, furiosa, porque despertarse a horas extrañas se estaba convirtiendo en una costumbre por culpa de su vecino.

La música estridente y las carcajadas de muchas personas evidenciaban una noche muy festiva, pero era lunes y al otro día la gente debía de ir a trabajar. Como ella, que tenía que estar en la escuela a las siete y media de la mañana.

Media sonámbula, se calzó las chinelas y se enfundó el cuerpo con una bata ligera de algodón. El edificio se venía abajo con las estrofas de Rihanna y Calvin Harris en *We Found Love*[1], en tanto se lavaba los dientes. Al mirarse al espejo pensó que su aspecto no tenía arreglo, pero no le importó. Su única meta era lograr que el vecino bajase el volumen para poder dormir unas horas más.

Salió del apartamento y, a pesar de la somnolencia, subió los escalones con bastante rapidez. A medida que se acercaba a la vivienda, escuchó los gritos y las risotadas de varias chicas en su interior. Tocó la puerta con suavidad, pero al darse cuenta de que nadie atendía, lo hizo con más vigor. Esperó un buen rato sin éxito, pero justo cuando iba a aporrear la madera, alguien abrió.

El corazón se le detuvo al toparse con un Arturo semidesnudo que abrazaba a una chica vestida solo con bragas y botas que le llegaban a la rodilla. Con un nudo en la garganta, Renata se arrebujo aún más la bata. El gesto provocó que la despechugada desplegara una sonrisa endemoniada, como si ella fuese un mosquito a punto de morir aplastado por una paleta. Sin poder controlar su curiosidad, Renata estiró el cuello y alcanzó a detectar en el interior a varias parejas con poca ropa, algunas bailando y otras revolcándose en unos sofás. Sin ninguna duda, se trataba de una orgía.

—¿A qué se debe el honor de que vengas aquí? —interrogó Arturo, bastante borracho por cierto, mientras la chica apoyaba sus enormes siliconas sobre su brazo.

Antes de que Renata pudiese replicar, el amigo de Arturo, a quien ella recordaba bien, se acercó a la puerta con otra muchacha cuya indumentaria dejaba muy poco librado a la imaginación. Renata se puso rabiosa al constatar que el chico que había logrado hacer reír a Ashley en la disco y que la había dejado en la puerta de su casa con una enorme sonrisa dibujada en la cara, se encontraba en ese horrendo lugar. A él tampoco le dio gracia que ella lo hubiese descubierto porque, al reconocerla, empalideció y se separó de la chica casi de un empujón.

—Hola, Renata —murmuró él.

—Vamos, Tommy. No te pongas nervioso —chistó Arturo estrechando con más fuerza a la joven semidesnuda—. Nuestra angelical vecinita quiere sumarse a nosotros.

—No seas grosero —siseó el aludido.

Arturo lo miró con detenimiento.

—Tú sigue con lo que estabas haciendo, que yo me encargo de mi dulce angelito.

Renata tragó en seco, sospechando que esos dos debían de ser unos facinerosos. Lo único que desentonaba era el dejo de culpabilidad en la cara Tommy, pero ella no permanecería un segundo más entre esos locos, por lo que se apresuró a decir:

—Por favor, bajen el volumen. Es imposible dormir con tanto bochinche y mañana varios de los que vivimos en este edificio trabajamos muy temprano.

—Por supues... —comenzó a decir Tommy, pero la carcajada de Arturo lo detuvo.

—Vamos, chiquita. Entra que te la pasarás genial.

—Arturo, por Dios, déjala en paz —espetó Tommy, cuya expresión se había transformado en la de un asesino.

Arturo no se amilanó ante su amigo y le devolvió el gesto con uno similar.

«¡Sería el colmo que estos dos se pusiesen a pelear ahora!», reflexionó Renata asustada.

—¿Y a ti quién te ha pedido intervención en mis asuntos con la vecinita?

Tommy perdió los estribos y acercó el rostro a unos milímetros del de Arturo.

—Ni se te ocurra molestarla.

Arturo arqueó las cejas, enajenado.

—La amiga de esta idiota te ha mojado las bolas, ¿eh? ¿Ashley se llamaba?

La chica con las tetas al aire y la otra fulana se pusieron nerviosas ante la ira creciente de los muchachos y los abandonaron perdiéndose en el interior del apartamento.

—No te atrevas a mencionarla —siseó Tommy.

—¿Pueden calmarse? —sugirió Renata cuando las narices de ambos se rozaban entre sí. Debía evitar una contienda que sería terrible por las dimensiones de esos dos—. Por favor, Arturo, solo baja un poco la música.

Su ruego consiguió que Arturo dejase de prestar atención a Tommy y, en su lugar, inclinase el cuerpo hacia delante hasta que sus pupilas quedaron a la altura de las de Renata.

—¿Y qué me darías a cambio, mi amor?

—Basta, Arturo —amenazó Tommy.

Pero, a Renata, ese tipo no la atemorizaba y puso los ojos en blanco.

—¿Una tirada gratis del tarot?

La mandíbula de Arturo se tensó y la risa de Tommy estalló por detrás.

—Te subestimé, Renata —aseguró este sacudiendo la cabeza de un lado a otro.

—Déjanos solos.

La orden de Arturo detuvo la carcajada del amigo, quien advirtió:

—No te atrevas...

—Puedo con él, Tommy.

La frase de Renata tenía la intención de dejar en claro que ella no iba a permitir que ese capullo de ojos verdes la intimidase. Aunque su corazón martillase despavorido.

—Pero, Renata...

—¿No la escuchaste? —insistió Arturo.

Tommy sacudió la cabeza y advirtió:

—Me voy, pero te estaré vigilando.

Al quedarse a solas con Arturo, este preguntó con ironía:

—¿Así que puedes conmigo, Renata?

Era evidente que el tipejo estaba muy cabreado, por más que la sonrisa de lado no se le cayese de la cara.

—Es una manera de decir. Pero sí.

Arturo se echó hacia atrás irguiendo toda su estampa, y a Renata no le cupo la menor duda de que intentaba marcar la gran diferencia de altura que existía entre los dos. Pero ella no se sentía pequeña. Conocía a muchas personas como ese gilipollas y no le despertaban cólera, más bien pena porque estaba segura de que no entendían nada de la vida.

—¿Me estás provocando, angelito rojo?

—¿Por qué?

—Te ríes de mí.

Renata inhaló profundo. Ya tenía suficiente de ese engendro.

—Mira, he venido hasta aquí para pedirte un favor, pero veo que es inútil razonar contigo. Mañana enviaré una nota al consorcio del edificio para que te amonesten por el ruido que estás ocasionando, máxime que no mandaste un mensaje aclaratorio en donde nos advirtieses de tu bendita fiesta. Buenas noches.

Cuando intentó dirigirse hacia las escaleras, los brazos fuertes de Arturo la aferraron de los hombros y la arrastraron hacia su pecho. Renata abrió la boca para gritar, pero unos labios que sabían a *whisky* y a gloria la besaron con un hambre demoledor.

Tomada por sorpresa, abrió los ojos como platos, incapaz de reaccionar a la boca que la estaba engullendo. Aunque lo más humillante fue percibir el ardor en sus mejillas y la humedad en sus bragas.

«Dios mío, Renata. ¡No!», gritó para sí.

En un desesperado intento por salir de tamaño embrujo, Renata empujó a Arturo, quien seguía empecinado en besarla como un enloquecido y en estrecharla con mayor fuerza.

Cerró los ojos. Nunca la habían besado así, pero era un descubrimiento que, temía, le dejaría secuelas de por vida. Ante ese pensamiento volvió a forcejear, pero como Arturo era una mole implacable, se vio obligada a darle un buen pisotón.

—¡Ay! —gruñó el maldito, apartándose de ella.

En ese instante, Tommy regresó, quizá desconfiado del posible accionar de su amigo.

—¡No se te ocurra volver a hacer algo así sin mi permiso! ¡Estúpido! —gritó Renata señalando a Arturo con el dedo—. Hay territorios que no son tuyos y jamás lo serán. —Miró a Tommy—: Por favor, cumple tú con mi pedido. Este tipo es un brabucón descerebrado y no voy a perder un segundo más con él.

Ante la mirada gélida de Arturo y la de asombro de Tommy, Renata, iracunda, se limpió la boca con el brazo y, sin dejar de despotricar, se esfumó por la escalera.

Capítulo 6

—¿Cómo?

—Tranquila, Ash.

Renata caminaba junto a su amiga por la calle Achter de Kerk[2], a la altura de la iglesia Sint-Janskerk[3], famosa por sus setenta vidrieras cromadas de los siglos XVI y XVII. Desde la vía revestida de baldosas angulares, se divisaban las casas de piedra y de madera edificadas sobre los canales de agua que atravesaban la ciudad de Gouda.

Ese mediodía, Ashley la había pasado a buscar por el trabajo, y aunque Renata se había prometido no contarle lo acaecido, su amiga, que la conocía tan bien, apenas la había visto adivinó que algo le preocupaba. En un principio, Renata se había negado, pero ante la insistencia de Ashley, terminó aceptando que ella merecía enterarse del episodio de la madrugada.

—¿Tommy y Arturo se encontraban en medio de una orgía?

—Es lo que parecía. No puedo mentirte.

Ashley juró por lo bajo y Renata se sintió fatal. Lamentaba revelar la verdad, pero no se arrepentía. Cuidar el corazón lastimado de Ashley era una de sus prioridades.

Suspiró hondo, agobiada porque no lograba olvidar al mal vecino y su actitud desopilante para con ella. Después del enfrentamiento con Arturo, Renata se había dado una ducha para quitarse la rabia y la mala vibra que la había embargado. Mientras se enjabonaba la boca, había despotricado con ira por el atrevimiento de ese tarado al besarla. Pero la mayor exasperación había sido para con ella misma, porque, a pesar de todo, no podía negar que Arturo le atraía. Era un cretino y un maleducado, pero con un rostro y una estampa sublimes que la encendían. Y no sabía cómo evitarlo.

Al notar que Ashley sacudía la cabeza y fruncía la boca, pensó en Tommy. Ese chico le caía bien, pero no estaba segura de que su amiguita quisiese relacionarse con él luego de lo que había descubierto.

El teléfono móvil de Ashley sonó, pero cuando esta miró la pantalla, se abstuvo de contestar.

—Ash... es Tommy.

—Déjalo ahí, Ren. No quiero complicarme la vida.

—Sé que lo que te conté enturbia las cosas, pero también debemos ser honestas y reconocer que no podemos juzgarlo.

Ashley frunció el ceño.

—No lo hago.

—Hum...

—Tengo tres llamadas perdidas de él, y no sé qué quiere.

Renata se detuvo.

—¡Verte, Ash! Te expliqué que cuando Arturo hizo alusión a ti, Tommy se puso como un lobo feroz. Y estoy segura de que se sentía avergonzado por lo que yo presenciaba.

—No pienso involucrarme con tipos que se entretienen con tales desenfrenos. Tú también estás furiosa con Arturo.

—Porque era un pulpo y yo, la presa a punto de morir destrozada por sus tentáculos. —Ante su comentario, Ashley sonrió y, al hacerlo, fue como si el sol alumbrase el día gris—. No te rías. Fue horrible.

—Pero si tu vecino te gusta.

Renata negó con la cabeza, consciente de que mentía. Se había atrevido a confesarle a Ashley que Arturo la había abrazado, pero no que la había besado, porque le daba vergüenza admitir que ese malvado la llevaba de las narices.

—Es un cañón a nivel físico, Ash, pero su cerebro es del tamaño de una ameba. Y no sé si tendrá un corazón. —Suspiró profundo—. No puedo estar con hombres así.

—Yo tampoco con majaderos. Timo ha colmado mi capacidad de aguante.

Renata asintió con tristeza.

—Tendrás que enamorarte de chicos cuyos nombres empiecen con otra letra.

Ashley estalló en una carcajada.

—Tú siempre con tus frases raras, Ren.

—Sabes que pocas veces me equivoco.

El abrazo de su amiga la reconfortó. En ese instante divisaron el Stadhuis Gouda^[4], el edificio gótico del ayuntamiento, construido con piedras en el siglo XV. Se erigía en la plaza del Mercado, área conocida por la cantidad de bares y restaurantes, así como por los puestos de venta de los quesos Gouda, fabricados en forma artesanal, con aspecto de rueda y cuya corteza se caracterizaba por el color amarillo intenso.

Como tenían hambre, eligieron sentarse a una mesa en la terraza de un bar. Ordenaron la comida preferida de ambas: *uitsmijter*, que consistía en rodajas de pan con jamón y queso derretido, coronado por huevos fritos, que podían ir de uno a tres. Era un plato holandés tradicional que a las cuatro amigas les encantaba.

—¿Y qué más ocurrió, Ren?

La joven no pudo ocultar el rubor en sus mejillas llenas de pecas.

—Nada.

—Vamos...

Respiró muy hondo. Los ojos de Ashley comenzaban a provocar el efecto devastador que la

caracterizaba y Renata sudó. Se sentía desnuda y con cargo de conciencia por resistirse a revelar lo acontecido.

—Me gustaría olvidarlo.

—¿Arturo te besó?

Renata se quedó boquiabierta. ¿Ashley se había vuelto vidente?

—Bueno...

—Lárgalo ya, Ren.

Sacudió la cabeza exhalando el aire de los pulmones.

—Pues sí, Ash. Unos segundos después de estar abrazando a una chica en tetas. Te imaginarás que entré en cólera y lo confronté.

—Es un hijo de su madre.

—Gracias por expresarlo así. Odio la palabra p...

—¿Cuándo dejarás de perseguirme?

Renata empalideció al escuchar la voz que la interrumpió. Al levantar la mirada, se topó con la de Arturo, que parecía aún más diabólica de lo que la recordaba. Tommy, a su lado, examinaba a Ashley como si se tratase de su golosina preferida.

—¿Perdón?

—Ash, Ren, ¡qué gusto verlas! —exclamó Tommy sin apartar la vista de su amiga.

Renata estaba convencida de que el chico sospechaba que ella habría puesto a Ashley al tanto de lo acaecido y se encontraría expectante de su reacción.

—¿Podemos sentarnos con ustedes?

Ante la pregunta de Tommy, Ashley se levantó.

—Ya nos retirábamos. Habíamos encargado el almuerzo, pero pueden comérselo ustedes.

—Ash, yo...

—Adiós, Tommy —saludó Ashley sin dejarlo culminar, y se dirigió hacia el interior del recinto.

Renata apostaba a que su compañera abonaría el almuerzo que nunca iban a disfrutar, por lo que se apresuró a levantarse para seguirla. Pero la figura de Arturo se interpuso en su camino. Estiró el cuello para ver cómo Tommy salía corriendo por detrás de Ashley y luego regresó la atención al gigante, que la escudriñaba con una sonrisa ladeada.

—¿Te gusta ser la salvadora de los demás, pichoncita?

—¿Qué te importa? —se molestó e intentó pasar por su lado, pero su vecino siguió su movimiento con el suyo sin darle ninguna posibilidad—. ¿Puedes apartarte de una vez?

Arturo la tomó de los hombros y chistó:

—No, hasta estar seguro de que entiendes que nada de ti me interesa.

Renata, que era intuitiva y pocos detalles se le escapaban, se dio cuenta de que algo muy sutil impregnaba el brillo de las pupilas de Arturo.

—Mientes.

Por una fracción de segundo, el joven se mostró confundido y la soltó. Aunque la mueca socarrona retornó a su cara, aquel instante había sido suficiente para Renata.

—Y te encanta hacerlo, ¿no? —prosiguió ella—. No solo a mí, sino también a ti mismo.

—¿Otras vez empiezas con tus bobadas?

—Las mías no son nada comparadas con las tuyas.

Arturo carcajeó, aunque la sonrisa no llegó a la altura de sus ojos.

—¿Porque me descubriste en una sesión de sexo desenfrenado?

—No. Porque te empecinas en colocarte anteojeras. Pero es tu responsabilidad y no la mía.

Cuando Renata logró sortear a Arturo, este le susurró al oído:

—Quizá seas tú la que no quiere ver, amorcito.

Se detuvo en seco.

—¿A qué te refieres?

—A que anoche pudo haberte dado rabia la idea de compartir.

—¿Compartir? —repitió Renata y estalló en una risotada—. Jamás le regalaría a otra mujer lo que es mío.

Arturo frunció el ceño.

—¿Te gusta apropiarte de la gente?

Sacudiendo la melena, Renata tomó su bolso de la silla.

—No hablo de posesión, Arturo, sino de entrega generosa. Pero solo a la persona que está conmigo. Que te quede claro.

—Entonces eres la típica romántica.

—Soy una chica que sabe lo que quiere. Si eso me define como romántica, pues que así sea. Adiós.

Capítulo 7

—Mi amor, ¿cómo estás?

Camilla van den Berg, la madre de Renata, la abrazó y le dio un beso en la mejilla no bien cerró la puerta de calle.

—Bien, mamá. Tenía ganas de verlos.

—No sabes la alegría que a tu padre y a mí nos ha dado tu llamado. ¡Por fin tendremos un domingo en familia como Dios quiere!

—¿Marcel y Timo vienen también? —preguntó, sorprendida, mientras colgaba la chaqueta y el bolso en el recibidor. Era domingo y estaba segura de que sus hermanos habrían estado enfiestados hasta bien entrada la madrugada.

—Los llamé apenas corté contigo. Al enterarse de que haríamos una barbacoa, no dudaron en aceptar.

—¡Uf! Entonces arribarán tardísimo.

—Los conminé a estar aquí a más tardar a la una de la tarde.

—¿Crees en los angelitos?

Camilla sonrió.

—¿No sabes aún de lo que tus hermanos son capaces de hacer por un buen filete?

La boca de Renata se amplió en una enorme sonrisa. Contrario a ella, Marcel y Timo amaban la carne en todas sus formas, y una barbacoa era siempre la mejor excusa para una reunión familiar.

Cuando la cabellera de Renata se revolvió un poco por el viento, la joven giró sobre sus talones y se encontró con su padre vestido con un overol, quien entraba por la puerta del jardín.

—¡Ren! —exclamó Barend. Se abrazaron con enorme regocijo y Renata, de puntillas, le dio un sonoro beso en la mejilla—. ¡Qué gusto verte! Prometo hacerte las brochetas de vegetales que tanto te gustan.

—Se me hace la boca agua, papi.

—¿Me ayudas a preparar las ensaladas?

La voz de su madre los interrumpió y, al mirarla, Renata sonrió. Le resultaba la mujer más bella de la tierra, con su sonrisa ancha y los ojos color miel, muy parecido a los de sus hermanos. Barend, en cambio, tenía los iris azules, que ella había heredado. Era casi tan alto como Marcel y Timo, que no bajaban del metro noventa. Ella no se quejaba, porque a su metro sesenta y ocho lo

llevaba con mucho orgullo.

Apreció el porte elegante y fuerte de su padre, producto del trabajo en la construcción. Si bien no era tan atractivo como sus hermanos, su aura de seguridad y estabilidad lo destacaban. Según Camilla, esas cualidades eran las que la habían enamorado por completo de él.

—Enseguida —contestó y se giró hacia Barend—. ¿Te importa si te dejo un rato, papá?

—Por supuesto que no. Dale una mano a tu madre, que no ha parado de preparar una infinidad de cosas.

—¿Y tú?

—Cortaré el césped de la cancha de fútbol.

Renata asintió complacida y se dirigió hacia la cocina. Los hombres de la familia eran fanáticos de ese deporte, motivo por el cual Barend había sembrado en el fondo de la casa el césped especial para poder practicarlo. El jardín era enorme, más de dos hectáreas, por lo que podían jugar los partidos sin inconvenientes.

—¿Puedes trozar la lechuga y el tomate?

—Claro, mamá.

Renata buscó una tabla de picar y tomó un cuchillo afilado.

—Haremos la ensalada que a tu padre tanto le gusta.

—¿Has hervido los huevos?

—Sí. Están en la nevera.

Renata preparó los ingredientes en tanto Camilla freía una tanda de croquetas de carne y otra de espinaca y morrón.

—¿Cómo va tu trabajo?

—No me puedo quejar. Tengo varios alumnos particulares más y en la escuela sigo con las clases de música.

—¡Estupendo! ¿Y cuándo empiezas la carrera de DJ[5]?

—En unas cuantas semanas.

Camilla sonrió.

—¿Y el amor?

—No vayas por ahí, mamá.

Camilla esperó unos minutos, observando el aceite que freía la carne, hasta que con la espátula escurrió las bolitas y las colocó sobre una fuente con papel absorbente.

—¿Hasta cuándo permanecerás empecinada con la soltería?

—Tengo veinticuatro años, mamá.

—Tampoco es que te estoy pidiendo que te cases, cielo. Pero adoraría que conocieses a alguien que te quiera como te mereces.

«¿Otra vez con lo mismo?», pensó Renata.

No existía en sus planes la idea de enamorarse y la horrorizaba admitir que el único chico que la cautivaba era Arturo. No podía entenderse a sí misma, porque él representaba la antítesis de lo

que anhelaba para ella. Había visto sufrir a la mayoría de sus amigas por tipos como él y siempre había huido de ellos. Pero de forma inesperada, cada vez que veía a Arturo, su corazón palpitaba desahogado. ¿Sería una de las tantas mujeres que se sentían atraídas por un *bad boy*[6]? ¡Dios! Eso sí que significaría una afrenta a sus principios. Ella adoraba el buen trato, la estabilidad en los afectos y la preocupación por el otro, entonces, ¿dónde encajaba Arturo?

—¿Mira si la vida nos sorprende, Ren? —insistió su madre—. ¿Preguntaste a las cartas? «Si supieras», pensó Renata, pero ni loca lo confesaría.

Ella tenía que explicarle primero a esa vida que Arturo era un incordio y que estaba prohibido para su existencia. Además, no dudaba de que sus padres le armarían un escándalo si se enterasen de que babeaba por un muchacho maleducado que, encima, la detestaba. Camilla y Barend no nadaban en la abundancia económica, pero el hogar que habían construido estaba colmado de amor. Y sujetos como Arturo podían demorar demasiados años para comprender la importancia de algo así.

—Por ahora no, mamá —mintió—. Quizás algún día.

En ese momento sonó el timbre y el cuerpo de Renata dio un pequeño salto.

—Deben de ser tus hermanos.

Camilla comenzó a secarse las manos con un repasador, pero Renata la detuvo.

—Continúa, mamá. Yo atiendo.

Al abrir la puerta, Timo y Marcel la abrazaron y repartieron besos en sus mejillas. Renata se dio cuenta de que por más que se habían bañado, la piel olía todavía a alcohol y los ojos se les notaban un poco hinchados, con algunas venitas delatoras.

—¿Trasnocharon?

—Ni lo digas —refunfuñó Marcel.

Se quitaron las chaquetas y las colocaron en el recibidor.

—¿La pasaron mal?

—No —respondió Timo con cierto recelo.

Marcel se inclinó sobre Renata y habló en voz baja.

—No les digas nada a papá y a mamá, pero este estúpido —y señaló a Timo, que lo miraba con una expresión de advertencia en la cara—, estuvo a punto de matarse con tu amiguito.

—¿A quién te refieres?

—Al que mira a Ashley como un idiota.

Renata sabía a quién se refería, pero prefirió hacerse la tonta. No quería tocar el tema de Tommy y de Arturo con ellos. Igual, eran varios los tíos que iban por detrás de su amiga, no tantos como los que Silvia atraía, pero, de todos modos, conformaban un buen grupete.

—Entonces pueden ser Ron, Michael, Collin, Romano...

A medida que pronunciaba los nombres, el semblante de Timo se transformaba. Su hermano sentía una poderosa fascinación por Ashley, pero se empeñaba en negarlo.

—¿Tantos? —inquirió Timo con el ceño fruncido.

—Pues sí. Y pregunto de nuevo: ¿de quién hablas?

—De Thomas Buunk —aclaró Marcel.

—No tengo la menor idea de quién es.

«Mentirosa —se dijo—, es obvio que Thomas debe de ser Tommy».

Timo se refregó la cabellera, molesto. Y agregó:

—Es amigo de Arturo Ziff.

«¿Así que ese es el apellido de mi vecino?», pensó Renata, pero prefirió seguir haciéndose la desentendida.

—Pues sus nombres no me dicen nada.

En ese instante, la figura de Camilla se apersonó frente a ellos.

—¿Qué hacen los tres cuchicheando?

Los varones cambiaron enseguida las muecas de sus rostros y, con una sonrisa de oreja a oreja, abrazaron a la mujer.

—Cada día estás más linda, mamá —aseguró Marcel con orgullo.

—No mientas, hijo. Me dices lo mismo cada vez que vienes.

Marcel le pasó el brazo por encima del hombro.

—Porque es la verdad, señora. ¿Y papá?

Los cuatro se desplazaron hacia la cocina, desde cuyo ventanal apreciaron a Barend cortando el pasto con un minitractor John Deere.

—Preparando el campo de juego.

Mientras su madre y sus hermanos conversaban, Renata agradeció que el asunto de Tommy y Arturo hubiese acabado. Buscó los huevos duros en la nevera y los cortó para mezclarlos con la ensalada. Agregó aceitunas verdes rellenas y vegetales encurtidos. En tanto revolvía el preparado con dos cucharas de madera, no dejaba de pensar en que el nombre Arturo Ziff le resultaba familiar. Pero no sabía de dónde.

Al percibir que alguien la observaba, alzó la mirada para toparse con la de Timo, que brillaba con cierta extrañeza. No bien Marcel y Camilla salieron al jardín para reunirse con Barend, su hermano menor se acercó. Renata meneó la cabeza reprochándose por haber subestimado a Timo. No por algo era el más terco de la familia.

—Yo sé que los conoces, Ren.

Renata suspiró resignada.

—A ver, quiero estar segura. Thomas es...

—El gorila que estaba en la disco la semana pasada junto a Ziff.

—Ah...

—Vamos, ¿me vas a decir que no son tus amigos?

—Arturo vive en el piso de arriba y a Tommy lo he cruzado un par de veces. Nada más.

«Me crecerá la nariz como a Pinocho», pensó Renata.

Timo asintió crispado. Era evidente que necesitaba expulsar algo o podría estallar como un

globo inflado.

—Lárgalo, hermanito.

—Odio a Thomas —confesó exhalando el aire de los pulmones.

—Tommy.

—No importa cómo se llame.

—¿Qué te ha hecho?

—A mí nada, por supuesto. Pero parece un payaso corriendo detrás de Ashley.

Renata abrió los ojos como platos. ¿Acaso Timo estaba celoso?

—Pues a mí me gusta que lo haga.

—Es un donjuán.

Sacudió la cabeza, estupefacta. Odiaba que su hermano se comportase tan territorial cuando no hacía un pepino por conquistar a Ashley.

—¿Y cuál es el problema?

—Que puede hacerle daño.

El colmo. ¡Si él era peor que el amigo de Arturo!

—Ashley sabe cuidarse, Timo. Tommy está muy entusiasmado con ella, y que sea un mujeriego no quiere decir que siga siéndolo si Ashley y él deciden entablar una relación.

Ante sus palabras, el rostro de Timo se cubrió de furia.

—Esos tipejos arribaron a Gouda hace muy poco y nadie sabe de dónde provienen. No hay duda de que Tommy es holandés, pero Arturo tiene acento extranjero. Marcel y yo estamos seguros de que es norteamericano.

—Deja de ser tan paranoico, Timo. Ashley podrá manejar la situación. —Se detuvo un instante y preguntó con cautela—: ¿Cómo sabes tanto acerca de Tommy y de Arturo?

—Trabajan en el nuevo bar que han puesto en Gouda. Tommy, como mesero, y el otro, como contador.

—*Wow*. ¿Te refieres a Naast de Kerk[7]? Se ha convertido en el mejor de la ciudad.

—Exacto. Y te aclaro que, para mí, Arturo es un imbécil y Thomas, un engreído.

—¿Has hablado con Arturo?

—¿Hace falta hacerlo? Se cree un rey y a los demás nos mira como si fuésemos unos sapos.

En ese punto, Renata no podía estar en desacuerdo con Timo. Si Arturo trataba a todas las personas como a ella, entonces él solito se granjeaba el rencor de la gente.

—La verdad es que es medio pomposo. Pero lo que Ashley haga de su vida no te incumbe, Timo. Tú tampoco has sido dulce con ella. Y lo sabes.

El semblante de su hermano empalideció, y antes de que pudiese decir algo, Barend apareció muy sonriente.

—¿Y tú no piensas saludarme, pichón?

«Pichón» era el apodo con que Barend llamaba a su hijo desde que era pequeñito. Timo adoraba las aves de todo tipo y color, por lo que fue inevitable que los miembros de la familia

comenzasen a nombrarlo de esa forma con cariño. Pero a medida que Timo creció y se transformó en un fornido muchacho, todos abandonaron el apodo. Salvo su padre.

—Claro, papá —contestó Timo y abrazó a Barend.

—Ven, que estamos todos afuera. Acabo de encender la parrilla.

Renata sacudió la cabeza, pensando que la llegada de Barend había salvado a Timo de responder. Previo a salir al jardín, su hermano menor la miró con una leve sonrisa y Renata supo que él opinaba lo mismo que ella.

Capítulo 8

Renata suspiró y volvió a echar las cartas de tarot sobre la mesa.

Acababa de regresar de la barbacoa familiar y todavía degustaba la sensación de aire fresco que el encuentro había significado para todos. Primero, habían disfrutado de la mutua compañía sentados en el jardín, y después sus hermanos y su padre se habían dedicado a jugar al fútbol mientras Camilla y ella charlaron durante horas. Al final y con pocas ganas, Renata había retornado a su apartamento para corregir los exámenes de los alumnos de una de sus clases. Pero antes de empezar a hacerlo, había sucumbido a las cartas y en ese instante se sentía bastante molesta.

La imagen del colgado representaba a Arturo y la de la emperatriz, a ella. Había hecho tres tiradas y los arcanos mayores y menores repetían lo mismo: el sufrimiento perseguía a Arturo y ella lo protegía. ¿Pero de qué? ¿Y cuál era la pena que a él lo embargaba?

«¿Quizá por eso es tan insoportable?», se preguntó.

Resignada, decidió que el mensaje de las cartas no cambiaría ese día, por lo que las recogió y las acomodó en su caja. Para Renata era normal obtener información sobre diferentes acontecimientos a través del tarot, y su experiencia le había demostrado que era una cuestión de tiempo verla plasmada en la vida real. Si bien al principio le había resultado un poco extraño, con el apoyo de su abuela y de su madre terminó aceptándolo como algo natural.

Pero el problema que la aquejaba en la actualidad constituía un verdadero dilema: aunque no tolerase a Arturo, había algo en él que la atraía poderosamente. Y no podía comprenderlo. Era un sujeto orgulloso, prepotente, entrometido y egocéntrico, empeñado en defraudarla. Entonces, ¿por qué diablos babeaba por él?

Frustrada, guardó la caja en el primer cajón de su escritorio en tanto reflexionaba que, tal vez por primera vez, su habilidad de interpretación había fracasado. Cuando abrió el segundo compartimento con los exámenes, el timbre la sorprendió. No esperaba a nadie, y la reunión con las chicas recién se llevaría a cabo al día siguiente.

Se acercó a la puerta y observó a través de la mirilla.

«No puede ser», se dijo y volvió a constatar que no se había equivocado. Al darse cuenta de que sus pupilas no la engañaban, juntó coraje y abrió.

—Hola —saludó con amabilidad, y las piernas se le hicieron gelatina. Arturo era tan bien

parecido que temía por su salud mental.

—¿Tienes huevos?

La voz ronca y los iris que esa tarde presentaban el color de un mar turbulento provocaron que Renata tragase con dificultad. Pero también afloraron unas ganas enormes de gastar una pequeña broma a ese gruñón para ver si lograba extraerle una sonrisa.

—Si te refieres a coraje, claro que sí y de sobra. Pero si se trata de mi anatomía, te recuerdo que tengo dos ovarios.

Arturo meneó la cabeza.

—No te hagas la tonta conmigo.

—¿Conoces la palabra «chiste»?

—Hablo de gallina. Estoy haciendo unos panqueques y me faltan huevos.

—¿Y por qué no bajas al supermercado a comprar?

—¿No te has dado cuenta del calor que hace? —exclamó horrorizado—. Por lo menos debe hacer cincuenta grados a la sombra.

—Exageras. Estamos en primavera.

Arturo se quedó callado y Renata se dio cuenta de que pelearse con ese chico implicaría una pérdida de energía. ¿Cómo podía ser que ella, que siempre había pregonado el amor y la paz entre la gente, perdía los estribos tan fácilmente con él? ¿Acaso no debía continuar con el buen ejemplo?

—¿Te gusta lo que ves?

La pregunta de Arturo la regresó al presente. Se había quedado detenida en sus reflexiones mirándolo como una idiota.

—No digas más, o no tendrás tus panqueques —advirtió cerrando la puerta detrás de él.

Fue hacia el refrigerador y, mientras buscaba lo que su vecino necesitaba, percibió un frío en la espalda. Con tres huevos en las manos, se giró y se topó con el pecho enorme. Al alzar el rostro se encontró con esos ojos que la recorrían de arriba abajo como si fuese un radar en búsqueda de su objetivo.

—Aquí tienes —susurró alargando la mano.

Con una sonrisa socarrona, Arturo recibió la mercadería, pero en vez de darse la vuelta e irse, continuó escudriñándola con atención.

—¿Te gusta lo que ves? —repitió Renata las palabras de él.

La risa grave la desconcertó.

—Me calientas, Renatita.

Consciente de que sus mejillas se incendiaban y de que Arturo ampliaba la sonrisa, Renata estalló.

—Pues vete al diablo con tus huevos, que con tu calentura ya podrás hacer los panqueques sin ningún problema.

Furiosa, se acercó a la puerta y la abrió.

—Adiós.

—¿Qué te sucede?

Entrecerró los ojos ante el tranquilo semblante del infradotado.

—No me quiero pelear contigo.

A medida que Arturo se aproximaba, Renata se tomó unos segundos para examinarlo. Y se le hizo un nudo en la garganta. La camiseta negra ajustada le marcaba los pectorales y los bíceps, y el perfume de su piel comenzaba a hacer estragos en ella. Debía de estar rematadamente chiflada. No había otra manera de definirla.

—Quizá si me trataras mejor, las cosas serían diferentes.

—No eres muy amigable.

Arturo volvió a sonreír. Renata expresaba siempre lo que sentía y, en ese caso, tampoco se abstendría. Y, por lo visto, él menos aún.

—No quiero ser tu amigo, pero ¿me convidarías con algo fresco?

La osadía de ese imbécil era temeraria. Debería mandarlo a la mierda, pero algo en su interior masculló que podría aprovechar esa oportunidad para conocer un poco más sobre Tommy y sus intenciones para con Ashley.

—¿Te gusta el helado? Si es así, siéntate a la mesa, por favor.

Arturo pareció dudar, pero al final se apoltronó en una silla. Renata buscó en el pequeño frízer hasta dar con dos cajas, una de chocolate y la otra de frambuesa, que depositó sobre la superficie de madera. Del armario extrajo dos platitos y sirvió una generosa porción para Arturo y otra para ella.

Comieron en silencio, hasta que Renata se atrevió a indagar:

—¿De dónde eres, Arturo?

—De Nueva York.

—¿En serio?

Arturo asintió sin decir una palabra, seguramente porque tenía la boca llena.

—Por eso tu holandés tiene un acento marcado. ¿Dónde aprendiste a hablarlo?

—Mi madre es de Ámsterdam, aunque tiene sangre venezolana.

—¿Por eso te haces llamar Arturo en vez de Arthur?

—Podría decirse —contestó con una mueca de indiferencia en la cara.

—¿Tu padre es norteamericano?

—Exacto.

—¿Residen aquí?

—No. En Nueva York. A propósito, ¿puedo seguir comiendo el helado? Me estás acribillando a preguntas.

Renata aceptó que Arturo tenía razón. Desesperada por extraerle información, se había vuelto muy pesada. Pero necesitaba llegar al punto clave.

—¿Tommy vive lejos de aquí?

La carcajada baja de Arturo la sorprendió.

—Creo que no te has dado cuenta de que en realidad tu vecino es él. No yo.

—¿Tommy? —Jamás se lo hubiese imaginado, aunque era posible.

—Sí. Somos como hermanos, así que me paso casi todo el tiempo en su apartamento. El mío se encuentra a unas cuantas cuabras de acá.

—¿Y por qué no viven juntos?

Arturo sacudió la cabeza con énfasis.

—Tommy merece su espacio. Y yo también.

—Entiendo.

—¿Y tú, Renatita?

—Yo, ¿qué?

—Cuéntame un poco sobre ti.

La repentina curiosidad de Arturo por ella le resultó extraña, aunque podría deberse a una cuestión de educación. Se sintió un poco culpable, porque tal vez había juzgado a Arturo en forma muy severa.

En los siguientes minutos le explicó acerca de su trabajo y de sus estudios.

—¿Quieres convertirte en una DJ? —interrogó asombrado.

—Entre otras cosas.

Arturo recorrió su figura de arriba abajo y Renata se quedó sin aliento. Ese chico la paralizaba mental y físicamente, salvo a su corazón, que galopaba desenfrenado.

—¿Y qué instrumento tocas?

—Varios, pero el que más me gusta es el piano.

—Quiero escucharte.

«Wow», pensó Renata. Arturo era bastante autoritario y la intimidaba un poco.

—Ejercito en la escuela.

No era del todo verdad, porque también utilizaba el piano del subsuelo. Pero no lo revelaría porque se moriría de la vergüenza si le pidiese interpretar algo.

—¿Y eso por qué?

—Porque no quiero molestar a los vecinos. No soy como tú.

Arturo la escudriñó con los ojos entornados.

—Entonces un día te acompañó a la escuela.

—Perdón, pero ¿acostumbras a ser tan directo y mandón?

—La mayoría de las veces, Ren.

Tragó en seco. ¿Desde cuándo se atrevía a llamarla como sus amigas?

—Renata para ti.

En ese segundo, Arturo culminó con la gigantesca porción de helado y Renata supuso que se retiraría. En cambio, se sirvió más.

—Puedes venir a practicar al bar donde Tommy y yo trabajamos, Ren. Se llama Naast de Kerk.

Renata bufó. El impresentable insistía en llamarla por su apodo, pero en vez de discutir, la oferta que le proponía atraía toda su atención.

—¿Tienen un piano?

—Claro. A cada rato hay música en vivo, por lo que los dueños tienen una reserva de instrumentos. No siempre los integrantes de una banda llegan con todo lo que necesitan para tocar.

—Bueno... no sé. Pero gracias de todos modos.

Arturo se encogió de hombros en tanto continuaba degustando el helado.

—¿Qué haces en el bar? —quiso saber Renata.

Arturo terminó de comer y, recostándose contra el respaldo de la silla, entrelazó los dedos detrás de la nuca.

—Trabajo en los libros contables. Estoy abocado a acomodar el desastre que el administrador anterior dejó en los balances, lo cual significó un pésimo comienzo para el negocio.

—Una pena...

—Por suerte, le he encontrado la vuelta y confío en que podré dilucidar mejor la situación comercial.

—Me imagino que los dueños estarán profundamente agradecidos contigo.

Él negó con la cabeza.

—En realidad, uno de los dueños, Pieter, es bastante insoportable e intenta controlar todo. No cree en nadie. En cambio el otro, Adriaan, es la antítesis de Pieter: generoso, tranquilo y confía en nosotros. Cuando Tommy y yo arribamos al bar en busca de trabajo, Adriaan, al enterarse de que yo me daba maña con los números y Tommy con el servicio al cliente, no dudó en emplearnos. El antiguo administrador no solo los había estafado, sino que se llevó con él a una de las camareras que resultó ser la novia. Con los días, Adriaan demostró su agradecimiento al permitirnos trabajar con tranquilidad y no meterse con nosotros. Así que Pieter y él conforman dos polos opuestos que, de una extraña manera, se balancean.

Renata escuchaba perpleja lo que Arturo narraba, más aún porque manifestaba una elocuencia que no hubiese imaginado que él poseyese.

—Entonces, Tommy y tú son perfectos para ellos.

Arturo se quedó mirándola pensativo. En cambio de responder a su comentario, se levantó y anunció:

—Te espero mañana en el bar. Estaré trabajando hasta las siete de la tarde, pero después quedo libre para escucharte al piano y también para tomarnos una cerveza.

Renata comenzó a toser y Arturo se apresuró a palmearle la espalda. Azorada, sacudió la cabeza. ¿El insufrible le hacía una invitación? Se pellizcó y le dolió. Sí, estaba despierta.

—Yo... no soy buena interpretando en público.

«Menos si te tengo al frente», pensó. Pero se recordó que tenía que averiguar más sobre Tommy.

Arturo no respondió, sino que recogió su plato vacío y lo colocó sobre la encimera de la cocina. Con los huevos en una mano, se dirigió hacia la puerta. Antes de salir, advirtió:

—Sé puntual, Ren. Odio que me hagan esperar.

Capítulo 9

Renata caminaba con bastante prisa hacia un *sloot*[8], *un pequeño canal a orillas del cual sus amigas y ella habían quedado para merendar.*

Como Holanda era una tierra ubicada por debajo del nivel del mar, contaba con un sinfín de canales, los cuales se extendían a lo largo y ancho de las ciudades. Algunos eran de enormes dimensiones, como los gracht[9], los que permitían la circulación de botes, lanchas y yates de considerable tamaño, en cambio un sloot era demasiado angosto para ello. Podía resultar un tanto solitario, pero era ideal para hallar la paz que ellas necesitaban.

Luego de una intensa jornada de trabajo y de estudio, lo más placentero para las cuatro era reposar bajo la sombra de los sauces llorones que rodeaban a la corrida de agua, donde extendían un mantel y repartían canastas con comida. Mientras degustaban emparedados, croquetas y una cerveza bien helada, admiraban la vegetación acuática, en la que primaban los nenúfares amarillos, los bocados de rana, las flechas de agua, angélicas, gencianas y pitas acuáticas. Lo salvaje y rústico de esas plantas contrastaban con la elegancia de los tulipanes en flor, cuyo colorido conformaba una paleta de tonos que exaltaba la magia del lugar. En ese ambiente rebosante de tranquilidad, las jóvenes podían pasarse las horas charlando, entretenidas con la pesca de mojarritas —a las que devolvían al agua no bien las capturaban— o con dar de comer a los patos y a los cisnes.

Al arribar Renata, las chicas ya estaban distribuyendo los manjares sobre el mantel.

—¡Ren! —exclamaron al unísono.

—Disculpen la tardanza, pero el calor no ayuda a que los alumnos se concentren en las tareas.

—No te preocupes, yo también acabo de llegar —apuntó Kristel, quien se acercó a darle un abrazo. Ashley y Silvia repitieron el gesto.

—¿Trajeron alguna caña de pescar extra? La mía la olvidé en el apartamento.

—No, pero puedes usar la mía. Hoy no tengo ganas de atrapar pescaditos.

—Gracias, Ash. Pero primero necesito de una rica comida y una cerveza.

A partir de ese instante, el esparcimiento comenzó. Kristel y Silvia se acomodaron en el borde de la orilla y lanzaron los anzuelos al agua.

—¿Cómo andan? —preguntó Renata.

Silvia informó acerca de su última conquista y Kristel las puso al tanto de las nuevas clases de

karate de las que era instructora. Contó con orgullo que cuatro de sus alumnos habían salido en los primeros puestos de un torneo realizado en Ámsterdam.

—¿Y tú, Ash?

La joven se encogió de hombros.

—Tommy continúa llamándome, pero yo no quiero hablar con él.

Renata, recostada contra el tronco de un abedul, sacudió la cabeza. Todavía se sentía molesta consigo misma porque el día anterior no había podido indagar mucho sobre Tommy aprovechando la presencia de Arturo en su apartamento. Encima, cuando él se había despedido, ella se había quedado observándolo como una boba, a tal punto de olvidarse del resto del mundo. No podía ser más patética.

—Creo que estás siendo un poco dura con Tommy, Ash. No todos son iguales a mi hermano.

Las mejillas de Ashley empalidecieron.

—Pero lo que pasó en la fiesta...

—¿Seguimos con eso? Ustedes no son novios, Ash, y Tommy no tiene porqué rendirte cuentas de sus actos.

—¿Y tú me dices eso? ¿Acaso no detestas a Arturo?

Renata abrió la boca, perpleja porque su amiga la hubiese malinterpretado tanto. O quizá la usaba como excusa para justificar sus acciones. Y eso era algo que debía aclarar.

—Primero que nada, yo no odio a Arturo. Reconozco que es bastante estúpido, pero eso no justifica un sentimiento tan horrible como el que mencionas. Segundo, jamás he perdido el diálogo con él. —A medida que se explicaba, los ojos de Ashley se agrandaban más—. Y no es que él intente comunicarse conmigo como Tommy desea hacerlo contigo, Ash, porque Arturo me ignora por completo.

—¿Estás confesando que tú lo has buscado a él? —interrogó Kristel asombrada

Renata sonrió. Ella no perseguía a los chicos, pero entendía que lo dicho daba indicio de haberlo hecho.

—No.

—¿Entonces?

—Sincronicidad.

Silvia puso los ojos en blanco.

—Empezamos con la pavada.

—Lo que quiero decir es que ocurren ciertas situaciones que nos conectan. La última vez, por ejemplo, Arturo vino a mi apartamento a pedirme huevos para hacer unos panqueques. —Clavó la vista en Ashley—. Pero como no me erijo en juez y jurado de nadie, a pesar de haber sido yo la que presencié la orgía, no se me ocurre sentenciar a Tommy o a Arturo.

Kristel y Silvia giraron el rostro hacia Ashley.

—Ren tiene razón. Dale una oportunidad.

Cuando Ashley suspiró, a Renata se le ocurrió la solución perfecta.

—Arturo me invitó al Naast de Kerk a las siete de la tarde. ¿Por qué no vienen conmigo? De paso, Ash puede ver a Tommy.

—¿Arturo te invitó al bar? —repitieron las tres casi a la vez.

—Sí. En agradecimiento a los huevos que le regalé. Además, quiere que vaya a ver el piano que tienen.

—¡Detente un segundo! —exclamó Kristel—. ¿Qué piano? ¿Dónde? Me estás mareando, mujer. Renata se dio cuenta de que tenía que ser más clara.

—Los dos amigos trabajan en el bar. ¡Ah! Y mi vecino es Tommy y no Arturo. Este vive a unas cuadras del apartamento.

—Tommy no me contó nada de esto —señaló Ashley.

Renata comprendía la extrañeza de su amiga. En la disco, Tommy y ella habían bailado toda la noche y resultaba raro que él no le hubiese comentado acerca de dónde vivía y trabajaba.

—Quizá no estaba seguro de que lo tomarían como empleado fijo —dijo Silvia.

—Puede ser.

—¡Pero qué nombre el de ese lugar!

Silvia se refería a que Naast de Kerk significaba «al lado de la iglesia», debido a que el edificio se encontraba muy cerca de la iglesia Sint-Janskerk.

—Por favor, Sil, no interrumpas más —suplicó Kristel, ansiosa—. Y tú, Ren, vuelve a lo que nos estabas explicando.

Renata asintió.

—Arturo me puso al tanto de que en el bar hay una selección de instrumentos para las bandas que vienen a tocar, y me ofreció practicar con el piano las veces que necesite.

—Entonces no es tan pedante como creíamos.

—No te hagas ilusiones, Kris. Arturo sigue siendo un insostenible, aunque ante mis ojos ahora lo sea un poquitito menos. Pero ¿qué me dicen? ¿Vamos?

—Yo salgo con Michael, así que me es imposible —contestó Silvia.

—¿El de las pecas?

—¿Qué tienes contra ellas? —preguntó Renata a Kristel.

—¡Nada! Solo quería saber si se trataba del bombón pecoso que persigue a Silvia desde hace unos meses.

—El mismo.

—¡Dios, Sil! Si te cansas de él, déjame a mí —solicitó Kristel—. A todo esto, ¿vamos con Renata, Ash?

Su amiga parpadeó y las pestañas más largas y hermosas que Renata conocía se movieron en forma majestuosa.

—Está bien —contestó con renuencia.

Capítulo 10

A las siete menos cinco de la tarde Renata arribó al bar. Vestía un pantalón vaquero y una blusa entallada que constituía un *outfit* de color negro riguroso. El color rojo del lápiz labial y de los zapatos de tacón representaba el toque contrastante.

Kristel y Ashley la esperaban en la puerta, en tanto Silvia había prometido que, de ir todo bien con Michael, los dos se unirían al grupo más tarde.

—Miren la cantidad de tíos superguapos —susurró Kristel contemplando la multitud con las pupilas brillantes, a través de las ventanas.

Renata observó a Ashley, que se veía un poco nerviosa.

—¿Entramos? —propuso con la mano sobre el picaporte.

—¡Claro!

El entusiasmo de Kristel hizo sonreír a Renata y empujó la puerta de vidrio. Al ingresar, se vieron envueltas por la música a alto volumen que apenas les permitía dialogar. Varios pares de ojos masculinos se detuvieron en ellas y también algunos femeninos. Las tres conformaban un grupo muy atractivo y varios de los presentes no escatimaban esfuerzos en apreciarlo.

Mirando hacia todos lados, Renata no detectó ni a Tommy ni a Arturo. Pero Ashley tuvo mejor suerte.

—Tommy está atendiendo las mesas de atrás.

Kristel y ella elevaron el cuello y, en efecto, el amigo de Arturo hacía malabarismos para mantener la bandeja sobre la palma de su mano a la vez que caminaba entre las personas. Estaba tan concentrado en su tarea que no se había percatado de la llegada de ninguna de ellas.

—Preguntémosle si puede conseguirnos una —sugirió Kristel.

—¡Ni se te ocurra!

Renata miró a Ashley con dulzura.

—Déjanos manejar esto a Kris y a mí, Ash. Te estamos cuidando.

Sus palabras tuvieron un efecto inmediato, por lo que Ashley asintió suavemente con la cabeza.

Renata se abrió paso entre la muchedumbre que hablaba y reía a los gritos, sin dejar de buscar a Arturo con la mirada.

—¡Tommy! —exclamó alzando la mano—. ¡Aquí!

El grito de Renata detuvo al amigo de Arturo, que giró la cabeza en su dirección. Al localizarla,

una enorme sonrisa se instaló en su cara y, a empujones, caminó hacia donde se encontraba.

—¡Renata! ¡Que gusto verte! —saludó abrazándola.

—Arturo me invitó a venir y se me ocurrió traer a Kristel y a Ashley conmigo. ¿Tendrías alguna mesa disponible para nosotras?

Ante la mención de Ashley, las mejillas de Tommy se pusieron coloradas y los ojos ávidos escudriñaron a través del gentío hasta que su rostro se dulcificó. Renata se dio la vuelta y con satisfacción constató que Ashley brindaba una leve sonrisa a Tommy.

—Ya mismo les consigo la mejor —declaró el muchacho—. Espérenme en la barra, mientras le aviso a Arturo.

A medida que Tommy se alejaba, una poderosa curiosidad invadió a Renata. Jamás había sido indiscreta, pero una voz interior le gritaba que fuese por detrás del joven. Sin dudarlo, lo siguió hasta que lo vio desaparecer en el interior de una oficina. Mirando hacia todos lados, tomó coraje y se acercó a espiar a través de la ventana del pequeño recinto. Y se quedó helada: Arturo se besaba como un desaforado con una chica rubia repleta de curvas.

«¿Para qué diablos este tipo me pide venir aquí si en realidad desea disfrutar de otra? Es un morbosito y por lo visto está acostumbrado al *poliamor*[10]. ¡Pedazo de mierda!».

Renata entró a la oficina y, con una risa irónica, rechinó:

—*¡Nunca debí suponer que dejarías de ser un sorete duro!*

Antes de marcharse como una diva, se dio el gusto de ver cómo Arturo interrumpía el beso de un empellón y se quedaba mirándola como un idiota. También se topó con Tommy, que parecía perturbado por lo que ella había presenciado. Sin detenerse, apresuró el paso para llegar cuanto antes adonde las chicas, pero a mitad del trayecto un brazo fuerte envolvió su cintura y la estrechó contra unos músculos macizos.

—Ni se te ocurra irte —le susurró Arturo al oído.

—Suéltame ya mismo.

—No.

—Voy a gritar.

—Entonces te voy a besar.

—Y yo te morderé. Tienes los labios llenos de baba de otra.

El pecho de Arturo comenzó a sacudirse de la risa y Renata supo lo que debía hacer.

—¡Auch! —gritó él liberándola.

Renata continuó viaje, feliz de que los zapatos con tacones le hubiesen permitido destrozar, por segunda vez desde que conocía a ese engendro, los dedos de su pie.

Al ver a Kristel y a Ashley levantar las manos y saludarla, Renata supo que se hallaba a salvo. Era mejor que las chicas no se enterasen de lo que había descubierto, porque no arruinaría la noche por culpa de un imbécil calenturiento. Arturo tenía hábitos que no iban con ella y era prioritario convencer a su corazón de que él ya era historia. Lo que sentía por ese chico todavía era curable y por nada del mundo se expondría a su espantosa manipulación masculina.

—Arturo está ocupado, así que nos divertiremos nosotras —informó.

—¿En qué anda?

Cuando iba a responder con una evasiva, la voz de Arturo le ganó de mano:

—Atendía a una clienta bastante alocada, pero ahora estoy con ustedes. Gracias por venir, Renata.

Pero ella no estaba dispuesta a bajar la guardia, por lo que con una enorme sonrisa, exclamó:

—No te preocupes y sigue con lo que estabas haciendo. Ash, Kris y yo empezábamos a divertirnos.

Arturo se irguió en toda su estatura.

—Yo te invité, Renata.

«Caradura», pensó iracunda.

—Y te lo agradezco mucho. —Se giró hacia sus amigas que la miraban confundidas—. Tommy nos conseguirá un lugar para sentarnos.

El semblante de Arturo se endureció.

—Te repito que fui yo el que te invitó.

—¡Y yo ya te lo agradecí! ¿Hablo en mandarín acaso?

—Ren... —se atrevió a articular Kristel.

Pero antes de que la batalla de pupilas entre Arturo y ella culminase en un baño de sangre, la figura de Tommy surgió entre la multitud.

—Ya tengo la mejor mesa preparada para ustedes, diosas.

A Renata no le pasó desapercibido un gesto nervioso de Tommy ante la presencia de Arturo, por lo que se apresuró a replicar:

—Genial, Tommy. ¿Dónde queda? —Y se aferró a su brazo.

Pero no contaba con la testarudez de su contrincante.

—Tommy, tú encárgate de Ashley y Kristel, que yo lo haré de Renatita.

—¡Pero serás grosero! —protestó esta—. Primero que nada, no me llames así, y segundo, yo vine con mis amigas y no pienso separarme de ellas.

—Ren, quizás Arturo quiere hablar contigo... —sugirió Ashley.

—Tendrá que ser en otro momento.

Y sin decir una palabra más, obligó a Tommy a moverse. Pero no bien habían dado dos pasos, Renata se encontró sumergida en un remolino que la elevó a las alturas y la obligó a cerrar los ojos. Al abrirlos, se vio alzada en los brazos de Arturo.

—Eres muy terca y sorda, Renatita —gruñó este con ira.

Apabullada, la joven giró el rostro. Chocó con una infinidad de expresiones de la gente, algunas sonrientes y otras asombradas. En cambio, Ashley y Kristel parecían dos estatuas.

—¡Kris! ¿No piensas ayudarme con tu cinturón negro?

—Tú te vienes conmigo —anunció Arturo, y se la llevó en volandas hacia la salida.

—¡Este tipo me está secuestrando! —gritó llena de ira.

—Deja de armar un escándalo, ¿quieres?

—Bájame de una vez.

—No, hasta que me escuches.

—¿Y desde cuándo te importa mi opinión?

Arturo contrajo la boca en un rictus de disgusto.

—No sé.

Unos pasos apresurados la obligaron a mirar por sobre el hombro. Ashley y Kristel habían regresado a la vida y corrían detrás de ellos con Tommy pisándole los talones.

—Arturo, las chicas te van a dar varios puñetazos si no me devuelves a la tierra.

Pero el muy ladino ni siquiera se dignó a contestar y, cuando llegaron a la puerta de entrada, gritó:

—¡Abran!

Renata se quedó boquiabierta ante la contundente respuesta de los guardias de seguridad al oír la orden de Arturo. En la calle, la suave brisa de la noche revoloteó con su cabellera que, como una cortina de terciopelo rojo, caía sobre el pecho de Arturo. Este la acomodó mejor entre sus brazos, lo que provocó que Renata se aferrara más a su cuello.

—¡Arturo! Suéltala ya mismo —bramó Kristel que junto con Ashley y Tommy los alcanzaron.

Sin dejar de observar a Renata, Arturo siseó:

—¡Tommy! Haz lo que te pedí. Necesito hablar con esta histérica a solas.

—Ni se te ocurra —advirtió Renata muy severa.

—Si no la dejas en el suelo, te las verás conmigo.

—Kris, por Dios...

Ashley procuraba calmar a su amiga, que se había puesto en posición de ataque. En ese segundo, Arturo bajó a Renata y se enfrentó a Kristel.

—Yo también soy cinturón negro. No hagamos un escándalo que nos puede conducir a la comisaría. O al hospital. Lo único que pretendo es tener unas palabras con Renata.

—Por favor...

El ruego de Ashley hizo recapacitar a Renata, quien comprendió que, si pretendía continuar con la fiesta en paz, debería de escuchar al idiota. Suspiró hondo.

—Kris, tranquila. Vayan con Tommy a la mesa, que enseguida me uno a ustedes.

Kristel, furiosa, se había puesto en modo *catwoman*, por lo que Renata insistió varias veces hasta que logró que le prestara atención.

—A este tipito no le tengo miedo, Ren.

—Lo sé. Pero no hemos venido a un concurso de karate, amor. —Y se acercó a su oído—. Ve a divertirte con los lindos chicos que viste a través de los ventanales, que cuando menos te des cuenta, yo estoy ahí contigo.

A regañadientes, Kristel aceptó y, antes de entrar, advirtió a Arturo:

—La próxima vez no sé si tendrás tanta suerte, macho alfa venido a menos.

Tommy seguía esperando instrucciones de Arturo, hasta que este asintió con la cabeza. Con una leve sonrisa, fue detrás de Ashley y Kristel.

Al quedarse solos, Renata masculló:

—¿Qué quieres, Arturo?

La expresión del muchacho no podía ser más temible, pero a Renata la tenía sin cuidado.

—No tengo por qué darte explicaciones de mi vida, Ren. No eres mi novia ni nada que se le parezca, sino la vecina de mi amigo.

—Fíjate que esta vecina —chistó remarcando la última palabra— vino aquí porque tú la invitaste. Quizá tu memoria tiene fecha de caducidad a los pocos minutos.

Arturo carcajeó con sorna.

—¿Y qué tiene que ver la invitación con semejante demostración de celos?

—¿CÓMO? ¡Yo no estoy celosa!

—Me parece que sí.

—No te sobrevalores.

—Me someto a los actos. Si incluso me llamaste con esa palabra que nunca recuerdo.

Renata se obligó a inhalar, porque estaba a punto de clavarle las uñas en el rostro.

—Me molesta tu falta de respeto hacia mi persona, Arturo. ¿Para qué quieres reunirme conmigo si después te encuentro a los besos con otra chica? Sé muy bien lo que no soy para ti, pero tu comportamiento fue desagradable.

Arturo contrajo el músculo de la mandíbula.

—Permíteme informarte de que hay ciertas mujeres a las que les gusta coquetear con sujetos como yo, solteros y sin apuro, y no estoy acostumbrado a dejar pasar la oportunidad si me apetece. Admito que no me fijé en la hora y descuidé el detalle de recibirte de otra manera. Por lo tanto, te propongo que olvidemos el episodio y disfrutemos juntos del resto de la noche.

—¿O sea que cambias de chicas como de camisetas?

—Es un poco dura tu apreciación, Renatita. Hay muchachas que no tienen problema con algo así, aunque no es tu caso.

—¿Pero qué hiciste con ella? ¡Y te repito que no me llames de esa forma!

—Te aseguro que esa ya está acaramelada con algún otro.

—No sé...

—Regresemos con Tommy y tus amigas, y pasémosla bien. Además, prometí mostrarte el piano. Al mencionar el instrumento, el corazón de Renata se aceleró.

—¿Podré verlo en verdad?

—¡Claro que sí! Y también probarlo, si así lo deseas.

—¿Confías en mi capacidad de interpretación?

—No te conozco del todo, pero sé que eres de las muchachas que tratan de hacer las cosas bien. Renata abrió los ojos como platos.

—¿Y desde cuándo me analizas?

—Desde la primera vez que te vi.

Tragó en seco, preguntándose si Arturo hablaría en serio.

—Entonces me gustaría que me enseñaras lo que hay en ese recinto.

—¿Nos regalarás alguna canción?

Renata se encogió de hombros. Primero, examinaría el piano, y si sentía la loca idea de ejecutar algún tema delante de tanta gente, ya vería qué surgía.

—Solo llévame a verlo.

Arturo sonrió.

—Muy bien. Sígueme.

Capítulo 11

El público la contemplaba en silencio. Renata suspiró y reflexionó que, poco más de una hora atrás, nada la hubiese hecho imaginar lo que sucedería a continuación.

No bien Arturo la llevó donde el instrumento, Renata se enamoró de él y comenzó a probarlo con cuidado. A los pocos minutos, su acompañante solicitó ayuda al personal para trasladar el equipo al escenario.

—Arturo...

—Tengo una corazonada, Renata. Déjate llevar.

—Me da vergüenza actuar frente a tantas caras.

—Entonces, concéntrate solo en aquellas que desearías te escuchasen en este momento.

Sin darle tiempo a responder, Arturo la tomó de la mano y la dirigió hacia la tarima, donde el piano ya había sido instalado y la gente la miraba con cierta curiosidad. Pero al escuchar el grito de júbilo de sus amigas, Renata, emocionada, tomó asiento y les dedicó una canción.

Eligió We are the champions[11], de Queen, y no tuvo ningún reparo en sumar su voz a la melodía. Al conectarse con los acordes, su timidez se diluyó en el entramado de sonidos que su mente entretejía. Mientras entonaba las estrofas, Ashley y Kristel sonreían y se enjugaban las lágrimas de las mejillas. Por su parte, Tommy la observaba absorto y Arturo, con una expresión cincelada en granito. No entendía por qué este último siempre se mostraba tan duro con ella, aunque estaba segura de que nunca obtendría una respuesta. Por lo tanto, decidió continuar con la interpretación. Alcanzó cómodamente los tonos del tema que tanto idolatraba, hasta que, con las manos volando sobre el teclado, Renata invitó a los espectadores a acompañarla:

Somos los campeones, mis amigos

Y lucharemos hasta el final

Somos los campeones

Somos los campeones

No bien culminó con la canción, prosiguió sin pausa con Don't Stop The Music[12], de Rihanna. Después con Shiver[13], de Natalie Imbruglia, y al final con Live And Let Die[14], de Paul McCartney; esta última, una de las joyas musicales de la película de James Bond con el mismo título.

Pero en ese instante, frente al silencio sepulcral en el que el salón había quedado sumido, la piel de Renata se le puso de gallina. Tragó en seco con dificultad. Aunque había entregado lo mejor de sí, tenía miedo de haber hecho un papelón.

Prosiguió analizando los rostros impávidos hasta que Ashley y Kristel exclamaron:

—¡Eres única, Ren!

Los gritos al unísono de sus amigas dieron lugar a una ovación estruendosa por parte de todos los presentes. Ante la algarabía, Renata no pudo contener las lágrimas. Tommy alternaba entre bramidos y silbidos de aprobación, en tanto Arturo continuaba observándola con detenimiento. Rígido, inalcanzable.

Pero nada empañaría el regocijo y la plenitud que Renata sentía en el alma, por lo que rompió en una carcajada y agradeció varias veces a la gente que suplicaba por más.

—¡Son maravillosos! —alabó Renata a través del micrófono—. Pero ahora necesito un respiro. ¡Gracias!

Empapada en sudor, bajó del escenario y se encontró con Ashley y Kristel que la estrecharon con fuerza. Tommy, quien no se cansaba de gritar que era la mejor concertista de piano que había escuchado, pidió al *barman* una ronda de tequila para todos.

—¡Estuviste divina, Ren! ¡Mañana te lloverán alumnos a tus clases! —aseguraban las jóvenes que, gustosas, aceptaban los chopitos encargados por Tommy.

—Por favor, denme agua fresca. Estoy sedienta.

—Aquí tienes.

La voz grave de Arturo estremeció a Renata. Tomó la botella fría de agua mineral que él le ofrecía y agradeció su gesto. Entretanto disfrutaba de varios sorbos, Renata procuraba serenarse. La forma de ser de Arturo era imprevisible y la sorprendía. Todos parecían haber gozado de la improvisada función, pero él, como de costumbre, no emitía ni una palabra. Se lo apreciaba cauteloso, aunque no le quitaba los ojos de encima.

Resignada, depositó la bebida en una mesa. Ella debía entender que ese muchacho era un enigma y no le correspondía dilucidar su compleja personalidad. Debía lidiar con varios problemas en su vida diaria, y no deseaba sumar uno más. Con esa convicción, Renata, entre bailes y risas, se dedicó a disfrutar de sus amigos.

Desde que el pequeño concierto había finalizado, Arturo no la perdía de vista y tampoco se alejaba de ella. Las veces que algún chico se había aproximado para hablarle, él interponía el cuerpo para evitarlo, y en dos ocasiones estuvo a punto de irse a las manos a causa de que los sujetos se negaban a respetar el territorio demarcado. ¿Acaso creía que era su guardaespaldas?

«¡Basta de Arturo, por favor, Renata!», se llamó al orden y se empinó un chopito de tequila acompañado con limón y sal.

No podía estar pendiente de ese ser que era un grano en el culo. Jamás habían empatizado, aunque cada vez que Renata olía su perfume a incienso y pimienta su corazoncito se empecinaba en correr una maratón.

—Ren, tesoro, ¡todos hablan de ti!

La alegría de Ashley extrajo una sonrisa de su boca. Agradecía que Tommy permaneciese al lado de su amiga y también que Timo no hubiese aparecido, porque la juerga habría terminado en un verdadero desastre.

—Gracias, Ash.

Cuando esta se disponía a contestar, la voz de Arturo le ganó de mano:

—Ren, ¿puedes juntarte mañana conmigo antes de que el bar se colme de gente?

Renata abrió los ojos como platos. ¿La estaba invitando de nuevo?

—Perdón...

—Dije que si puedes...

—Oí bien, Arturo.

Él frunció el entrecejo.

—¿Por qué quieres que venga? —prosiguió intrigada.

Arturo no respondió de inmediato, sino que se acomodó el cuello de la camisa, como si le apretase demasiado.

—Me gustaría enseñarte algo.

—¿Más instrumentos?

—Algo así.

Renata repasó su agenda con la mente y se dio cuenta de que al otro día las clases particulares acababan a primera hora de la tarde.

—Puedo estar aquí a las tres y media. No sé si te viene bien.

—Perfecto.

—¿Eso es un sí?

—Por favor, Ren, no me digas que toda tu genialidad desapareció con la bebida.

«¿Y tú que esperabas, tonta? —se amonestó ante el tono irónico de ese desalmado—. ¿Qué hubiese cambiado de un segundo a otro?». »

Puso los ojos en blanco y asintió.

—Entonces nos vemos mañana, Renatita.

Y sin decir más, Arturo desapareció entre la multitud y nadie volvió a saber de él durante el resto de la noche.

Capítulo 12

«Es la última vez que bebo tanto alcohol. ¡Lo prometo!», se repetía Renata una y otra vez arrastrando los pies mientras el dolor de cabeza la destrozaba.

No bien había culminado con las clases particulares, pensó en llamar a Arturo para cancelar la invitación, pero la curiosidad por descubrir lo que él deseaba mostrarle había vencido la partida. Cualquier cosa que proviniese de un tipo tan enigmático como él era posible, incluso la más nefasta. Pero Renata era bastante temeraria y sabía elegir sus batallas, por más que pareciese una chica frágil e inocente. El orgullo la obligaba a actuar porque necesitaba extirpar la incertidumbre que su mente y sus emociones tejían alrededor de él.

No era la primera vez que se topaba con un muchacho complejo, y siempre había sido buena para dilucidar los secretos de la gente. Contaba también con las cartas del tarot, las aliadas que muchísimas veces le habían enviado señales y advertencias sobre los demás y que pocas veces le habían fallado. Aunque con el tema Arturo se mantenían bastante mudas.

Lo único que le habían revelado era la existencia de una conexión especial entre ambos, lo cual la dejaba perpleja porque nunca había conocido a un tío más apático que él. Y la misma pregunta daba vueltas en su cabeza: ¿por qué las cartas avisaron de que ella debía cuidar a Arturo? Una locura, cuando él era el doble de tamaño que ella y contaba con una seguridad y una dureza amedrentadoras. Entonces, ¿qué mierda podía hacer en caso de que Arturo necesitase ayuda? Igual, se recordó que, aunque las mujeres en general podían ser menos expertas que los hombres en peleas físicas, resultaban fantásticas en apoyos psicológicos.

Interrumpió sus pensamientos al sacar de la cartera un *paracetamol* para combatir la terrible jaqueca que la agobiaba y se lo deglutió con un sorbo de la botellita de agua que sostenía en la mano. Le dolían los ojos, como si infinidad de pequeñas agujas se enterrasen por detrás de ellos. Solo esperaba que la pastilla hiciese efecto lo más rápido posible o debería regresar al apartamento sin haber dilucidado el misterio de Arturo.

Faltando dos cuadras para llegar al bar, escuchó la musiquita de su teléfono celular y lo atendió.

—¡REN!

Frunció los párpados ante el grito estruendoso de Kristel.

—Por favor, cielo, habla más bajo que me retuerces la mollera.

—*Disculpa, mi amor. Pero es que no podía dejar de felicitarte por la noche que pasamos. ¡Eres la nueva estrella de la ciudad!*

—¿De qué hablas?

—*¿No viste el periódico?*

—No. Recién estoy tratando de sintonizar con el mundo.

—*Son casi las tres y media de la tarde y has estado despierta desde las ocho. Conozco tus horarios, chiquita.*

Renata asintió despacio.

—Pero mi cabeza se niega.

—*Presta atención. En la sección de sociales, salió publicado un pequeño artículo sobre la increíble joven cuyo talento musical ha impactado a la ciudad de Gouda.*

Renata se detuvo de golpe.

—¿Me lo estás diciendo en serio?

—*¡Claro! Está aquí mismo frente a mis narices, incluso con dos fotos tuyas. Lo puedes buscar en tu teléfono.*

Lo hizo de inmediato y en pocos segundos leía la nota a la que Kristel hacía referencia.

—*Wow* —susurró.

—*¡Exacto!*

—Han exagerado un poco. No soy una concertista.

Cuando Kristel estalló en una carcajada, Renata apretó los ojos. No soportaba tanto ruido y su amiga parecía negada a comprenderlo.

—*¡Lo eres! Ayer fue algo fabuloso. Ya era hora de que te decidieras a tocar delante de un público.*

—En realidad, se lo debo a Arturo.

—*¡Pero el logro es tuyo!*

—Hoy me han llamado cuarenta y cinco madres para anotar a sus hijos a mis clases.

—*¿Te das cuenta?*

En ese instante, un grupo de chicas y chicos que caminaban a su lado se acercaron a hablarle.

—Espera un segundo, Kristel... —Renata interrumpió la conversación y miró al grupo—. ¿En qué puedo ayudarlos?

—Queríamos pedirte un autógrafo.

Renata abrió los ojos como platos. ¿De qué mierda le estaban hablando? ¿La gente se había vuelto loca o ella durante las horas de sueños había viajado a otra dimensión?

—¿Perdón?

Uno de los muchachos sacó un papel y un bolígrafo del bolsillo de su pantalón.

—Por favor, ¿puedes firmar aquí?

Se quedó muda. Una realidad alternativa se había apoderado de su existencia y ella aún no se había dado cuenta. Sin responder, se quedó mirando como un fantasma el papel que se extendía

frente a ella.

—Aunque sea un garabato —suplicó una joven.

Aquel comentario la sacó de su letargo y, sin saber cómo, firmó el papel.

—¡GRACIAS! —exclamaron todos con una expresión brillante de emoción—. Eres genial y esperamos que continúes tocando en el bar. Hoy hemos invitado a veinte de nuestros amigos para ir a verte esta noche.

—Pero... solo fue por una vez.

La expresión de alegría de los jóvenes cambió a otra de decepción.

—Hablaemos con los dueños del local. No puede ser que no te ofrezcan un contrato luego de habernos regalado semejante espectáculo. ¡Eres maravillosa, Renata!

—Muchísimas gracias, pero ese acontecimiento fue una excepción. Un amigo que trabaja ahí me prestó el piano, y después fue cuestión de fluir. Nada más.

—Deberías tomarte esta carrera muy en serio, Renata. La ciudad necesitaba de alguien como tú, y ahora que sabemos que existes, prepárate.

Con una mirada de reconocimiento, los nuevos admiradores de su música se retiraron.

—*¡Te lo dije, Ren!* —gritó Kristel.

—Esto se está volviendo excesivo para mí, así que voy a colgar.

—*No seas cobarde y aprovecha lo que la vida te está ofreciendo.*

Se llevó los dedos al entrecejo. La jaqueca empeoraba.

—Sabes que la atención de una audiencia me pone muy nerviosa.

—*¡Pues ve acostumbRANDOTE!*

Sin darse cuenta, Renata había retomado la caminata y ya divisaba las puertas vidriadas del bar.

—Amor, te dejo. He llegado y lo único que deseo es acabar con todo esto y regresar al apartamento para dormir un montón de horas.

—*Bye, baby.*

Cuando Renata iba a abrir la puerta, alguien del otro lado lo hizo por ella.

—Hola, Ren.

La voz baja y profunda de Arturo la reconfortó. La observaba de la misma forma que él solía hacerlo, con minuciosidad pero sin manifestar demasiado. Renata estaba convencida de que esconder sus genuinos sentimientos era el arte preferido de Arturo. Eso, siempre y cuando tuviese un corazón, cosa que dudaba. Era tan difícil de leerlo que muchas veces se preguntaba si en realidad no era un fantasma. O un ser sin alma. Había leído varios artículos de ocultismo en donde se hablaba de esa clase de personas, que parecían existir de verdad. Incluso, que la mitad de la población planetaria estaba constituida por ellas. Jamás había aceptado algo tan absurdo, pero, de repente, Renata sospechaba que Arturo podía tratarse de una de ellas.

—Hola.

El joven se apartó a un costado para permitirle el ingreso. Cuando Renata pasó a su lado, sus fosas nasales se llenaron del perfume masculino y se sintió morir. La presencia de él la mojaba

entera y no sabía qué hacer para frenar las respuestas de su cuerpo. Incluso suponía que las pecas en sus mejillas debían de haber aumentado en número y se habrían puesto rojas como la capa de Caperucita.

—Gracias.

Renata suspiró profundo. Necesitaba controlarse o aquello terminaría en un completo desastre.

—Siento mucha curiosidad —continuó hablando.

Era imperioso cambiar la frecuencia de sus pensamientos y no se le ocurría mejor idea que ir directo al punto. Apenas culminase con lo que Arturo quería enseñarle, retornaría a su apartamento.

—Presentía que eras una insaciable.

Renata frunció el ceño. Arturo y sus comentarios eran la antítesis de la elegancia, aun cuando él le recordase a un *dandy*[15] por la impecable manera que tenía de vestirse y de moverse.

—Tranquilo, burro.

Arturo arqueó las cejas y, por un segundo, sus pupilas se cubrieron de un halo de diversión.

—Si te refieres a lo que tengo entre las piernas, no me quejo. Tampoco las chicas.

Renata apretó la boca para no gritar. El ego de ese tío era del tamaño de Tokio.

—Veo que he perdido las esperanzas de que hubieses mejorado en estas horas. Tengo un dolor de cabeza espantoso y te juro que he venido por cortesía. Quería agradecerte por lo que hiciste anoche por mí y también ver lo que guardas con tanto misterio. Pero no juegues con fuego, Arturito.

La sonrisa irónica de él aceleró su pulso.

—Calma, Renatita.

—No me llames así.

—Creí oír un Arturito por ahí.

—Dios...

Arturo le comió los ojos con la mirada y el calor que invadió la columna de Renata le recordó una hoguera. Con demasiada facilidad perdía el control frente a ese individuo tan siniestro. ¡Y la enojaba!

«Eres una verdadera tonta, Renata», se reprochó.

—Ven —la invitó él y echó a andar.

Ella lo siguió, concentrada en la espalda ancha y musculosa. Cuando arribaron a su oficina, él se detuvo y señaló la entrada con la mano.

—Adelante.

Renata asintió y dentro del recinto permaneció de pie muy atenta a Arturo, quien se dirigió hacia una pequeña portezuela ubicada en la parte trasera. Al abrirla, se inclinó sobre algo que ella no pudo identificar, pero cuando se dio la vuelta, Renata contuvo la respiración.

—Te presento a mi debilidad —dijo Arturo con una mueca de satisfacción.

Emocionada, Renata se acercó a la magnífica pieza: un violonchelo electrónico Yamaha.

—Si me dices que es el mismo que usan Luka Šulić y Stjepan Hauser del grupo 2cellos, me desmayo aquí mismo.

El brillo de regocijo en el semblante de Arturo le confirmó a Renata lo que había sospechado.

—Dios mío...

Amaba el sonido del violonchelo, en especial después que los dos jóvenes croatas a los que había hecho referencia lo hubiesen elevado a una nueva escala dentro de la música clásica en el mundo.

—Acércate.

—¿Puedo tocarlo? —preguntó fascinada.

—Claro.

Con exquisito cuidado, Renata acarició la particular textura de la madera.

—¿Es tuyo?

—Sí.

—¿Quién sabe tocarlo?

—Yo.

Los ojos de Renata se agrandaron como monedas de oro. Si era así, entonces Arturo estaba resultando una caja de Pandora.

—La que ahora desea escuchar soy yo.

Arturo asintió cerrando la puerta de su despacho. De repente, encontrarse en un ambiente tan pequeño con semejante espécimen masculino la sofocó y se sentó en la primera silla de cuero que se cruzó en su camino.

Arturo se ubicó en otro asiento y, colocando el violonchelo entre las piernas fornidas, apoyó el mástil contra el cuello. El instrumento era de color negro y hacía juego con la oscuridad que impregnaba cada poro de la piel de su dueño. Como si Arturo hubiese captado la dirección de sus pensamientos, alzó la vista y la contempló con una fuerza que derritió el poco control que quedaba en Renata. Sudorosa, apartó su cabellera hacia un lado.

Arturo sonrió, y, cuando empezó a tocar, Renata comprendió que, a partir de ese día, su vida cambiaría para siempre.

Capítulo 13

«Dios santo», pensó Renata, y dos gruesas lágrimas se derramaron por sus mejillas.

Absorta y emocionada, escuchaba con deleite la melodía que Arturo interpretaba: *Meditation From Thais*[16], uno de los temas musicales más hermosos que conocía.

Se le hizo un nudo en la garganta ante la inagotable fuente de perfección que emanaba a través de aquellos dedos que se movían con gracia y perfección.

Arturo permanecía con los ojos cerrados y el cabello grueso le caía con desparpajo sobre la frente. El rostro apenas se movía, salvo por el arqueado de las cejas al alcanzar un sonido alto. Pero lo que tenía por completo embelesada a Renata era la paz que emanaba de su semblante. Una, que no hubiese sospechado existiese en él. Y se sintió humilde. Porque Arturo, sin saber ella por qué razón, le había otorgado la confianza de presenciar la alquimia que se gestaba en él. La coraza de chico malcriado y cínico se resquebrajaba para dar lugar a un maestro generador de una belleza incuestionable, nacida de su alma y plasmada a través de sus manos.

Sonrió repleta de esperanza: el Arturo falto de empatía y excesiva crudeza quizá no lo era tanto y, en realidad, se trataba de uno de los tantos seres de este mundo que no sabía cómo exteriorizar el manantial de emociones que circulaba en su interior. Y la música podía ser el magnífico medio para manifestarlo.

«Mira cómo te escondías, Arturo», reflexionó enternecida.

Con la palma de la mano se limpió las lágrimas. El sonido llegaba a las fibras más profundas de su corazón y no tenía forma de detenerlas. En ese preciso instante, Arturo ejecutó el último acorde y un insondable silencio los envolvió.

Renata tragó en seco, incapaz de moverse. Estaba tan sumergida en la experiencia que precisaría de unos minutos para volver en sí.

No bien Arturo abrió los ojos, ella percibió algo distinto en los iris verdes. Un brillo especial que desapareció enseguida.

—Habías resultado ser una llorona, Renatita.

La sonrisa irónica regresó y, con ella, el Arturo que acostumbraba a ser. La alquimia había acabado.

—A mucha honra. Ha sido maravilloso compartir tu magia.

La expresión de Arturo se volvió adusta y, con cierta urgencia, se levantó para apoyar el

violonchelo sobre el escritorio.

—¿No tocarás más? —quiso saber Renata.

—Tal vez más tarde.

Arturo se sentó detrás del mueble sobre el que descansaba un cúmulo de papeles y boletas.

—Gracias por hacerme partícipe de tu talento, Arturo.

El joven se encogió de hombros.

—Cuando anoche te escuché tocar, se me ocurrió una locura que quería transmitirte.

Renata se puso un poco nerviosa.

—Soy toda oídos.

El sofocante calor que la invadía cuando él la escudriñaba como lo hacía en ese momento la obligó a cerrar las piernas, un acto reflejo de protección frente al efecto devastador que Arturo ejercía sobre ella. Apabullada, se inclinó hacia delante y del montón de papeles extrajo uno de buen tamaño para hacerse viento. La risa socarrona de Arturo la incomodó. Debía suponer lo que ocurría con ella, pero jamás admitiría lo cachonda que se ponía ante su mirada.

—¿Te gustaría formar un dúo musical conmigo?

Renata comenzó a boquear.

—¿Qué... qué...?

—¿También eres tartamuda, Renatita?

—Es... que...

—¿Aha?

—Bueno, yo...

Arturo parecía divertido.

—Vamos, Ren. Me defraudas.

Renata respiró profundo, en un intento por quitarse la galleta de nervios que tenía atragantada en la garganta.

—Un dúo —logró decir al fin.

—Sí. Tú y yo. La combinación del piano y del violonchelo es muy prometedora. Podríamos hacer un *mix* de música clásica y rock que atraería a muchísima clientela al bar.

Contuvo el aliento. El chico que la mantenía desvelada por las noches la invitaba a llevar a cabo el gran sueño: crear su propia banda.

—Y si somos buenos —agregó—, podríamos extender nuestras actuaciones a otras ciudades de por aquí.

—Virgen María...

—Por supuesto que deberíamos probar lo que te estoy proponiendo. Tendríamos que cotejar los repertorios musicales que conocemos, la buena química de nuestras interpretaciones, los horarios de trabajo y la voluntariosa predisposición que nos permitiría alcanzar el éxito algún día.

A medida que Arturo le iba exponiendo los puntos, Renata se obligó a inhalar, prendada del tono de su voz y de los labios gruesos que la estremecían de los pies a la cabeza. ¿Cómo diablos

iba a ser capaz de convivir tantas horas con él sin llegar a involucrar sus sentimientos? ¿Podrían compartir el mismo anhelo? ¿Y si esa locura resultaba más grande de lo que ella pudiese soportar?

No, definitivamente no podía aceptar semejante propuesta. Demasiado tenía con sus propios problemas. La escuela, sus próximos estudios de DJ, las clases particulares, el vigésimo intento de ir a zumba sin éxito, los consultantes de tarot, su corazón bastante comprometido por ese idiota. No. Absolutamente no.

—De acuerdo —contestó. Y cerró los ojos.

«¡¿Qué mierda, Renata...?!», se reprochó.

—Pensé que me lo ibas a hacer más difícil, Ren.

Lo miró.

—¿Por qué?

—No te caigo muy simpático.

—Con razón.

—No voy a discutir sobre eso, pero me alegro de que hayas aceptado. Veo mucho potencial en este proyecto y solo se trata de intentarlo.

Se levantó y se acercó hacia ella.

—¿Te gustaría que tocásemos algo juntos? Si sale bien, podríamos jugar un poco con el público esta noche.

¿Arturo pretendía que ese mismo día se presentasen ante la gente?

—Tú mismo dijiste que teníamos que cotejar si conocíamos las mismas canciones.

—La de Paul McCartney que tocaste ayer la conozco bien, así que podría ser un buen comienzo.

Renata asintió carraspeando. Era una kamikaze, y por más que su mente le gritaba que aquello era una verdadera chifladura, ella, como buena bocaza, había aceptado. Ya no podía volverse atrás. Amaba la música y ese «proyecto», como Arturo lo llamaba, requería de ella enfocarse en lo que adoraba hacer: dar vida a las melodías.

—¿Probamos? —preguntó Arturo.

—Vale.

—Vayamos al escenario, el piano todavía está ahí. Esta mañana exigí a los empleados que lo dejaran.

—Ah, ¿sí?

—En ese momento ya abarajaba la propuesta que te acabo de realizar.

Arturo tomó el violonchelo y salió de la oficina. Renata lo siguió y, al llegar al plató, él habló a través de uno de los micrófonos:

—Ron, cuando terminemos de ejecutar la siguiente canción, cuéntenos con toda honestidad lo que te pareció.

Un joven de unos treinta años, que reponía bebidas en el bar, aceptó amable con la cabeza.

Renata se sentó en la pequeña butaca y esperó a que Arturo subiese una silla y se ubicase en

ella con el instrumento entre sus piernas.

—Entonces, ¿*Live And Let Die*, de Wings[17]? —quiso asegurarse Renata.

—Exacto.

Compartir el hechizo y el talento de Arturo inundó a Renata de alegría y se dejó llevar. Los acordes se unieron en un ritual salvaje, como dos amantes que, luego de buscarse por milenios, se reunían en un efervescente abrazo.

Las voces se alzaron, primero, a un ritmo sereno y, después, a uno febril. La melena de Arturo se sacudía vehemente en tanto sus dedos frotaban el arco de madera contra las cuerdas. Renata lo acompañaba con las manos deslizándose de un extremo a otro del teclado.

Al percibir las gotitas de sudor de sus mejillas sobre las teclas, Renata sonrió. Y cuando Arturo clavó la vista en la suya, ella comprendió que, contra todo pronóstico, ambos habían logrado encajar.

Inhaló profundo y su alma se llenó de verde. Arturo le hacía el amor con la mirada, con el mismo frenesí y descaro que el violonchelo al piano. Las lágrimas arreciaron, porque Renata nunca había visto a Arturo más hermoso que en ese instante y, sobre todo, porque, por un ratito, él era completamente suyo.

«Dios mío —reconoció horrorizada—. Me estoy enamorando de él».

De pronto, Arturo se detuvo y ella también. El hechizo había llegado a su fin, así como la dicha más profunda que Renata había experimentado alguna vez.

Capítulo 14

—¿Y por qué estás tan nerviosa? —preguntó Silvia, que intentaba detener algún taxi que se dignase a levantarlas en esa tarde lluviosa.

—Porque cuando Arturo me llamó para avisarme de que teníamos una reunión en su oficina por un tema importante, me impacienté.

—¿Y no te adelantó acerca de qué se trataba?

—No, Sil. Y la curiosidad me mata, lo sabes.

Al pasar un taxi cerca de ellas, Silvia pegó unos saltitos haciendo señas, pero el vehículo siguió de largo.

—¡Maldito! —exclamó furiosa—. Encima, mis tacones me hacen doler las piernas.

Renata observó de reojo y comprobó que su amiga no solo respiraba con dificultad, sino que sus mejillas se asemejaban a dos manzanas bien rojas.

—¿Acaso no vas a zumba?

—Bueno, debo confesarte que hace un mes que no piso el gimnasio. Estoy bastante vaga con tanto estudio, Ren.

—Entonces no soy la única que trata de regresar a las clases y jamás lo consigue.

—Me temo que la deportista es Kristel.

—En eso estamos de acuerdo.

Renata sonrió y continuó con un nuevo escrutinio. Se habían encontrado por casualidad en la puerta de la escuela y, cuando Renata explicó a Silvia que tomaría un coche para arribar lo antes posible al bar, esta decidió unirse a ella alegando que iba para el mismo lado, aunque sin especificar adónde.

—Ren, necesito que me cuentes más sobre el dúo Arena. Te confieso que el nombre que Arturo y tú le han puesto me llama un poco la atención. Empezaron hace solo dos semanas y el éxito comienza a extenderse hacia las demás ciudades de este lado de Holanda.

—La vida está repleta de sorpresas, Sil, y esta es una de ellas. Ni en mis sueños más locos imaginé que la dupla con Arturo iba a gestar semejante ola de sucesos en tan pocos días.

—Pues Ron está enloquecido con ustedes. Y ni te cuento nosotras tres, cielo.

Renata miró a Silvia con curiosidad.

—¿Qué pasa entre Ron y tú?

Su amiga carraspeó.

—Bueno, a veces salimos.

—¿Ya te has cansado de Michael?

—No. Pero tú sabes que nunca me decido por nadie.

—Silvia, por Dios —refunfuñó Renata.

—No hablemos de mí, sino de ti. ¡No me has contado nada sobre cómo te sientes!

Renata suspiró reconociendo que Silvia tenía razón. Esos días habían sido tan agitados que casi no había podido hablar con ninguna de sus tres amigas.

—Como detrás de una cortina de humo. Confundida.

—¡Pero ustedes son geniales, Ren! Cada vez que Kris, Ash y yo los escuchamos, quedamos con el alma expuesta. Y el público también. Babean por la música que regalan.

—Exageras.

Silvia sacudió la melena rubia como una reina que hubiese sido sorprendida haciendo algo indebido.

—¿Has notado el silencio que se gesta cuando ustedes interpretan las canciones? El mismo que provocarían dos clavadistas que se lanzan desde treinta cinco metros de altura al mar.

—¿En serio?

—Te lo juro, Ren. Ustedes son salvajes, repletos de ímpetu, viscerales. Tus manos vuelan, Ren. Y Arturo, con esos hombros increíbles y los pectorales que estallan de sus camisas, hace vibrar el violonchelo de una manera sorprendente. ¡Los instrumentos cantan!

Renata se sentía maravillada con la euforia de Silvia. Se la notaba entusiasmada con lo que Arturo y ella generaban durante los encuentros en el bar.

—Están convirtiéndose en una sensación —prosiguió su amiga—. Las chicas mueren por Arturo.

—Bueno, convengamos que tiene lo suyo.

—Pero tú no te quedas atrás, tesoro. Quizás Ash y yo deberíamos ayudarte un poco con el vestuario.

—Ni se les ocurra.

—Solo un poquito... ¡porfa!

Renata sonrió y en ese instante se detuvo un coche. Subiendo a toda prisa, se apoltronaron en el asiento del vehículo. Mientras daba la dirección al chofer y Silvia continuaba con la perorata, Renata se sustrajo en sus propios pensamientos.

Habían sucedido tantas cosas que aún no podía creerlo. De la noche a la mañana, lo único que se hablaba en Gouda era del dúo que había revolucionado la ciudad y las redes sociales. En YouTube, alguien había subido un video de ellos ejecutando *Bohemian Rhapsody* [18] y en tres horas había recibido alrededor de cuatro mil visitas. En dos semanas llevaban más de trescientos mil y todo vaticinaba que el medidor seguiría aumentando.

Aún recordaba el día que Arturo y ella habían tocado por primera vez la canción de Paul

McCartney en el bar. Absorta por lo que había descubierto acerca de sus verdaderos sentimientos por Arturo, la algarabía de Ron la había terminado de descolocar. El chico era uno de los mejores DJ de Gouda y había asegurado que la interpretación de ellos había sido la más extraordinaria que había presenciado en mucho tiempo. En un principio, Renata supuso que Ron estaría medio fumado, ya que varias veces lo había visto hacerlo, pero cuando a la noche los espectadores los ovacionaron durante quince minutos de pie, Renata no tuvo dudas de que Arturo y ella suscitaban algún tipo de encantamiento con la música.

A partir de ahí, las reuniones con Arturo para ensayar nuevos temas habían sido muy estimulantes. Él había bajado un poco la guardia y la trataba con mayor cuidado, aunque tampoco se podía esperar que su humor se mantuviese estable. Arturo era insoportable y no había nada más que decir.

Pero lo refunfuñón que resultaba lo suplía con las ganas de aprender nuevas melodías. Era en extremo inteligente y en tan solo unos pocos minutos podía recordar los acordes de una obra.

—Aún no me has contado por qué el dúo se llama Arena.

La curiosidad de Silvia sacó a Renata de sus reflexiones. Había sido una propuesta de Arturo que la había impresionado.

—Es la unión de la sílaba «Ar» de Arturo con «Rena» de Renata. Pero usamos solo una «R».

—Esa sí que no me la esperaba.

En ese momento, se dio cuenta de que estaban a las puertas del bar. El coche se detuvo y Renata miró a Silvia.

—¿Quieres bajar y quedarte un rato conmigo?

Silvia asintió.

—Siempre tuve la intención de venir aquí.

Renata arqueó las cejas.

—¿Ron?

Su amiga se encogió de hombros con una sonrisa de oreja a oreja. Divertida, Renata sacudió la cabeza de un lado a otro y pagó al chofer.

No bien ingresaron al local, Ron se acercó a ellas y, pasando un brazo alrededor del hombro de Silvia, dirigió su atención hacia Renata.

—A ver si puedes calmar al león.

—¿Qué pasa? —preguntó perpleja.

—Nada que tú no puedas manejar, Renatita.

Puso los ojos en blanco. Esperaba que Arturo no se refiriese a ella de esa forma cuando no estaba presente o explotaría Troya. ¡Joder!

—Renata o Ren, Ron. Odio el Renatita.

La expresión en el rostro del muchacho cambió de manera radical. Se lo notaba avergonzado.

—Pero es que Arturo...

Renata suspiró.

—Sé que no es tu culpa. Solo recuerda mi pedido.

—Claro que sí. Perdona.

Renata sonrió para calmar al chico.

—Todo bien, Ron.

Y se alejó con pasos apresurados hacia la oficina de su mayor perdición.

Capítulo 15

—¿Y esto? —preguntó Renata, confundida, frente al fajo de papeles depositados sobre el escritorio.

Recostándose sobre el respaldo del sillón, Arturo sonrió.

—Personas de distintas partes de la zona que nos invitan a tocar.

Sentada del otro lado del mueble, Renata arqueó las cejas.

—¿De verdad?

Arturo apoyó los codos sobre la superficie y comenzó a enumerar:

—Tenemos propuestas de bares y discos de Utrecht, Oudewater y Schoonhoven. Pero antes de llamarte, recibí un comunicado de la gente de Supperclub en Ámsterdam.

El pulso de Renata se aceleró. ¿Hablaban Arturo en serio?

—¿Te refieres al Supperclub que yo estoy pensando?

Arturo cruzó los brazos con el ceño fruncido.

—Mira, Renatita, no sé qué has comido hoy, pero no estoy para jugar a las adivinanzas.

—Tienes prohibido llamarme así.

—Por eso lo hago.

—Y también el personal de aquí. ¡Es tu culpa, Arturo!

Pero él parecía inmune a sus quejas.

—Existe un solo club llamado así en Ámsterdam, Renatita.

Suspiró derrotada. Ya se las arreglaría para aclarar las cosas con ese malnacido, pero el tema que tenían que tratar era más importante.

—¡Dios!... Ese lugar es increíble. Han desfilado los artistas internacionales más conocidos. No sé, me dejas sin habla.

—En cambio, a mí me estás resultando bastante parlanchina —aclaró Arturo rascándose las orejas.

Renata frunció la boca. Ese día el tío estaba fatal y, si no cambiaba en breve, se levantaría y se iría a la mierda.

—¿Y qué sugieres que hagamos, Arturo?

Cuando la miró con ojos brillantes, Renata contuvo la respiración. Las bragas se le humedecieron y un ardor se instaló en su bajo vientre.

«Contrólate, Renata», se llamó al orden.

No podía ser que ella perdiese el rumbo cada vez que él la contemplaba así. Todo su cuerpo clamaba a gritos por que Arturo la tocara, pero ni muerta lo escucharía. Ella tenía su orgullo y dignidad, y ese chico era demasiado peligroso para su pobre corazón.

—Que nos arriesguemos. Puede ser una entrada de dinero interesante, Renata. Y una gran oportunidad para que nos conozcan en otros niveles.

—Pero si viajamos, tendré problemas con mi trabajo.

—Es cuestión de organizarse y mantener una estricta disciplina. Todos estos espectáculos son para los fines de semana.

—¿Y el bar?

—Hablaré con los dueños y les ofreceré nuestra exclusividad durante la semana. Pero los sábados y domingos son nuestros.

—¿Crees que aceptarán?

—No les daré otra opción.

—Hay veces en que hablas con tanta seguridad que parecieras ser el jefe de aquí.

Arturo empalideció y Renata se cuestionó si el comentario había sido equivocado.

—¿Dije algo ofensivo?

Él se levantó y rodeó el escritorio. Apoyó las caderas sobre el borde y cruzó las piernas por los tobillos. Ubicado tan cerca, Renata alejó un poco la silla. No quería exponerse en exceso. La vida empezaba a entretejer una red invisible alrededor de los dos, y si no era precavida, culminaría en un enredo tan vasto que terminaría por devastarla.

—Nada que te incumba, Renatita.

Ahí estaba otra vez el maleducado.

—¿Podrías ser un poco más amable? ¿O es que todavía no te han hecho efecto los laxantes?

El músculo de la mandíbula de Arturo apenas se movió, y Renata supo que su crítica le había molestado. En realidad, le importaba un cuerno, porque ese mequetrefe se empecinaba en fastidiarla más que un par de hemorroides.

—¿Quieres guerra, chiquita? —interrogó él mirando el reloj de la muñeca—. Porque tenemos hasta las ocho de la noche para pelear y decidir quién gana.

Renata abrió la boca para expulsar la rabia que sentía, pero se recordó que esa mañana había hecho una meditación *zen* que le había brindado una enorme paz y, por ende, se obligó a cerrarla para no darle el gusto a ese tipejo. Debía concentrarse en lo que realmente importaba.

—No perderé mi tiempo en sandeces contigo, pero me interesa tu plan. Estoy muy entusiasmada con el dúo y las cosas que van surgiendo.

Arturo asintió con una media sonrisa.

—Tenemos que hablar sobre tu paga.

—Tú dirás.

—¿Cincuenta y cincuenta?

—Pensé que me dirías sesenta y cuarenta. Tú eres quien está poniendo los instrumentos, el lugar, y el que me brinda una enorme oportunidad.

Arturo se encogió de hombros.

—No es justo. Te descubrí por casualidad y en realidad no estoy comprometiendo nada de lo mío. Son los jefes de aquí quienes lo están haciendo.

—¿No deberíamos darle una participación?

La cabellera oscura se movió de un lado a otro.

—Gracias a nosotros tienen el establecimiento repleto de clientes. No te preocupes, que están más que contentos.

—¿Pero qué pasará cuando acabe este auge? Así como surgió puede finalizar muy pronto.

—¿Y? Habrá valido la pena mientras haya durado.

Renata se rascó la cabeza.

—Tienes razón. Trato hecho.

Después de darse un apretón de manos, Arturo regresó a su asiento.

—Desearía tener a alguien que tocara la batería en algunos de nuestros números. ¿Qué opinas?

Renata se quedó en silencio y sonrió. Era una magnífica idea.

—En el último tema que estamos ensayando quedaría increíble.

—Opino lo mismo.

Renata y Arturo hicieron una tregua en su pequeña guerra personal y se sumergieron en una conversación sobre música, habilidades y oportunidades en el camino que juntos habían comenzado a transitar.

Renata no tenía dudas de que se estaba metiendo en un verdadero lío. Arturo la subyugaba y cada minuto que pasaba a su lado la hacía caer más en sus redes. Era agudo en extremo, muy hábil con las personas, y, si bien en un primer momento a ella le había parecido una piedra, en realidad se había equivocado. Él entendía sobre la inteligencia emocional de los demás y eso lo convertía en un peligro para ella.

En tanto Arturo continuaba con sus explicaciones acerca de lo que significaría para ellos actuar en el club de Ámsterdam, Renata escudriñaba su barba de dos días, las cejas gruesas y negras, que enmarcaban sus increíbles ojos, y la sonrisa repleta de dientes blancos y grandes.

Estaba perdida. Y no había vuelta atrás.

—¿Me estás escuchando?

La voz ronca la trajo a la realidad. ¿Qué podía contestar? No había oído una mierda.

—Estoy de acuerdo en todo lo que dices —se apresuró a responder.

Arturo frunció el ceño.

—Algo estás tramando.

—¿Por qué?

—La Renata de siempre estaría contradiciendo algunas de mis sugerencias.

—Pues la nueva elige qué batallas librar.

—*Wow*. Me gusta.

Ante esas palabras, Renata perdió cualquier atisbo de la realidad y solo fue consciente del chico delante de ella. Las pecas se le habrían puesto como brasas y la delatarían, pero poco podía hacer; era incapaz de moverse. Se encontraba subyugada por ese seductor que la miraba como si quisiera devorarla de a pedacitos.

Renata jadeó por lo bajo cuando Arturo se levantó y se acercó a ella. Echó el cuerpo hacia delante y, apoyando las manos sobre el respaldo de la silla, la encerró en una cárcel de músculos y tendones. Congelada por fuera, se sentía como lava pura por dentro. El rostro que tanto deseaba se detuvo a milímetros de su boca. Observó perpleja los poros de la piel y el hoyuelo de la mandíbula masculina a la vez que procuraba enviar la orden de huir a sus neuronas. Pero estas dormían o habían caído embrujadas ante ese mago sin escrúpulos.

Al percibir el calor de la palma de la mano de Arturo sobre su mejilla, Renata se elevó al Nirvana y gimió. Al hacerlo, entreabrió la boca.

—No me dejas otra opción —susurró Arturo.

Se hincó frente a ella y, aferrándole la cara, devoró sus labios. Renata cayó en un pozo de éxtasis y, con un sollozo de rendición, entrelazó los brazos alrededor del grueso cuello. Cuando Arturo le moldeó los senos con las manos, ella arqueó la espalda y abrió la boca más grande para recibir la lengua implacable, caliente y mojada, repleta de malas intenciones. Pero a Renata le importó un pepino. El embrujo Ziff era imparable.

Los dedos de él desabrocharon su blusa y dejaron a la vista sus dos melocotones repletos de pecas, adornados por el encaje del sujetador. La vergüenza la invadió e intentó apartarse, pero Arturo, cogiéndola de la nuca, se lo impidió.

—Ni se te ocurra, Ren. Eres preciosa.

Para su perdición, esas palabras la desarmaron. Y sucumbió. Arturo bajó la cabeza y besó con avidez la porción descubierta de sus pechos. Ella cerró los párpados y echó la cabeza hacia atrás. Abrió un poco las piernas, casi como una ofrenda, en tanto los breteles del sujetador caían por sus hombros.

—Perfecta... —jadeó él sobre su piel.

Al notar el aire fresco del equipo acondicionado sobre los pezones, Renata entornó los ojos. La lengua húmeda rendía homenaje a las aureolas rosadas con una avidez feroz, y las manos no se quedaron atrás. Mientras Arturo se llenaba la boca con uno de sus pechos, amasaba con la palma abierta la punta del otro.

Incapaz de comprender el poder devastador de aquel incendio, Renata volvió a sollozar. Arturo continuó con la esmerada atención a sus pechos hasta que descendió por su abdomen y llegó al cierre de los pantalones vaqueros. Ahí, alzó el rostro y la contempló con una mirada de advertencia, la cual aseguraba que no se detendría. Renata suspiró, porque ella tampoco podría impedirselo. Tal era el poder que Arturo ejercía sobre ella y no le gustaba un carajo.

Cuando escuchó el sonido del cierre, Renata se removió un poco. Arturo la detuvo al

incorporar el cuerpo y cruzar los brazos por detrás del respaldo de la silla, lo cual le permitió aplastar el poderoso pecho contra sus suaves senos.

A un suspiro de sus labios, musitó:

—Por una vez, deja de resistirte a mí, Ren. No nos privemos de lo que surgió desde el primer segundo que nos vimos.

Renata se asombró por esas palabras, pero prefirió no indagar en ellas. Conocía a los chicos como Arturo, quienes no se entregaban al amor así porque sí. Pero por una putísima vez, estaba dispuesta a disfrutar de lo que ese muchacho, del que estaba enamorada hasta las muelas, le prodigase. Ya tendría tiempo de analizar qué significaba esa nueva decisión en su vida, pero, en ese segundo, lo único que anhelaba era que el fuego abrasador de Arturo la redujese a cenizas.

Al asentir, él la besó como un sediento. Le desabrochó el sujetador que caía por debajo de sus pechos y le quitó la blusa. Arturo volvió a chupar sus pezones con frenesí, a tal extremo que la entrepierna de Renata clamó a gritos por él. Arqueando de nuevo la espalda, llevó los brazos hacia atrás y clavó las uñas en el cuero del respaldo. Cada rincón descubierto de su piel quedó expuesto a la boca y a las manos de Arturo.

Con un gruñido, él se arrancó la camiseta y Renata tragó saliva al observar semejante fortaleza de músculos. Arturo sonrió y, después de extraerle los pantalones, le acarició los muslos con las yemas de los dedos. Renata abrió un poco más las piernas y él se inclinó para degustar con la lengua la porción desnuda a los costados de su braga. La lamió por un buen rato, hasta que con los dientes descorrió la frágil tela que protegía su intimidad.

Arturo gimió.

—Eres tan excitantemente roja.

A partir de esas palabras, su amante se transformó en el hombre más generoso que Renata hubiese podido imaginar. La colmó de atenciones. Lloró de júbilo por lo que la boca y las manos de Arturo desencadenaban en su cuerpo y en su corazón. Lo mundano se transformó en sublime; lo cotidiano, en único, y lo carnal, en sutil.

Le hizo el amor de un modo tan especial que Renata supo que quedaría inutilizada para siempre. Porque no habría otro que pudiese reemplazar a Arturo.

Al percibir la cabellera negra acariciando su bajo vientre, Renata, con mucha dulzura, estiró la mano y se la revolvió. Arturo la miró con una ternura impropia de él, y a ella le encantó. Continuó saboreándola hasta que una efervescente tempestad se enroscó en la columna de Renata. Arturo debió de darse cuenta, porque profundizó las embestidas de su lengua y amasó sus senos con mayor avidez, si eso era posible. Llorando de placer, Renata levantó una pierna y apoyó el pie sobre el borde del escritorio, lo que provocó que Arturo desbordase y rompiese sus bragas con las manos. Desnuda entera, Renata consintió que su verdugo se adueñase de sus más íntimos secretos. Un grito amenazaba con estallar de su boca, por lo que se mordió los nudillos para evitar que los escuchasen.

Cuando Arturo le elevó las caderas con las manos, Renata supo que estaría perdida. Y no se

equivocó porque, transcurridos unos segundos, un gemido ahogado anunció la explosión de su interior. Arturo gruñó y, despojándose de los vaqueros y de la ropa interior a patadas, logró extraer un sobrecito de uno de los bolsillos del pantalón. Ante el tamaño de lo que oscilaba frente a ella, Renata agrandó los ojos, asustada.

—Arturo, creo que no...

—Sh —la interrumpió—. No tengas miedo.

Absorta, lo contempló tomarse el pene con una mano y enfundarlo con el condón que había extraído del paquetito, para después apoyarlo a la entrada de su intimidad.

—Por favor, Arturo... —suplicó.

—Cuidaré de ti.

Esas palabras fueron como una alquimia para su alma, porque la calmaron y posibilitaron el ingreso de Arturo en su interior. Mientras él la llenaba, Renata sintió terror por lo que estaba permitiendo, aunque también sabía que no había forma de explicar a sus sentimientos que aquello era una verdadera locura. Una que ella estaba dispuesta a atravesar.

A medida que Arturo avanzaba, la respiración de Renata se aceleró. Su miembro era grande y ella hacía mucho que no había tenido relaciones.

—Eres tan estrecha, Ren.

—No me hagas daño, por favor.

Arturo le sujetó la cabeza con las manos y la obligó a mirarlo:

—En este instante eres lo más preciado para mí.

Al asentir, no pudo evitar el derramamiento de algunas lágrimas.

«Ni se te ocurra creer en cuentos de hadas, Renata», se obligó a recordar.

Por completo dentro de ella, Arturo comenzó a embestir, al principio despacio, pero después con mayor énfasis. Su brío era tal que Renata temió que la silla de cuero se partiese en miles de pedazos. Para sostenerse mejor, apoyó el otro pie sobre el escritorio, lo cual ayudó a que Arturo incrementase las arremetidas.

Empapados de sudor, Renata clavó las uñas en la espalda fuerte, emitiendo un sollozo de placer, en tanto él succionaba sus pechos como un hambriento bebé.

La lujuria de Arturo la excitó por sobre manera, y supo que, muy pronto, estallaría otra vez. Los gemidos de él se mezclaban con los suyos y con los crujidos agónicos de la silla.

—Renata. ¡Por Dios! —gritó Arturo por lo bajo, galopando con todas sus fuerzas.

Continuó estoqueando en su interior una y otra vez, con las mejillas arboladas y los labios temblando de placer, hasta que echó la cabeza hacia atrás y, gruñendo por lo bajo, se sacudió como un preso ejecutado en la silla eléctrica.

Antes de caer desparramado sobre sus pechos, Renata lo escuchó murmurar:

—No puede ser.

Capítulo 16

—¿Cuándo parten hacia Ámsterdam?

Renata miró a su madre que cortaba las verduras para una ensalada caribeña. Ella hacía otro tanto con las frutas que después adosaría. El ritual en que ambas preparaban comida mientras dialogaban era un clásico entre ellas, quizá porque era el mejor momento para que ninguno de los varones de la familia las interrumpiese.

—Mañana alrededor de las diez. Viajaremos en el coche de Arturo y actuaremos a las siete de la tarde.

—¿Es un buen lugar?

—Uno de los diez mejores *night-clubs* de la ciudad.

Camilla asintió sin detener la tarea que realizaba.

—Conozco tu carita, Ren.

—¿A qué te refieres, mamá?

La mujer suspiró. Volcó en una fuente los trozos de lechuga, radicheta, rúcula y pimienta de diferentes colores a los que sumó los de mango, avocado y granado de Renata.

—No quiero que sufras, Ren.

—¿Puedes ser más clara?

Camilla señaló con un dedo la mesada a un costado.

—¿Me alcanzas el jugo de limón y el vinagre?

—Sí, claro —contestó la joven.

—Y de paso el coriandro y los cibouettes[19].

—A la orden.

Apenas Renata regresó con lo solicitado, Camilla se apresuró a completar la mezcla.

—Sé que estás muy entusiasmada con ese chico Arturo.

—Mamá...

—No, déjame culminar.

Renata frunció el ceño. Su madre casi nunca se expresaba de esa forma.

—Cada vez que alguien de nosotros menciona su nombre, tu rostro se ilumina. Ni hablar cuando lo haces tú.

Sacudió la cabeza, frustrada.

—¿Tan evidente soy?

La sonrisa de Camilla fue la prueba que necesitaba, y también la sentencia final.

Roja de la vergüenza, se llevó las manos a la cara. Oyó el ruido de las cucharas abandonadas a su suerte y los pasos apresurados que se acercaban hacia ella.

—No, tesoro —susurró Camilla acariciándole la cabellera.

—Soy patética.

—¿Por qué?

—Me estoy metiendo en un embrollo del que no sé cómo saldré parada. Eso, si no termino aterrizando de culo y sin paracaídas.

Las manos cálidas de su madre aferraron las suyas para apartárselas.

—¿Es lo que manda tu corazón?

Unas lágrimas se derramaron por sus mejillas. Se sentía perdida después de que el día anterior hubiese hecho el amor con Arturo. Al menos para ella había significado eso, pero no para él. Se moría de tristeza al recordar cómo, luego de vestirse en silencio, ambos habían continuado la noche arriba del escenario, donde brindaron un espectáculo increíble. Todo eso sin mencionar una sola palabra de lo acontecido. El encuentro sexual que debería haberles dado una mayor complicidad, los había separado. Por eso, estaba segura de que la intensidad con la que había interpretado los temas había provenido de la extrema desnudez con que había quedado su alma. Y las palabras de Arturo continuaban perforándole las entrañas.

Se quitó la humedad de la cara con el dorso de la mano, enojada con ella misma, porque era una romántica empedernida que, aunque lo negase, seguía manteniendo la esperanza de que el príncipe azul de los cuentos existiese. Y que Arturo fuese el de ella.

—Sí, mamá. Pero tampoco deseo sufrir.

Camilla la abrazó con fuerza y permanecieron así durante un buen rato.

—Eres un ser amoroso, hija. No te dejes amedrentar y oye la voz de tu sabiduría.

Emitiendo una carcajada baja, Renata levantó los brazos a los costados.

—¿Cómo diablos se supone que la escucharé? Te juro que estoy ciega y sorda.

—¿Tan fuerte es, cielo?

Con las manos se revolvió el pelo, como si intentase poner orden a su cabeza y a sus sentimientos.

—Me temo que sí —confesó—. Arturo es una patada en los ovarios, pero no bien detiene sus ojos en mí me olvido de todo. Tiene mal genio y un pésimo talante. Además, es impertinente y frío. Pero cuando sonrío o me demuestra que me desea, boqueo como un pez, mamá. Y a la vez me siento la mujer maravilla, que desea complacer a Arturo. ¡Y no me importa el precio a pagar!

Camilla se quedó un rato pensativa.

—Estoy segura de que si un día te encontrases en la disyuntiva de elegir entre traicionarte a ti misma o evitarlo, la Renata que tu padre y yo criamos saldría a la palestra. No subestimes lo que has aprendido, tesoro. Aunque ese amor loco no te permita verlo.

Cabizbaja, Renata se sentó en una silla. Parecía que una montaña se había derrumbado sobre ella.

—Aunque podría suceder que tú fueses la chica que Arturo necesita.

Renata se apresuró a negar con la cabeza.

—Somos la antítesis de uno y otro, mamá. Te lo aseguro.

—Pero se comprenden en la música.

Renata suspiró.

—Ayer hicimos el amor.

Camilla tragó en seco y Renata juró por lo bajo. No contaba demasiado sobre sus amoríos a su madre, porque le resultaba bochornoso. Pero ese día era distinto. Necesitaba hablar con alguien.

—Al menos, es lo que yo hice —prosiguió—, porque Arturo culminó nuestro encuentro con una frase que me rompió en mil pedazos.

—¿Qué dijo?

—«No puede ser».

Las mejillas de Camilla empalidecieron.

—¿Y no le preguntaste qué significaba?

Renata se levantó y comenzó a pasearse de un lado a otro de la cocina.

—Jamás lo haría, porque es muy claro, mamá. Manifestó su imperiosa necesidad de poner distancia.

—Confróntalo, hija.

—No.

—¿Por qué no, Ren?

—Fluyamos.

—¡Dios, qué terca eres!

Renata sonrió y Camilla devolvió el gesto.

—Creo que salí a ti. —La mujer estuvo de acuerdo—. Pero te prometo algo.

—¿A ver?

—En Ámsterdam estaré atenta a los posibles mensajes que el cuerpo de Arturo me envíe.

Un mohín en la cara de Camilla demostró su preocupación.

—Solo te ruego una cosa, Ren.

—Dime.

—Nunca pierdas el valor de tu persona por nadie. Eres mucho más de lo que crees. Todos lo somos. Y nadie tiene derecho a hacernos perder el rumbo, aunque lo amemos, porque te convertirás en la mujercita más infeliz del mundo. Y eso, hija mía, es una verdadera pérdida de tiempo.

—Pero amar a alguien, ¿no se supone que es lo más mágico aun cuando suframos?

Camilla sonrió con ternura.

—No, si dejas de cuidar de ti misma.

—¿Es eso lo que estoy haciendo por amar a Arturo?

—No lo sé. Tú tienes la respuesta.

Exhalando el aire de los pulmones, Renata asintió.

—Temo perderme detrás de este amor, mamá.

—Por eso mis palabras, tesoro. Si deseas amar a ese chico, hazlo. Pero que sea una elección hecha desde tus fortalezas y no tus debilidades.

—¿No puedo ser débil según tú?

—Claro que sí. Pero sé consciente de ello para no caer atrapada en las garras de la estupidez.

Renata conocía a su madre; acostumbraba a llevarla por senderos que la hacían reflexionar y por eso la amaba tanto. La confrontaba con lo mejor y lo peor de ella, aunque no siempre diese con las respuestas más acertadas.

—Gracias, mamá.

Y se fundieron en un profundo abrazo.

Capítulo 17

A pesar de todo, el viaje fue agradable.

A la hora estipulada, Arturo la había pasado a buscar por su apartamento y partieron hacia Ámsterdam repletos de expectativas. El trayecto no resultó demasiado largo, tal vez un par de horas, aunque las suficientes como para que se produjesen algunos silencios incómodos entre ellos. Ninguno abordó lo acontecido en la oficina de él, sino que se dedicaron a hablar sobre la modalidad con que ejecutarían el repertorio de esa noche. Arturo le informó acerca de Dennis van Doorn, un baterista que vivía en la capital holandesa, el cual los esperaba en su casa, donde podrían ensayar hasta que marchasen al club.

Apenas arribaron al domicilio de Dennis, Renata tuvo la oportunidad de constatar que el muchacho era muy agradable, y su habilidad con la batería, indiscutible. Arturo y ella estuvieron de acuerdo en invitarlo a participar en algunos de los temas que interpretarían, ante lo cual el joven aceptó encantado. Practicaron en el garaje hasta quedar satisfechos.

Y en ese instante, sentada frente al majestuoso piano de cola en Supperclub, Renata se pellizcaba para comprobar si estaba soñando. El recinto, ubicado en el interior de un antiguo teatro llamado The Odeon, cuyo edificio había sido declarado monumento nacional en el año 1970, era majestuoso. Se encontraba abarrotado de unas trescientas cincuenta personas provenientes de la clase más exclusiva de Ámsterdam.

Dominaba el ambiente un sofá blanco de proporciones colosales, que conformaba algo similar a la quilla de un barco, empotrado contra las paredes. Contaba con innumerables almohadones del mismo color desparramados en toda la superficie. Las dimensiones del amoblado eran tan vastas que la gente podía sentarse y estirar las piernas sobre el tapizado como si yaciese en una cama. A los pies descansaban unas mesitas de metal, alrededor de las cuales los concurrentes podían acomodarse para disfrutar de una comida. Hacia el centro del habitáculo, varias mesas blancas destacaban por la luminosidad de sus velas. A los costados, un conjunto de columnas señoriales de más de trescientos cincuenta años sostenía el piso superior y, entre ellas, una puerta blanca de doble hoja perteneciente a la época sobresalía en distinción. Esto último echaba a volar la imaginación de Renata, quien fantaseaba con que el público pertenecía a ese período de la historia. La antigua estampa contrastaba con los paneles que tapizaban las paredes y en los que se proyectaban imágenes del cosmos. Planetas, galaxias e infinidad de estrellas se desplazaban con

elegancia por el entorno otorgándole un toque de exquisita excentricidad.

Entretanto los asistentes degustaban de un banquete, Dennis y Renata habían aprovechado para subir al escenario construido en el extremo opuesto de la habitación. Uno de los dueños del club les había explicado que lo normal era presentar tres espectáculos durante la noche, pero, en esa oportunidad, habría solo dos para dar prioridad a Arena. Al enterarse de ello, Renata había comenzado a sudar de los nervios, porque si bien Arturo y ella acostumbraban a entregar la vida en cada función, desconocía el nivel de exigencia de esas personas tan distintas del mundo de donde ella provenía.

Una vez que habían ocupado sus respectivos lugares, Renata constató que la multitud casi no les prestaba atención, enfrascada en la charla y en la cena, lo cual la había hecho sentir más aliviada. Pero al aparecer Arturo con el violonchelo colgado en un soporte de cuero sobre el pecho, la mayoría de la platea femenina se concentró en él y enseguida comenzó a murmurar. Aunque a Renata le dio mucha rabia, tampoco podía culpar a las jóvenes. Arturo, enfundado en unos vaqueros negros y una camisa del mismo color, con los brazos bronceados sosteniendo el instrumento oscuro, le recordaba a una pantera por los ojos verdes que contrastaban en medio de tanta negrura. O un demonio.

Renata suspiró.

«O quizás, un ángel caído», reflexionó Renata al recordar la tristeza que alguna vez había detectado en su mirada.

Para su satisfacción, Arturo no reaccionó a la conmoción que provocó entre las mujeres y muy serio se acomodó en la silla. A continuación, apoyó la pica en el suelo y el clavijero por encima de su hombro.

No bien el presentador vestido de esmoquin los nombró, rayos láseres de múltiples colores centellaron y el gentío aplaudió. Tragando saliva, Renata apoyó las manos sobre el teclado, seguida de Arturo, quien con el cabello brillante cayéndole sobre el rostro, colocó el arco sobre las cuerdas. Por último, Dennis, sentado detrás de una impactante batería Gretsch, aferró las baquetas.

En el momento en que Arturo detuvo las pupilas en las de ella, Renata advirtió que el embrujo había empezado.

El primer tema, *Smells Like Teen Spirit*[20], de Nirvana, captó de inmediato el interés de los presentes. Los pares de ojos detenidos en ellos fueron aumentando con rapidez. Pero en el preciso momento en que Arturo acopló el violonchelo eléctrico para transformarlo en una especie de guitarra acústica grave, y Dennis lo escoltó con el redoblar de los tambores, el ambiente detonó en una portentosa algarabía. Y la muchedumbre se lanzó a bailar con desenfreno.

Renata, enajenada, no ocultó las lágrimas. Su corazón rebotaba de alegría ante las notas que danzaban como locas en su cabeza, sin embargo, cuando Arturo le guiñó un ojo, perdió cualquier atisbo de cordura.

Con una sonrisa radiante, Renata se puso de pie para aporrear el piano con energía, y Arturo,

quien no le quitaba la vista de encima, la imitó y, emitiendo una carcajada, extrajo de su violonchelo un llanto que repercutió por todo el local. Acompañados por el tronar de los platillos de Dennis y las imágenes de fuego y lava que habían reemplazado a los planetas y las estrellas, el teatro se transformó en un verdadero infierno. La ovación de la masa resonó en las fibras más íntimas de Renata.

Ejecutado el último acorde, el público continuaba cantando las estrofas de la canción como si no desease pasar al siguiente número. Pero Arturo resolvió el problema con el grito de «uno, dos, tres», el cual anunció el inicio de *Highway To Hell*[21], de AC/DC. A Renata no le cupo la menor duda de que aquello se convertiría en algo inolvidable, y no falló, porque incluso los meseros detuvieron su trabajo para cantar y bailar.

El talento de Dennis descolló con tal magnitud que, al realizar el solo de batería que habían ensayado a la tarde, unas chicas se echaron en la cara y en el pecho el champagne que bebían en demostración de lo cachondas que se habían puesto.

Al acabar el tema, el animador, en medio de vítores de aprobación, exhortó a los empleados a proseguir con su trabajo.

Cuando la atmósfera se calmó un poco, Renata cantó la balada *Perfect*[22], de Ed Sheeran, con el único acompañamiento de Arturo. La recrearon con tal intensidad que un profundo mutismo invadió el salón. Renata elevó la voz clara y vibrante, y si bien la letra hacía referencia a un joven que declaraba sus sentimientos a la mujer de su vida, Renata, en el fondo de su alma, dedicó esas estrofas al dueño de su amor.

Por cada tono elevado que alcanzaba, ella imaginaba a Arturo sonriendo y besándola. Y en medio del éxtasis, las palabras de su madre retumbaron en su mente: «Podría suceder que tú fueses la chica que Arturo necesita».

Finalizada la canción, la multitud los aclamó.

Arturo, sin demora, prosiguió con *They Don't Care About Us*[23], de Michael Jackson, y si Renata había creído que el punto culminante del espectáculo ya lo habían conseguido, se equivocaba. Tan pronto como Arturo activó el violonchelo eléctrico, cuantiosos chorros de humo expulsados desde el suelo comenzaron a danzar al ritmo de la música. La batería bramó y los dedos de Renata corrieron de un extremo al otro del teclado en una maratón exacta y precisa de acordes. Y el júbilo de los espectadores se transformó en delirio.

Contagiado por el entorno, Arturo bajó del estrado con el violonchelo calzado en el soporte y deambuló entre la gente. La histeria que ocasionó hizo carcajear a Renata, porque el chico frío se entregaba a sus admiradores y la enternecía. No obstante, la alegría le duró poco, porque cuando una chiflada pellizcó el trasero de Arturo, Renata se equivocó en un acorde, lo que significó que él se diese la vuelta y la mirase con una ceja levantada. Se le hizo un nudo en la garganta al no entender por qué se enojaba con ella cuando debería de hacerlo con esa descarada.

Continuaron sin pausa con el repertorio hasta que arribaron al final. Al intentar despedirse, los asistentes comenzaron a solicitar números extras.

Renata estaba exhausta, pero cuando los ojos de Arturo rogaron por un último esfuerzo, ella supo que no podría negarse. Habían ensayado una melodía esa tarde, y si bien no estaba perfecta, podía generar algo muy especial. Dennis buscó su aprobación y, cuando Renata asintió, arrancaron con los arpeggios del tema que el grupo 2cellos había eternizado: *Game Of Thrones*[24].

Con el salón viniéndose abajo de aplausos y rugidos de voces, se zambulleron en un nuevo manantial de sonidos. Y una infinidad de encendedores se prendieron para celebrarlos a ellos y a la música que brindaban.

Arturo, con la capacidad de los virtuosos, acarició las cuerdas con extraordinaria pasión, y Renata extrajo de las teclas de marfil su expresión más sublime. De pronto, percibió que Arturo buscaba su mirada con la suya, y, cuando se encontraron, Renata supo con total convicción que ambos habían alcanzado un grado de entendimiento casi místico.

Las pantallas transmitieron escenas de la madre de los dragones y de los increíbles animales que habían provocado furor en la televisión mundial. Se lanzaron a Winterfell, donde los habitantes se preparaban para la guerra contra los Caminantes Blancos, y Daenerys Targaryen ejecutaba su venganza junto a los dragones que destruían lo que se presentaba a su paso.

Dennis, emitiendo un bramido, aporreó la batería con una maza de percusión, y, ante el sonido espeluznante de guerra, el auditorio enardeció.

Renata no supo cuánto tiempo duró la ovación, pero, no bien acabó, los tres, desfallecidos y empapados hasta la médula, se pusieron de pie con una sonrisa de oreja a oreja. Tomados de las manos, reverenciaron a la audiencia que bramaba y celebraba a viva voz. El griterío y el estruendo duró un buen rato, hasta que el presentador anunció la próxima función.

Arturo, que no había soltado la mano de Renata, la ayudó a bajar del escenario. Apenas dejaron atrás las puertas blancas, se dirigieron hacia el local que les habían asignado para cambiarse. Dennis los observaba asombrado al verles las manos unidas.

—¡Ey! No sabía que eran pareja —comentó sonriente.

Renata intentó soltar su mano, pero Arturo no se lo permitió.

Sorprendida, balbuceó:

—En realidad, no...

—Te felicito por tu interpretación —la interrumpió Arturo mirando a Dennis—. Siempre supe que eras el indicado para lo que necesitábamos.

—Las veces que quieran.

—Gracias, Dennis —susurró Renata.

—Si nos llaman otra vez de *Ámsterdam*, te avisaremos.

—Puedo viajar para acompañarlos sin ningún problema, amigo. Estoy desempleado.

—Contamos contigo entonces —respondió Arturo sin dudar—. ¿Estás de acuerdo, Renata?

—Por supuesto. Lo sucedido es memorable y mucho es gracias a ti, Dennis.

El ruido de una puerta al cerrarse con fuerza y unos pasos apresurados dirigiéndose hacia ellos les llamó la atención. Un individuo venía corriendo y exclamaba:

—¡Chicos! ¡Deténganse!

Los tres esperaron al hombre. Cuando este llegó hasta ellos, Arturo asumió el rol de líder.

—Renata, Dennis, les presento a Joeri van der Leden, uno de los mánager del club.

—Encantada —contestó Renata, y lo mismo hizo Dennis.

—El gusto es mío. Sería un enorme honor para mí hablar con ustedes.

—Desde luego —respondió Arturo—. Pero primero necesitamos descansar un poco, Joeri.

—¡Se lo han ganado! También pueden comer y beber todo lo que deseen, y están invitados a la fiesta que se celebrará luego de la cena.

—Gracias.

—De todas maneras, necesito que me garanticen que vendrán de nuevo. Lo de esta noche ha sido mágico. Les juro que ni siquiera el espectáculo de Lady Gaga generó un delirio semejante.

La cejas de Renata se arquearon, absorta por lo que oía.

—Pues es así —prosiguió Joeri—. No sé qué ocurrió ahí dentro, pero pocas veces vi al público reaccionar así. Fue algo extraordinario. Tampoco puedo creer que sean aficionados y no profesionales. ¿Podrían regresar en dos semanas?

El corazón de Renata palpitó a mayor velocidad. La paga de ese lugar era un lujo para ellos, así que era una enorme oportunidad para aumentar sus magros ahorros.

—Lo hablaremos durante la cena y te daremos una respuesta, Joeri —replicó Arturo—. Pero nos urge descansar.

Renata y Dennis agradecieron la iniciativa de su compañero.

—Claro que sí, Arthur.

A Renata la desconcertó que lo llamase por su nombre en inglés, pero eligió quedarse callada.

—Arturo —corrigió él.

Joeri sonrió.

—Sí, perdona. Los dejo tranquilos. Ya nos veremos en la velada.

Cuando el hombre se retiraba, Arturo miró a Dennis.

—Nos reuniremos en una hora, amigo. Renata y yo tenemos que hablar de algo privado.

Ante la perplejidad de ella, Dennis asintió y se marchó.

—Arturo, disculpa, pero no entiendo... —balbuceó Renata.

Él, sin responder, tiró de ella y la llevó a otra habitación.

—¡Espera un poco! —bufó.

—No hables, Renata. Ahora no.

Capítulo 18

No bien Arturo cerró la puerta y puso la traba, Renata se soltó de su agarre.

—¿Se puede saber qué cuernos te ocurre?

La respiración acelerada de él la asustó. La miraba como un desorejado o un hambriento que hacía mil años no se alimentaba. Se acercó al acecho, pero ella retrocedió hasta que chocó la espalda contra la pared. Arturo la arrinconó y le aferró la cara con las manos.

—Tú, Renata. Tú eres lo que me sucede.

Y la besó. Renata gimió y, aferrándose al cuello de Arturo como si se encontrase en medio de un naufragio y él fuese su único salvador, le devolvió el beso. Entre gruñidos y sollozos de placer, Arturo le bajó el vestido negro a la cintura para exponer sus pechos cubiertos por el sujetador.

—Voy a degustarte entera —susurró relamiéndose los labios y quitándole con urgencia la prenda.

El brillo en la mirada de Arturo al contemplar su desnudez encendió a Renata. Con un suspiro, él inclinó la cabeza y devoró sus senos repletos de pecas con una glotonería que provocó que la intimidad de Renata se mojase sin control. Ante la vorágine de la boca golosa, ella arqueó la espalda sintiéndose más libre y viva que nunca.

—Me vuelves loco, Ren —confesó él sobre uno de sus pezones y, a continuación, buscó sus labios entreabiertos.

Atacó su boca como un desquiciado y ella devolvió cada uno de los besos con el mismo desenfreno que él. Renata percibía el sabor metálico de la sangre, pero poco le importó. Su interior, inflamado de un ímpetu desbordante, la impelía a entregarse a ese chico que había puesto su existencia patas para arriba por completo.

En medio de esa desopilante pasión, Arturo la agarró de las caderas y, levantándola del suelo, la obligó a rodearle la cintura con las piernas. Echando mano de una habilidad desconocida para Renata, Arturo se deshizo de los pantalones y de la ropa interior de un santiamén. Ella aspiró hondo porque muy pronto estaría colmada de él y eso significaría su perdición.

Cuando los dedos de Arturo desplazaron hacia un costado uno de los bordes de sus bragas y su miembro grueso comenzó a penetrarla, Renata jadeó retorciendo el cuerpo para darle la bienvenida.

—Tranquila, nena —musitó Arturo al oído al mismo tiempo que le aferraba las muñecas y las

clavaba contra la pared por encima de la cabeza.

Expuesta de esa forma, Renata sollozó por la necesidad de que Arturo apagase el fuego que quemaba sus entrañas. Los embistes se volvieron más intensos en tanto la boca de él succionaba con ansias uno de sus senos. Gotitas de sudor se desplazaron de las sienes de Renata hacia su cuello.

—No te detengas —suplicó.

—Ni loco, Ren.

Al ruido de resuellos de placer se sumó el ritmo frenético de las pelvis hasta que, al alcanzar la cima, ambos explotaron en un grito ahogado.

Durante un rato largo permanecieron jadeantes. Cuando Arturo liberó las muñecas de Renata, se dejó caer al suelo con la espalda apoyada contra la pared y ella sentada sobre su regazo. La joven intentó levantarse, pero él la retuvo estrechándola con mayor fuerza.

—No te muevas —murmuró ronco.

Ante sus palabras, Renata apoyó la mejilla sobre el pecho aún agitado. Se sentía feliz de estar abrigada por los brazos de Arturo, quien se mostraba renuente a dejarla ir. Un atisbo de esperanza inundó su corazón y sonrió.

—¿Tienes hambre? —preguntó curiosa.

Arturo emitió una carcajada baja.

—Sí, Ren. Pero de ti.

—¿No ha sido suficiente lo que acabamos de disfrutar?

—No.

Renata se incorporó y lo miró. Arturo era uno de esos chicos que después de hacer el amor se volvían más hermosos. Y la sonrisa socarrona amenazaba destruir su precario equilibrio.

—Pues yo me voy a la fiesta, Arturo.

Probó moverse otra vez, pero él la ciñó con vigor.

—¿Qué te pasa? —quiso saber Renata.

—Debemos aclarar algunos puntos.

—¿A ver?

—Me gusta estar contigo, Ren.

Se quedó boquiabierta, porque ni en sus sueños más locos se hubiese imaginado que Arturo confesaría algo así.

—A mí me pasa lo mismo contigo.

—Pero no me malentiendas —señaló, y Renata tragó en seco. Era una estúpida si creía que tenía alguna posibilidad con él.

—Ilumíname, por favor.

Arturo asintió con una expresión grave en el rostro. ¿En qué momento había cambiado del muchacho sonriente a ese energúmeno?

—Jamás me interesaron las relaciones duraderas, ni nada parecido. Por ende, no te estoy

proponiendo nada serio.

—No soy la diversión de nadie, Arturo.

—Tampoco quise decir eso.

—¿Entonces?

—Me gustaría que nos disfrutásemos mientras esto dure.

Renata frunció el ceño.

—Te aclaro que no soy ninguna monja, pero detesto que me condicionen desde el principio.

—No soy un tipo para ninguna mujer, Ren. Menos para ti.

—Aprecio tu sinceridad, pero te darás cuenta de que tus palabras echan por tierra cualquier intento de estar juntos.

—Es que me encantas.

Una ira comenzó a ascender por el vientre de Renata. No le gustaba un carajo el egocentrismo de Arturo, aunque siempre había sabido que era enorme.

—O sea, deseas que sigamos con la banda y que nos desfoguemos como salvajes cuando tengamos ganas de tener sexo. Y nada más.

—Algo así.

—No.

El semblante de Arturo se volvió amenazante.

—Renata...

—No estoy dispuesta a gobernar mis actos o mis sentimientos por tus miedos y egos inflados. No soy así y punto.

Contempló cómo la mandíbula de él se tensaba. Estaba encabronado, pero la tenía sin cuidado. Arturo no era nadie para decidir lo que ella podía o no experimentar. ¡Joder!

—Ya lo sé.

—Me estás confundiendo y no me gusta.

Se levantó y, esa vez, los brazos de Arturo no la retuvieron. Acomodándose la vestimenta, se dirigió hacia la puerta. Se sentía desilusionada, pero consciente de que eso no representaba ninguna novedad. Cuando tomó el picaporte, el sonido de unos pasos por detrás de ella la detuvo. Al girarse, se encontró con el pecho ancho de Arturo.

—Está bien —dijo él colocando ambas manos a cada lado de su cabeza.

—Está bien, ¿qué?

—Vivamos lo que tenemos y luego decidamos.

Los ojos de Renata se abrieron bien grandes. ¿Había escuchado bien?

—¿Sin restricciones?

No le pasó desapercibida la mueca de preocupación en él, pero ella iba a luchar la batalla con sus propias armas y no con las que le impusiera el enemigo.

—No soy garantía de nada, Ren.

—Yo tampoco.

Los iris verdes transparentes la escudriñaron durante un buen rato hasta que una media sonrisa se dibujó en la boca de Arturo.

—Entonces, trato hecho.

Capítulo 19

El sonido del reloj despertó a Renata. Palpó la mesa de luz tratando de apagar el monstruo que chillaba y amenazaba con hacerle estallar la cabeza.

—Por Dios, ¡que pare! —gimió y continuó con la pesquisa.

Sacó la cabeza de debajo de la almohada y estiró el cuello en un nuevo intento de encontrar al culpable. Al mirar en derredor, se dio cuenta de que no estaba en su habitación. Confundida, se enderezó y giró el rostro. Arturo dormía a su lado como un bebé de cara a ella. Aspiró hondo y retuvo el aire en los pulmones. Tenía terror de despertarlo.

—¿Qué mierda hago aquí? —se preguntó e intentó recordar. De a poco llegaron los recuerdos del fin de semana más increíble que hubiese experimentado en su existencia.

Después de que Arturo y ella hicieron el amor como salvajes y se pusieron de acuerdo en la precaria relación que comenzarían, se ducharon juntos, entre arrumacos y caricias. Luego se cambiaron de ropa y se reunieron con Dennis en la fiesta. Como Joeri les había asegurado, tuvieron a su disposición toda la comida y bebida que desearon.

En realidad, no comieron mucho, pero se bebieron la vida. Renata se sentía tan feliz que se empinó cuanto chupito llegaba a sus manos. Arturo, por su parte, se comportó muy sobreprotector con ella, a tal extremo que parecía un guardabosque. No consentía que ningún otro tipo se acercase, lo cual no siempre era fácil, porque gracias al éxito de la actuación, varios intentaban hablar con ella.

—Detente, por favor —solicitó Renata—. Me haces acordar a cómo te pones en el bar de Gouda. ¡No permites que nadie hable conmigo!

—Con los únicos que tengo inconveniente son con los tipejos que no entienden que tú ya tienes dueño.

—¿Perdón? —exclamó Renata absorta—. ¿Se puede saber desde cuándo?

—Desde que tengo ganas.

Para estupor de Renata, el Arturo que a ella no le gustaba había regresado demasiado deprisa.

—Óyeme bien, Arturo. Déjame vivir como a mí se me antoja, ¿sí? Tú y yo, si bien hemos llegado a un acuerdo, no hablamos de posesión. Quiero disfrutar de esta noche tanto como tú, así que no te pongas en perro bulldog a mi lado.

—No me gusta que te baboseen. Máxime que todos ven mi brazo enroscado en tu cintura. Varios de esos fulanos no comprenden los códigos que existen entre los varones.

Renata puso los ojos en blanco.

—¿Podemos continuar disfrutando de la velada? No quiero perder mi humor por una estupidez como esta.

—Hola. —Renata suspiró aliviada al escuchar a Dennis, quien se había acercado con una chica muy bonita abrazada a él—. Les presento a Jade.

La joven sonrió y les pidió un autógrafo. Arturo aceptó a regañadientes, en cambio Renata se mostró más amable. La chica extrajo de su cartera una agenda en la que estamparon las firmas.

—¿Escribirás tu nombre debajo de mi sujetador, amorcito? —interrogó ronroneando a un Dennis que babeaba como un perro San Bernardo.

—Lo que tú quieras, tesoro.

Sin manifestar sorpresa por la desfachatez de la acompañante del baterista, Arturo invitó a bailar a Renata y durante horas danzaron como dos desmedidos. Arturo resultó ser un bailarín increíble, cuyos movimientos flexibles y coordinados arrancaron más de un suspiro entre las muchachas. Renata, por su parte, no se quedó atrás y desplegó toda su gracia.

Para su sorpresa, Arturo continuó muy cariñoso con ella. La besaba en cuanta ocasión se presentaba, y Renata, muy en el fondo, volvió a abrigar la ilusión de que lo que se gestase entre ambos pudiese funcionar. Era muy pronto, pero confiaba en que el tiempo demostrase lo que empezaba a intuir.

Colmada de júbilo, Renata aceptó lo que Ámsterdam les regalaba a manos llenas. Pero el último tequila la derrumbó. Se arrulló en un rincón del gigantesco sofá y, antes de quedarse dormida, la última imagen que tuvo de Arturo fue la de él hablando con Joeri.

Un bostezo la regresó al presente. Buscó con la mirada una puerta que pudiese ser un cuarto de baño, porque necesitaba con urgencia una ducha.

No tenía idea de dónde se encontraban, pero estaba segura de que Arturo era quien se había encargado de traerlos a ese sitio para descansar. De pronto, se dio cuenta de que estaba desnuda. No recordaba nada, así que, o habían hecho el amor como locos sin que ella se enterase, o Arturo se había aprovechado y le había quitado la ropa. La enardeció imaginar la cara traviesa de él al hacerlo. Arturo disfrutaba de su cuerpo, en especial, de sus tetas llenas de pecas.

Lo observó con anhelo y sonrió. Se lo veía tranquilo y parecía más joven de lo que normalmente aparentaba. En realidad, muchas personas al dormir mostraban su verdadero semblante y era algo que a Renata la conmovía. Las fachadas eran máscaras muy tiranas y Arturo vivía con una la mayor parte del tiempo.

Se levantó con cuidado de no despertarlo y, después de indagar un instante, descubrió su ropa acomodada en una silla. Eso indicaba que, lo más probable, era que no hubiese ocurrido nada entre ellos. De lo contrario, las prendas yacerían desparramadas por todos lados.

Se colocó el vestido y salió de la habitación. Al hacerlo reconoció la pequeña galería: la de la casa de Dennis. Caminó un pequeño tramo y se topó con el garaje, a partir del cual le resultó muy fácil dar con el lavabo. Era muy pequeño, pero contaba con una ducha. Sabía que era muy malo utilizar toallas ajenas, pero Renata estaba tan desesperada por bañarse que se obligó a utilizar la que colgaba en la pared. Ya vería de pedirle disculpas a Dennis más tarde.

Bajo el chorro de agua, Renata se sintió en la gloria. Colocó champú en su mano y mimó su melena con dedicación. Luego continuó con el acondicionador. El peine había quedado dentro del bolso, por lo que tendría que esperar para poner en orden la enorme cantidad de pelo.

Se asustó cuando escuchó la puerta abrirse. Se maldijo por no haberla cerrado con llave, pero había estado tan dormida que se había olvidado.

—Perdón, pero me estoy bañando. Terminó en un momento —indicó a quién estuviese del otro lado.

Agrandó los ojos al oír el ruido de la traba.

—No... —balbuceó al descorrerse la cortina, pero se quedó petrificada al ver a Arturo, quien la escudriñaba como un perro cazador.

—Pues yo tengo pensado quedarme aquí contigo, Ren.

Incapaz de emitir una palabra, permitió que Arturo le tomase la cara con las manos y la besase con glotonería. El chorro de agua caliente caía sobre ambos, pero nada podría calmar la ebullición que despertó en los dos. Renata se aferró al cuello de Arturo al mismo tiempo que él le masajeaba los pechos mojados.

—Te extrañé —dijo un Arturo sonriente con los párpados entrecerrados—. Deseo tenerte para mí solo.

—Pues aquí me tienes, Art.

Con un suspiro profundo, Arturo le atacó de nuevo la boca introduciendo la lengua hasta el último rincón de su paladar. Sus manos seguían entretenidas con sus pezones hasta que una de ellas se deslizó hacia su intimidad.

—Dios —murmuró Renata, y enroscó una pierna en la cadera de Arturo. Abierta de esa forma, los dedos curiosos ingresaron en su interior.

—Quiero exclusividad.

La firmeza en las palabras de Arturo confundió a Renata. Echó la cabeza hacia atrás ante el tremendo placer que las caricias de su amante provocaban en su cuerpo, y, al hacerlo, un pequeño hilo de agua ingresó en su boca. Arturo enrolló su cabello en un puño y tirando de él con suavidad la obligó a mirarlo.

—¿Ren?

—¿Qué?

Los ojos de Arturo recorrieron su rostro con una expresión que atemorizó un poco a Renata. ¿Estaba celoso? No podía ser, si la que bailaba como un mono por ese chico era ella. Arturo se acercó hasta rozar sus labios con los suyos.

—No te quiero ver con otro mientras estés conmigo.

Renata le tomó las mejillas.

—Lo mismo vale para ti.

Arturo sonrió con un brillo de satisfacción en las pupilas.

—De acuerdo.

Y la besó como jamás Renata imaginó que pudiese ser posible.

Capítulo 20

—Tenemos treinta y cinco propuestas para Arena.

—¿Cómo? —gritaron las amigas de Renata.

Se habían reunido en lo de Kristel, quien, además del deporte, amaba la cocina y le encantaba mimarlas a todas ellas con diferentes platos. Había preparado *kaassoufflé*[25], unos bocadillos de masa crocante con queso derretido en el interior, que era la perdición de las jóvenes. Sentadas a la mesa, degustaban el manjar con unas cervezas heladas.

Renata había solicitado a Arturo la noche libre para poder descansar, y él no se había negado, máxime después del ajetreado fin de semana en Ámsterdam.

—Como lo escuchan. Y contamos con más de tres millones de visitas en YouTube.

—¿Cómo ha subido tanto el marcador en unos días?

—Supperclub, Silvia. Arturo habló con Joeri mientras yo dormía y este le dijo que tenía muchos contactos para promocionarnos.

—Solo a ti se te ocurre quedarte dormida en una de esas fiestas tan increíbles que ninguna de nosotras ha tenido ocasión de presenciar —se quejó la rubia.

—¿A cambio de qué, Ren? —preguntó Ashley sin detenerse en el comentario de Silvia—. Convengamos que ese Joeri no lo haría por obra de beneficencia, ¿no?

—Exacto. Quiere que le garanticemos una actuación por mes en el club.

Las jóvenes celebraron con chiflidos de aprobación.

—Ren, ¡te nos vas al estrellato! —celebró Silvia, que adoraba el protagonismo.

Renata se encogió de hombros.

—Es solo una buena racha. Con Arturo deseamos explotarla lo mejor que podamos en tanto dure.

—Pero ¿qué pasa con tu trabajo? ¿Y tus estudios para convertirte en DJ?

—No lo sé. Nunca imaginé que esto se propagaría tan rápido.

—Pues es una realidad. A propósito, ¿cuándo nos contarás toda la verdad?

Renata conocía a qué se refería Ashley y estaba de acuerdo con que debía sincerarse con ellas.

—Arturo y yo estamos saliendo.

El jolgorio que atronó sus oídos la obligó a cerrar los ojos.

—¡Por Dios! ¿Desde cuándo? ¡Queremos detalles! —exclamó Kristel.

Renata sonrió y procedió a poner al corriente a sus amigas con lo acontecido con Arturo desde que hicieron el amor en su oficina.

—La que aparentaba ser las más tranquilita de todas, ¿se nos ha despertado!

—¡NO! —gritó Renata ante la interpretación de Silvia—. Todo va muy despacio.

—¡Vamos! Que te has echado unos buenos polvos con el espécimen masculino más hermoso de Gouda.

—Tampoco soy una mojigata, Kristel. Asimismo...

Y se interrumpió. Las cosas estaban yendo a un ritmo vertiginoso y no siempre se sentía capaz de explicar el maremoto de emociones que la embargaba.

—No digas nada —murmuró Ashley.

—¿Cómo que no? —se quejó Silvia—. Nosotras estamos aquí para ayudarla en lo que necesite.

—Yo...

—Estás enamorada de Arturo hasta las trancas.

La contundencia de Silvia sacudió a Renata con un ramalazo de inseguridad, porque Arturo era un dilema con patas. Y no sabía si ella estaría a la altura de las circunstancias. Los ojos se le humedecieron.

—¡No puedes ser más bruta! —recriminó Kristel a Silvia, y se levantó para dar un estrecho abrazo a Renata.

—Digo lo que es. Renatita muere por ese tipazo y no se lo reprocho. Está tan bueno que dan ganas de...

—Cierra la boca —tronó Ashley, y se unió al abrazo de las otras dos.

—¡No soy la mala de la película!

—¿Quieres venir y dejar de torturarnos con tu bendita sinceridad?

La voz de Kristel puso a Silvia en movimiento, quien se unió a las tres. Renata, conmovida, se desmoronó y prorrumpió en sollozos.

—¿Te ha hecho algo malo ese perverso? —gruñó Kristel.

—¡No! Al contrario. Se comporta como un caballero conmigo.

—¿Entonces?

Renata se apartó un poco y las chicas acercaron las sillas para sentarse al lado de ella.

—Siento muy en el fondo de mi alma que esto es algo pasajero.

—Bueno, estamos en el siglo XXI, Renatita —contestó Silvia, a quien le valió un manotazo de Ashley—. ¡Ey! ¡Que duele! Lo que digo es real: la gente de hoy en día comienza al revés. Empiezan por el sexo en vez de otra cosa.

—Y esa *cosa* de la que hablas continuaría después si se le da la posibilidad.

—Algo así, Ash.

—Tiene sentido lo que dice Silvia —profirió Renata—. Porque es lo que me está pasando. Arturo es un chico que esconde muchos secretos, y me cuesta llegar a él. Lo único que tenemos en común es nuestra música. Y si bien no soy adicta al sexo casual, reconozco que mantener

intimidad con Arturo ha significado un atajo para acercarme a él.

—Todos los tíos piensan con la verga, Ren.

—Dios mío, esta chica hoy está como para darle un sopapo —advirtió Kristel que, con el ceño fruncido, no apartaba la vista de Silvia.

—Puede que tengas razón, Sil. Pero en vez de huir despavorido como pensé que haría, eligió quedarse.

—Ren, tú eres parte del dúo que puede convertirse en una mina de oro.

Kristel levantó los brazos al cielo, refunfuñando.

—¿Ahora vas a decir que Arturo está al lado de Renata por conveniencia?

—¡Y yo qué sé! —replicó Silvia encogiéndose de hombros—. Es una alternativa.

—¡NO! —La voz de Ashley se elevó en toda la habitación y creó un profundo silencio entre las chicas—. Yo he visto cómo Arturo, desde el primer día en que se cruzó con Renata, quedó obnubilado por ella. He hablado muchas veces con Tommy y él me asegura que nunca ha visto a Arturo de esta manera. Yo le creo y apoyo a Renata.

Silvia asintió. De las cuatro, era la joven que parecía más superficial, aunque todas supiesen que se trataba de un mecanismo de defensa para proteger su fragilidad interior. Cosa que ella jamás admitiría.

—Yo también la apoyo. Solo digo que tenga cuidado. Tommy y Arturo llegaron a la ciudad de improviso y nadie ha sido capaz de averiguar algo sobre sus pasados. Arturo es extranjero y nadie nos asegura que algún día no decida tomar sus maletas y partir quién sabe adónde.

—Es lo primero que pensé, Sil, si eso te consuela en algo —respondió Renata limpiándose las lágrimas con los dedos—. Por eso he dicho que siento que esto no va a durar. Arturo posee una energía salvaje que yo, por más que quiera, no podré contener. Es demasiado fuerte.

—Hasta las bestias más peligrosas pueden ser domadas.

—¿Y crees que eso me gusta, Kris? —se quejó Renata—. No. Y por eso tengo miedo. Estoy muy enamorada de Arturo y, por más que acabase con el corazón hecho trizas, no lo retendría a mi lado si él eligiese partir.

—Yo creo que con tu forma de ser, Ren, eso de culminar hecha mierda es un hecho —afirmó Silvia.

Kristel se levantó y caminó hacia la rubia con pasos pesados y la cara transformada.

—¡A esta la mato ya mismo!

Ashley y Renata se interpusieron en el camino de Kristel, quien enfurecida era temible. Silvia se apresuró a ir hacia la puerta, desde donde exclamó:

—¡Las quiero!

Y desapareció a toda velocidad.

—¡Cobarde! —chilló Kristel—. ¡Huyes porque no quieres que haga de tu cabellera una escoba!

—Por favor, Kris.

Renata y Ashley abrazaron a su amiga, que tenía el cuerpo tenso de la rabia. Su conformación

muscular y fibrosa se debía a la cantidad de deporte que realizaba, por lo que las chicas no dudaban de que, si Kristel se lo proponía, las dos terminarían sentadas de culo en el suelo.

—Es que tiene cero de empatía, ¡joder! —juró Kristel.

—Ya conoces a Silvia. Su alma es de oro, pero complicada.

—Eso no le da derecho a herir a las personas, Ash.

Permanecieron calladas durante un rato, hasta que Kristel comenzó a tranquilizarse.

—¿Quieren más bocadillos? ¡He hecho un montón!

Las tres empezaron a reír. Siempre era así con ellas. Podían enemistarse a muerte... solo por un rato. Pero al instante siguiente caían en brazos la una de las otras.

Cenaron en un ambiente relajado, aunque a Renata todo lo que Silvia le había dicho le daba vueltas en la cabeza.

—Nadie tiene asegurado el porvenir, Ren. Menos en el amor. Así que, si amas a Arturo, apuesta por él.

Las palabras de Kristel conmovieron a Renata, quien asintió con una sonrisa.

—Es lo que estoy intentando hacer. Incluso mi madre me apoya.

—No me extraña de Camilla. Es una mujer avanzada para su edad.

—Bueno, tampoco es tan vieja. Solo tiene cincuenta años.

Y, entre risas, una nueva discusión surgió entre ellas.

Capítulo 21

Dos meses después

—Necesitamos un descanso, Art —balbuceó Renata revolviéndose entre las sábanas.

Arturo la abrazaba desde atrás y acariciaba con los dedos las aureolas pálidas de sus pechos mientras con la lengua hacía estragos en su cuello.

Gimió. Gracias a la acostumbrada voracidad de Arturo, habían pasado toda la noche haciendo el amor. Cuando sus manos grandes la tocaban, todos los censores de placer del cuerpo de Renata se activaban y se transformaba en una amante exigente.

El lugar de los encuentros era el apartamento de Arturo, al cual él la había llevado por primera vez tan pronto como arribaron de *Ámsterdam*. Se sentía aliviada de que su vecino fuese Tommy y no Arturo, porque como sus tres amigas tenían llave del edificio y de su apartamento, se habría sentido muy incómoda si la hubiesen descubierto en medio de una frenética sesión de sexo con Arturo. Además, desde que ellos habían comenzado la relación, Renata prefería a su amante alejado de su hogar. Su vivienda era un lugar sagrado, y por más que la unión de Arturo y ella empezaba a afianzarse, Renata mantenía todavía ciertas reservas.

En esos pocos meses habían aprendido a conocerse a nivel corporal, pero lo que Renata más anhelaba era llegar al corazón de Arturo, el cual permanecía intocable. No era ninguna ingenua, porque él se lo había advertido. Pero era evidente que Arturo no deseaba comprometerse ni con ella ni con nadie, aunque con el paso del tiempo comenzaba a transformarse en un compañero bastante encantador.

—Tenemos toda la mañana —murmuró Arturo besándole la oreja.

—No me refería a eso.

—¿Entonces?

Apenas terminó de preguntar, Arturo apoyó una mano en el centro íntimo de Renata, quien jadeó desfalleciente.

Excitado, Arturo acomodó el cuerpo de ella sobre el de él con la espalda apoyada contra su pecho. Exhibiendo por primera vez sus curvas sin timidez, Renata suspiró ante las manos ávidas que le recorrieron la piel.

—Dios, Art. Me vuelves loca.

—Y tú a mí, Pequitas.

Renata sonrió. Desde hacía unos días, Arturo la llamaba con ese apodo y le resultaba muy gracioso. Pero de la diversión pasó a los suspiros cuando él la amoldó mejor entre sus brazos y, estirando el cuello, engulló el costado de uno de sus senos.

—Tócame más, por favor —rogó Renata impaciente.

—Todo lo que quieras.

Al acariciarle el interior de los muslos, Renata abrió más las piernas para que los dedos masculinos apartasen los labios suaves y alcanzasen su clítoris.

—Virgen santa... —musitó.

—Por favor, no atraigas a los santos, porque en este instante yo quiero ser tu demonio personal.

Renata carcajeó y Arturo, de un movimiento, la colocó debajo de él. Llenó de lametones sus pechos e introdujo dos dedos para lubricar su femineidad.

—Voy a morir, Art. ¡Es lo que he estado haciendo toda la noche!

—Espérame, Ren.

Y se enterró en su interior. Renata expulsó un quejido ante la fuerza de los embistes, que sacudieron su cuerpo como una hoja frente a un vendaval. Contempló a Arturo con el anhelo que colmaba su alma. No sabía si él captaba el mensaje —jamás hablaban al respecto—, pero su mirada era la única capaz de confesar su verdad. Amaba a Arturo con desesperación y solo rogaba a Dios que él la correspondiese algún día.

Aferrándose al respaldar de la cama, Renata curvó aún más el cuerpo y Arturo incrementó el ritmo de las estocadas hasta que explotaron en un grito. Sudado y fatigado, Arturo cayó con la cabeza entre sus pechos, y los brazos de Renata envolvieron la espalda masculina para que no hubiese ningún espacio entre ellos.

El joven levantó la cabeza y sonrió:

—¿Qué decías de un descanso?

Estallaron en una carcajada.

—Apuntaba a otra cosa, maldito. ¡No me das tregua!

Arturo acercó el rostro y los ojos que tanto adoraba la hipnotizaron.

—Pues ni se te ocurra pensar en esa posibilidad. Tengo la idea de matarte muy suavemente, como dice la canción.

—¡Dios! ¡Ese tema lo escuchaba mi mamá!

—¿Me estás llamando viejo?

—¡NO!

Arturo comenzó a hacerle cosquillas y ella corcoveó y chilló jocosa. Batallaron un rato en la cama, llenando la habitación de risas y gritos hasta que, agotados, se recostaron contra el respaldar de la cama.

—¿Me vas a escuchar por fin? —preguntó Renata.

—A ver...

Le lanzó una almohada a la cabeza, pero Arturo la desvió con el brazo.

—Quiero que me prestes atención.

Su amante le tomó la cara con las manos.

—Soy todo orejas.

Y la besó con ternura.

—Mmmmmffffff...

—¿Qué? ¡Ah, sí!

Apartando los labios, Arturo sonrió de nuevo.

—Quiero que descansemos un poco, Art. Hace dos meses que no paramos de dar conciertos y estoy agotada.

—¿Solicitaste la licencia en tu trabajo?

—Sí. Hablé con mis jefes anoche, pero no me diste tiempo a contarte. Convengamos que te vuelves demasiado apasionado cuando me ves.

—Engreída, mi Pequitas —dijo besándole la nariz.

—Y también avisé que a las clases de DJ las tomaría más adelante.

Arturo le acarició el cabello y le apartó un mechón de la cara.

—Dos buenas decisiones, Ren.

—Creo que sí. ¿Y tú con el bar?

—Hablé con Peter y Andreaas. Les expliqué que viajaríamos con Dennis y contigo a varias ciudades. La exclusividad de los días de semana ya no es posible mantenerla y ellos lo saben. Me han pedido que les haga las revisiones de cuentas dos veces al mes y lo hemos acordado. También algunas actuaciones con el dúo, que es lo que corresponde ¿No te parece?

—Sí, claro.

—Muy bien.

—¿Y cuál es el próximo lugar?

—The Box[26], en Ámsterdam.

—Suena muy... cuadrado.

Arturo rio y la volvió a besar.

—Eres una loca y me encantas.

El estómago de Renata se contrajo. Eran tan pocas las ocasiones en que Arturo opinaba algo lindo sobre ella que, cuando lo hacía, la subyugaba. De a poco, iba comprendiendo la manera de ser de él en una relación. Las palabras no eran sus aliadas, sino sus actos. Y estos la conformaban. A su vez, Arturo era atento, fiel y constante. No desaparecía ni manifestaba conductas idiotas con otras chicas, lo cual era muy valioso para Renata, porque detestaba la infidelidad.

—Y tú eres mi loquito.

El cambio en la expresión de Arturo provocó que se arrepintiese de sus palabras. Era absurdo, porque él se permitía hablar de ella en forma posesiva, pero si Renata declaraba algo similar, Arturo transformaba el semblante y se ponía distante. Él se apartó y dejó la cama para buscar la ropa.

Los ojos de Renata se llenaron de lágrimas, que se obligó a ocultar, e imitó a Arturo. Mientras se colocaba el vestido, una rabia sofocante ascendió por su columna. En varias ocasiones él se había comportado así, pero Renata tenía tanto miedo de perderlo que elegía callar. No sabía en qué momento se había vuelto tan sumisa y no le gustaba una mierda. El funesto cliché acerca de que el amor volvía débiles a las personas se había convertido en una realidad para su vida. ¡Y nunca había creído en algo así! Por lo tanto, ¿qué diablos pasaba con ella?

—Bueno, nos vemos después —susurró con un nudo en la garganta.

Calzándose el bolso al hombro, se encaminó hacia la puerta del apartamento. Apenas la abrió, la hoja se cerró en su cara y el cuerpo de Arturo la cubrió desde atrás.

—No te vayas así.

Renata tragó en seco.

—Está todo bien, Arturo.

Las manos fuertes la giraron despacio hasta que el azul y el verde de sus iris se encontraron.

—Sé que algunas veces no soy el más acertado para decir las cosas, Renata.

—¿De qué tienes miedo?

La mandíbula masculina se movió un poco, demostrando la incomodidad que le produjo la pregunta.

—No es esto de lo que quiero hablar contigo.

—¿Entonces? ¿Qué pasa? Hace más de dos meses que estamos saliendo y cada vez que digo algo un poco más íntimo o intento averiguar sobre ti, te retraes. No sé casi nada sobre tu familia o tu pasado.

—Este tiempo ha sido muy tirano con nosotros, Ren, y no hemos tenido la posibilidad de dialogar mucho. Pero hemos crecido como banda.

—Sí, pero entre tú y yo hay algo diferente. ¿O no?

—Mira, Ren...

—¿No te gustaría venir a conocer a mis padres?

Ya lo había dicho. Conteniendo la respiración, intentó descubrir algún rastro de emoción en el rostro que se alzaba frente a ella, el cual parecía tallado en acero. Esperó un rato hasta que, cansada de la mudez de Arturo, murmuró:

—Ya veo que no.

Cuando quiso marcharse, Arturo la retuvo de los brazos y presionó su espalda contra la pared.

—¡No me evadas, Renata!

—¿No crees que es al revés?

—Estás equivocada.

Asintió con la garganta atenazada.

—Vale. Entonces explícate, por favor. No quiero presionarte, pero pasa el tiempo y no sé adónde estamos yendo.

—Yo tampoco.

Arturo se apartó, pero no le quitó la vista de encima, como si le advirtiera de que no la dejaría partir así porque sí.

—¿Podemos sentarnos? —invitó Renata intentando calmarse.

—Por supuesto.

Se apoltronaron uno al lado del otro en el sofá.

—Mira, Arturo, no sé tú, pero a mí me cuesta cada vez más manejar mis sentimientos. —Ante la mirada espantada de él, Renata se apresuró a continuar—: No estoy diciendo ninguna chifladura. Solo la verdad. Creo que me estoy enamorando de ti, y no quiero ocultarlo más.

—Ren...

—No, permíteme terminar. —Arturo aceptó con los labios fruncidos—. Esta soy yo, abierta y confiada en lo que nos une. O sea, no te estoy pidiendo nada raro, pero a la vez no voy a mentirte: guardo la gran esperanza de que lo que ha comenzado entre los dos se convierta en algo bueno y duradero.

Silencio.

—¿No vas a contestarme?

El mutismo de Arturo la desarmó y la obligó a quitarse la venda de sus ojos. Siempre lo había sabido, pero, como buena kamikaze que era, se había revelado a su propia intuición.

—¿A esto te referías la primera vez que tuviste un orgasmo conmigo y culminaste con un «no puede ser»?

Las mejillas de Arturo empalidecieron, y el corazón de Renata se detuvo.

—Soy una imbécil, ¿no? ¡Una bocazas!

Humillada, se levantó a toda prisa y se dirigió hacia la puerta, pero el brazo de Arturo la retuvo de la cintura.

—¡Déjame! —gritó.

—Ren, para —escuchó decirle al oído.

—¡NO! Quiero que me sueltes ya mismo. ¡Deseo irme!

—Por Dios, no destroces esto.

Ante esas palabras, Renata, más furiosa aún, le pateó las pantorrillas. Se revolvió con ahínco hasta que escuchó el quejido de Arturo. Estaba dando en el blanco.

«¡Escarabajo mal parido!», gruñó para sí y clavó las uñas en los brazos que la sostenían.

—¡Suéltame te he dicho! —vociferó, pero Arturo seguía sus movimientos con el cuerpo, como un pulpo aferrado a su presa.

—No voy a permitir que te vayas.

Renata echó mano a lo poco que recordaba de defensa personal que su hermano Marcel le había enseñado unos cuantos veranos atrás. Fijó los dedos de Arturo con una mano y con los nudillos de la otra impactó en la zona central de sus escafoides, lo cual provocó que Arturo gruñese y aflojase el agarre. Con un giro sobre sus pies, Renata le sostuvo el brazo por la espalda y empujó su cuerpo, que cayó desparramado sobre el sofá.

—Si te digo que me sueltas, entonces ¡hazlo!

Y salió corriendo como una flecha. En el pasillo oyó los pasos pesados de Arturo acercándose por detrás, pero nada la detendría. Si él no quería hablar, ella tampoco. ¡Qué carajos!

—¡Renata! —escuchó que le gritaba.

No se detuvo en el ascensor, sino que tomó las escaleras. Comenzó a bajarlas a toda velocidad, con Arturo pisándole los talones. Varias veces percibió el roce de los dedos sobre sus hombros, pero la agilidad de su cuerpo le permitió sortearlo y evitar su agarre.

—¡Mierda!

Renata hizo oídos sordos a las palabrotas de su perseguidor y continuó camino. La puta suerte había hecho que el apartamento de Arturo quedase en el noveno piso, por lo que tenía un buen trayecto por delante. Pero en el quinto se topó con un carro repleto de productos de limpieza, al que se llevó por delante. Cuando creyó que se estrellaría contra el piso, Arturo la retuvo y, sin que Renata tuviese la oportunidad de impedirlo, se la cargó al hombro.

—¡Ni se te ocurra! —bramó iracunda.

Renata pateó colérica tratando de desequilibrarlo. Por más que intentó todo lo que se le ocurrió, el curso de solo unas pocas lecciones de su hermano no alcanzó para ayudarla en la nueva situación.

—¡Te juro que cuando me bajes te vas a enterar de lo que una colorada puede hacer contra un asno como tú!

Pero Arturo no respondió y, como si tuviese todo el tiempo del mundo, subió las escaleras con ella colgando por su espalda. Renata la aporreó con los puños, pero era tan maciza como un muro de ladrillos.

Sexto piso.

—Tú y tu puto silencio —continuó—. ¿Para qué diablos quieres retenerme? Seguramente estarás interesado en el dinero que ganarás con el ridículo dúo que formamos y es obvio que mi abandono impediría que pagues tus deudas. Porque supongo que estarás lleno de ellas si insistes en que me quede.

Respiró profundo. Necesitaba juntar fuerzas para acribillarlo con el bolso en el instante en que la liberase.

Séptimo piso.

—¡Quiero irme a mi casa! Tremendo papelón he pasado confesando mis sentimientos a un infradotado, quien es capaz de decir cuanta idiotez se le cruce en la cabeza, salvo una palabra que tenga que ver con un poquito de amor.

Octavo piso.

—Ni se te ocurra pensar que voy a escucharte. ¡Pero qué estoy diciendo! Me olvidé de que te han comido la lengua los ratones. O los gatos. ¡Qué más da! Así que hagámoslo fácil, Arturo. Apenas lleguemos a tu casa, pídemme un taxi. A ver si al menos demuestras ser un caballero.

Noveno piso.

Arturo abrió la puerta de su apartamento.

«Me va a tirar sobre el sofá el muy maldito», pensó. Pero su carcelero pasó de largo hacia su habitación.

—¿Serás capaz? —gruñó.

Volvió a revolverse como una loca hasta que terminó derrumbada sobre la cama. Intentó escapar, pero Arturo se abalanzó sobre ella y, ante la presión de semejante mole contra su cuerpo, Renata expulsó el aire de los pulmones. Forcejeó furiosa, pero Arturo le retuvo las manos por encima de la cabeza y enredó las piernas entre las suyas.

—Te tengo exactamente donde quiero —susurró sobre su boca.

—Hijo de puta.

—Renata...

—¡QUIERO IR A MI APARTAMENTO! —chilló poniendo énfasis en cada palabra.

Él la observó con un embeleso tan extraño que Renata detuvo su lucha. Se contemplaron durante un buen rato, hasta que ella, vencida, suspiró y giró la cabeza hacia un costado. No podía contra ese tipo.

—Yo quiero estar contigo, Ren.

Ante la suavidad en la voz de Arturo, algo en el interior de Renata se removió, pero se negó a darle entrada.

—Hay muchas cosas que tú no sabes, Pequitas.

Esa vez, sería ella la que permanecería muda. Tampoco lo miraría, porque de hacerlo caería como un pajarito en las fauces de un terrible león. Y no lo permitiría. No después de haber quedado expuesta como una boba.

—Mi vida es muy complicada, Ren —prosiguió él—, y solo quiero disfrutar de lo que me está regalando en este momento. Yo jamás pensé que tu presencia me generaría...

«¿Qué, Arturo?», moría por preguntarle, pero ni loca abriría la boca.

—Felicidad.

«¿Cómo? ¿Oí bien?». Lo miró sorprendida. Sus ojos se volvían más diáfanos cuando conectaban con los de ella.

—Pero no me amas —aseveró rompiendo el mutismo.

¿Se podía ser más patética?

—Renata, yo no comprendo demasiado sobre el amor.

Puso los ojos en blanco.

—Llegó la hora del parloteo sin sentido de todos los hombres que no quieren comprometerse con una chica. Y no hablo del compromiso que implica un anillo. ¡Quédate tranquilo!

—Renata...

—Ya sé que habíamos quedado en que nos ajustaríamos a lo que el tiempo trajese aparejado, Arturo. No creas que lo he olvidado. Pero yo ya no me puedo engañar más. Adoro tocar música contigo y con Dennis, pero tengo que encontrar un rumbo. Siento que voy en una montaña rusa que

no se detiene y temo salir despedida del carrito y estrellarme contra algún lugar en el que culmine hecha pedazos. ¡Ojalá no tuviese este corazón tan débil!

—Yo lo considero muy leal y hermoso.

—No me halagues cuando me estás dando una patada en el culo.

—Te dije que quiero estar contigo. ¿Estás sorda, Renata?

Negó con la cabeza, frustrada.

—No sirvo para ser la chica que te follas hasta que te aburras. Es más, la primera vez que estuvimos juntos expresaste que esto no podía ser. No me olvido de esas malditas palabras, Arturo. Creí que lo soportaría, pero no. Prefiero terminar aquí y que cada uno siga por su lado.

Al concluir la frase, derramó un cúmulo de lágrimas. ¡Qué va! Ya sabía que su ser no pensaba lo mismo.

—Quiero pedirte un favor —susurró él sobre su boca.

—¿Qué deje de amarte de un día para otro? ¡Imposible! Así que pídemelo otro.

Arturo sonrió y le acarició las mejillas. Con los pulgares le limpió las lágrimas.

—Quédate conmigo aun sabiendo qué clase de tipo soy.

Las cejas de Renata se arquearon.

—¿Te estás poniendo filosófico, Arturo? No te entiendo.

—Acéptame, Ren. Insoportable como muchas veces me aseguraste que era. Con mis más y mis menos; con mi falta de palabras cuando de sentimientos se trata; con mi estúpida mudez al sumergirme en tus ojos. Y te ruego que no me pidas definir lo que siento por ti, porque no soy bueno para esas cosas. Solo sé, y estoy convencido de ello, que quiero intentar una relación contigo.

—Pero...

—Te conozco, Renata. Distingo muy bien la cepa de la que estás hecha y sé que eres un regalo para mi existencia.

—Así y todo, recuerdo bien que dijiste...

Arturo le colocó un dedo sobre los labios.

—Aquellas palabras no significaban lo que te imaginaste. En realidad, las dije porque no podía creer el tremendo impacto que me produjo hacer el amor contigo.

Renata liberó sus labios y murmuró:

—¿Qué puedo esperar entonces de ti?

—Lo que estoy dispuesto a brindarte.

Se le hizo un nudo en la garganta. ¿Qué había pretendido después de todo?

—No suena muy generoso. Es más, me confunde. ¡Sé sincero, por favor!

Arturo inhaló con profundidad.

—Por una vez en mi perra vida, la idea de quedarme al lado de alguien me produce alegría y no deseos de huir.

—No me resultas muy convincente.

Él sonrió apenas.

—Te aclaro que eres la única chica que ha logrado que me sienta así.

—No te creo...

Arturo le aferró las mejillas con las manos y acercó su rostro hasta que casi se rozaban las pestañas.

—No sé amar a nadie, Ren. Pero quiero aprender a hacerlo.

—¿Ahora resulta que tengo que ser la profesora? Esto cada vez se pone más embarazoso.

El semblante de Arturo se endureció.

—Renata, tú eres amor. ¡Es tu arte! ¿O no te has dado cuenta? Y yo, como un sediento sin remedio, quiero beber de lo que brindas a manos llenas. Lo necesito para poder seguir respirando.

—No me gustan los adictos.

Una carcajada baja surgió de la garganta de él.

—Eres única, Ren. —Y volvió a ponerse serio—. Te ruego que no me echés de tu lado. Prometo entregarte lo mejor de mí.

—Yo deseo que me ames, pero no estoy segura de que lo logres.

—En cambio, yo estoy seguro de que a tu lado podré todo y más.

Renata tragó en seco. Era obvio que Arturo intentaba expresar lo que sentía de la mejor manera, y ella no tenía derecho a exigirle más de lo que él podía otorgar. Tal vez las cartas se habían referido a eso cuando anunciaron al chico que precisaría de ella. ¡Dios! Habían sucedido tantas cosas desde entonces. Al menos, Arturo ya no era un muchacho por completo insoportable y se había convertido en uno bastante agradable. Aspiró hondo. Quizá había llegado la hora de apostar en serio.

—De acuerdo —musitó.

Arturo sonrió y, antes de besarla, susurró:

—Me encantaría conocer a tus padres.

Capítulo 22

Renata colocó la llave en la cerradura y abrió la puerta de la casa. Los nervios le estaban jugando una mala pasada, pero hacía un enorme esfuerzo por tranquilizarse.

Con una botella de vino en una mano y un ramo de flores en la otra, Arturo sonreía a su lado, aunque durante el trayecto en coche, más de una vez lo había visto aflojarse el cuello de la camisa con los dedos. No lo culpaba. Si la situación hubiese sido al revés, ella estaría temblando como un perrito asustado.

—Sé que no te estoy ayudando mucho, Art, pero es la primera vez que traigo a alguien con quien salgo a la casa de mis padres.

Arturo la abrazó y, con el mentón apoyado sobre su hombro, señaló:

—Quiero ver a Pequitas en acción.

—Pues la verdad es que está muerta de miedo.

—¿Tan temibles son tus padres?

—¡No! Son amorosos, al menos mamá.

Los labios de Arturo se fruncieron en una mueca.

—Ahora sí que no estás ayudando una mierda.

Cuando Renata iba a contestar, se oyó la voz de Camilla.

—¿Hija?

Arturo irguió la espalda y se acomodó la cabellera al mismo tiempo que la aludida carraspeaba.

—Sí, mamá. Acabamos de llegar.

Camilla se acercó mirando a Arturo con atención. Renata sabía que la curiosidad de su madre podía ser un tanto incómoda para un desconocido, pero ella se había encargado de hacérselo saber a su acompañante un poco antes de que partieran de su apartamento.

—¿Arturo?

—Sí, señora. Encantado.

El joven entregó las flores a la mujer, quien sonrió con entusiasmo.

—¡No te hubieses molestado, querido!

—Es un placer.

Como Renata esperaba, Camilla tendió la mano a Arturo, porque en Holanda los besos en las

mejillas se reservaban solo para las personas más allegadas. Después de que Arturo devolviese el saludo y Renata recibiese dos sonoros besos en los cachetes, la dueña de casa señaló hacia el interior.

—Pasen, por favor.

Arturo observaba la vivienda con interés, y Renata imaginó que la memoria prodigiosa de él almacenaría los detalles que encontraba a su paso. Al llegar a la cocina, se toparon con diversas fuentes de ensaladas y diferentes clases de pan repartidos en paneras de distintos colores.

—Se ve delicioso —dijo Arturo.

Renata se alegró de ese comentario porque, sin ninguna duda, le permitiría a Arturo ganar unos puntos con su madre, la cual adoraba que adulasen la comida que preparaba.

—Gracias.

A continuación pasaron al jardín, donde su padre atendía la parrilla y sus hermanos jugaban al fútbol.

—¡Arturo y Renata están aquí! —exclamó Camilla alzando la voz desde la puerta de la cocina. Los tres hombres de la familia se detuvieron y se concentraron en ellos. Sobre todo en Arturo.

Barend se limpió las manos con un paño de cocina y se acercó sonriente.

—Bienvenido —saludó dándole un apretón.

—Muy amable de su parte, señor.

—¡Por Dios! No soy un viejo. Llámame Barend, por favor.

Arturo aceptó entregándole la botella de vino.

—Espero que le guste.

—Nunca lo he probado. ¿Es de tus tierras?

—En realidad, del estado de Oregón. Un *pinot noir* que me encanta.

—Pues lo disfrutaremos durante la comida. Ponte cómodo, muchacho, que en breve nos sentaremos a la mesa. Renatita, ¿quieres echarle una mano a tu madre?

Si bien comprendía el mensaje de su padre, Renata no quería separarse de Arturo hasta comprobar que sus hermanos no lo despellejarían.

—En un momento, papá.

—De acuerdo. Voy a controlar la carne y regreso de inmediato.

No bien su padre se alejó, Timo y Marcel se aproximaron. Renata los abrazó.

—Estás preciosa, Ren —la alabó Marcel y otro tanto hizo Timo.

Con una expresión adusta, los hermanos saludaron al recién llegado. Renata contuvo la respiración, porque Arturo solía volverse insoportable frente a otros varones; era muy territorial y le resultaba difícil manejarse, máxime que había experimentado en varias ocasiones la animadversión que sus hermanos mostraban hacia Tommy y él. Pero con alivio comprobó que Arturo solo fruncía la boca al devolver el gélido apretón de manos de esos dos idiotas.

Cuando Barend retornó para proseguir la conversación con Arturo, Renata pensó que quizá lo peor habría pasado. De todas maneras, no se fiaba de Marcel y de Timo. Con esa última idea en la

cabeza, se dirigió a toda prisa hacia la cocina.

—Mamá, ¿necesitas ayuda? Porque si no es así, regreso al lado de mi chico. Mis hermanos entraron en modo peligroso, y no deseo que Arturo se contagie.

Camilla cortó una nueva rebanada de pan y contestó:

—Es bastante grandecito para defenderse.

—Tú conoces lo insufribles que pueden ser tus hijos.

La mujer asintió y Renata sonrió, porque entendía que su madre tenía razón. El temperamento más aplacado de Marcel se parecía al de Camilla, en tanto Timo lo había heredado de su padre, por lo que estallaba como un petardo con facilidad.

—Ve con él, querida.

—¡Gracias!

Al volver, las cosas poco habían cambiado. Arturo, sentado en una silla de madera, continuaba dialogando con Barend, quien no se apartaba de la parrilla. Por su parte, Timo y Marcel lo acechaban como dos perros a punto de devorar a su presa.

—Mamá tiene todo listo —mintió, y buscó otra silla que colocó a la izquierda de la de Arturo.

De inmediato, Renata percibió el alivio de él ante su compañía, pero el que tomase su mano y entrelazase los dedos con los suyos la dejó sin aliento. Permaneció estática sin saber qué hacer o decir, hasta que un carraspeo llamó su atención. Al girar el rostro, se encontró con el brillo asesino de las pupilas de Timo. Aspiró hondo, tratando de calmarse. Su hermano menor era insoportable y actuaba igual que con Ashley. Si Timo creía que lanzar dardos por los ojos era su nuevo pasatiempo para asustar a sus adversarios, estaba muy equivocado. Arturo no era ningún pelele y no se amilanaría, tal como lo demostraba la sonrisa socarrona con que lo observaba.

«No voy a permitir que ese tonto arruine mi primera cita oficial con Arturo», se prometió Renata. Y accionó.

—Tienes una lagaña en el ojo, Timo.

Su hermano cambió el semblante y se rascó con los dedos el borde interior del párpado. Satisfecha, Renata se felicitó porque acababa de destruir la imagen de Rambo que Timo se empeñaba en mostrar para transformarla en una de las Kardashian. Se volvía imposible cuando algo atentaba contra su aspecto.

—¿Y ahora? —preguntó preocupado.

Renata se señaló la nariz y después la de él.

—¿Qué?

Con los labios y sin emitir un sonido, gesticuló: «MOCO».

La silla casi cayó al suelo al Timo levantarse como un resorte y salir a toda marcha hacia el interior de la casa. Renata estaba segura de que iría en busca de algún espejo, y cuando se diese cuenta de que ella le había mentado, ya vería cómo se las arreglaría con él.

—No hacía falta algo así —murmuró Arturo.

—No lo soporto cuando se pone tan provocador, máxime que él no es mejor que nadie.

Arturo sonrió.

—Tommy no le tiene mucha simpatía.

—Pues es recíproco.

—Sería bueno verlos enfrentados arriba de un *ring*.

Renata puso los ojos en blanco.

—Ni se te ocurra imaginar algo así. Se matarían.

De repente, la voz dura de Marcel los interrumpió:

—¿Por qué un estadounidense como tú querría vivir en Gouda?

Arturo inclinó un poco la cabeza hacia delante, en un claro gesto de enfado. Resignada, Renata suspiró y decidió que no mataría solo a Timo ese día.

—Es una ciudad que me gusta mucho.

Marcel frunció el ceño.

—¿La has visitado en otras ocasiones?

—No, pero había oído hablar sobre ella. Tommy es uno de mis mejores amigos y me contó maravillas sobre esta zona. Estoy de acuerdo, porque es muy pintoresca.

—¿Y tus padres?

Siempre que Renata había tocado ese tema con Arturo, él le había demostrado la poca gracia que le causaba hablar sobre ellos. Por ende, se apresuró a apuntar:

—Marcel, pareces un policía. ¿Por qué en cambio no invitas a Arturo a jugar un partido de fútbol?

Su hermano nunca llegó a contestar, porque Barend se adelantó:

—Tendrá que ser para más tarde, porque la barbacoa ya está lista. Por favor, chicos, ayuden a mamá a traer las cosas.

—De inmediato —anunció Arturo.

Marcel, evidentemente contrariado por la interrupción, asintió con la cabeza y Renata rogó por dentro que no molestase más. Timo, con cara de odio hacia ella seguro que por haber descubierto su treta, se sumó al pedido de su padre. Entre los cinco llevaron la comida a la mesa, decorada con un mantel blanco de lino que su abuela materna había bordado. En el centro destacaba un enorme botellón de vidrio repleto de flores cortadas del jardín.

No bien todos se sentaron, Barend se manifestó muy interesado en averiguar cómo Arturo había aprendido a tocar el violonchelo.

—Me enseñó mi abuelo —replicó este, y Renata lo miró de reojo.

Arturo jamás había mencionado la existencia de otros parientes además de sus padres, por lo que se sorprendió de que se explayase con Barend. Quizás esa noche podría enterarse de más secretos.

—¿Era músico?

—Sí. Emigró de Polonia, su país natal, para establecerse en Estados Unidos.

—¿En qué zona?

—En California. Ahí se casó con mi abuela, que es oriunda de la zona. Tuvieron dos hijos, el mayor es mi padre y la menor, mi tía Susan.

Entusiasmada por la verbosidad de Arturo, Renata sirvió más vino en la copa de él. Estaba segura de que la bebida era la responsable de que hubiese soltado la lengua, por lo que se aseguraría de que no faltase ni una gota durante el resto de la tarde.

—Renatita nos contó que tu familia vive en Nueva York —continuó Barend.

—Sí.

—¿Trabajan tus padres?

—En el negocio inmobiliario.

Al oír aquello, Renata se sintió aliviada. A Dios gracias, la familia de Arturo no se dedicaba a nada sospechoso o prohibido, por lo que Camilla y Barend podrían quedarse tranquilos.

—Tengo entendido que es bastante rentable en tu país.

Arturo se encogió de hombros.

—Digamos que no les va mal.

—¿Y tú? ¿No quieres unirme a los pasos de tu familia?

La pregunta provino de Marcel, que no se perdía los detalles de la conversación. A Renata no le pasó desapercibido que el semblante de Arturo empalideció.

—Prefiero mantener mi propia independencia.

—¿Has estudiado algo? Perdona mi curiosidad, pero desde que tu amigo y tú arribaron a la ciudad, nadie ha podido dilucidar demasiado sobre ustedes.

—Timo... —refunfuñó Renata.

—Sé más educado, hijo.

—No se preocupe, Camilla. Puedo responder.

La voz ronca de Arturo era bastante amenazante, aunque Renata sabía que él luchaba por mantener el control. Furiosa, observó a Timo con una advertencia en el rostro, pero este no se amilanó.

—Soy licenciado en Administración de Empresas.

Ante la respuesta de Arturo, no solo Marcel y Timo se asombraron, sino también la propia Renata. Arturo llevaba los registros contables del bar, pero siendo dueño de ese título, ¿qué hacía viajando y tocando música con ella por Holanda? Renata sacudió la cabeza, consciente de que conocía muy poco sobre la vida del dueño de su corazón.

Cuando Timo iba a abrir la boca, Arturo levantó la mano.

—Sé lo que deseas saber, pero solo te diré que tu hermana y yo estamos gestando con el grupo aquello que, desde siempre, he soñado con alcanzar.

—A Renatita le ocurre igual —respondió Camilla mientras se servía una porción de pollo—. Hace mucho tiempo que trabaja con la música, y esta oportunidad es muy importante.

—¿Han recibido más propuestas?

—Sí, Barend. Incluso de Alemania y Bélgica.

—¡Hija! No nos habías comentado nada.

—Arturo es quien se encarga de eso, mamá. Tampoco hemos hablado sobre visitar el extranjero.

—Representa una gran posibilidad para expandirse —estuvo de acuerdo su padre.

—Es lo que Renata y yo deberemos acordar en los próximos días. También la disponibilidad de Dennis.

—¿Dennis?

Renata suspiró.

—El baterista, mamá. Te hablé de él.

—¡Ah, sí! Perdona, me había olvidado.

—Su participación en varias canciones es fundamental —recalcó Arturo.

—¿Y tu amigo Tommy?

La curiosidad de Timo interrumpió el hilo de la conversación.

—¿Qué pasa con él?

—¿Tiene el mismo título que tú?

—¿No estábamos hablando sobre Arena? —interrogó Renata, cuya ira amenazaba con hacerle perder los estribos.

El músculo de la mandíbula de Timo se contrajo.

—Es solo curiosidad.

La sonrisa ladeada de Arturo y el destello asesino en sus ojos no propiciaban nada halagüeño.

—¿Por qué no se lo preguntas a Tommy? Después de todo, ustedes tienen algo en común.

Timo contuvo el aliento ante las palabras de Arturo en alusión a Ashley.

—¿Les gustó la comida?

Renata agradeció la intervención oportuna de Camilla. Su padre se había limitado a escuchar la discusión entre los muchachos y a mantenerse al margen. Era muy propio de él preservar esa conducta cuando alguno de ellos tres no escuchaba razones y prefería lanzarse al vacío para hacerse papillas. Después de todo, él ayudaría a juntar los restos del pisoteado orgullo no bien fuese necesario.

Arturo no apartaba la vista de Timo, por lo que Renata se apresuró a patearlo por debajo de la mesa.

—Auch —gruñó él en voz baja, y dirigió la atención hacia ella—. ¿A qué viene eso?

—Mamá te habla.

En ese segundo, Arturo comprendió y con una sonrisa de oreja a oreja contestó:

—Exquisita, Camilla.

Renata se quedó pasmada. No entendía cómo Arturo había dado la respuesta adecuada a su madre, cuando lo más probable era que no hubiese escuchado ni una palabra, entretenido en el duelo de miradas con Timo.

—Gracias, Arturo —agradeció Camilla y observó a sus hijos varones con el ceño fruncido—.

Timo y Marcel, por favor, hagan café y saquen el postre de la heladera.

Ante la voz de mando de Camilla, los jóvenes se levantaron como si fuesen soldados frente a una orden de su capitán, y partieron hacia la cocina.

—Nuestros hijos no siempre son un dechado de educación, aunque Camilla y yo hayamos puesto nuestro mayor esfuerzo en ello —aclaró su padre ante la estupefacción de Renata. No era común que diese explicaciones, pero el que intentase hacerlo la conmovió—. Timo y Marcel pueden ser unos petulantes, pero si te ganas su confianza, tendrás a dos compañeros leales a tu lado. Solo se trata de ir un poco más adelante que ellos. Y tú tienes capacidad de sobra, Arturo.

—Aprecio sus palabras, Barend.

Camilla asintió en silencio y se levantó para recoger los platos.

—Siéntete como en tu casa, Arturo. Renata, ¿me ayudas?

—Por favor, yo también deseo colaborar —solicitó Arturo, y ante la respuesta afirmativa de Camilla, se abocaron a limpiar la mesa y a traer la vajilla.

Barend, mientras tanto, se dedicó a quitar la grasa de la parrilla para dejarla impecable para la próxima vez que se usara. Desbordante de alegría, Renata sonrió. No había sido fácil enfrentar la resistencia de sus hermanos, pero Arturo se las había apañado muy bien. Tenía la impresión de que, aunque Timo y Marcel no hubiesen cambiado de parecer sobre él, en el fondo Arturo se había ganado un poco más de su respeto.

Pasaron la tarde jugando al fútbol y comiendo una torta exquisita que Camilla había preparado. Entretanto degustaba un bocado, Renata sentía un enorme regocijo al constatar que Arturo, de alguna manera, encajaba bien con su familia. Él comenzaba a revelar algunos secretos en su afán de acoplarse a las personas que pertenecían al mundo de ella, y, como nunca, se animó a creer en un desenlace prometedor para los dos.

Unos dedos cálidos acariciaron la mejilla de Renata e interrumpieron sus pensamientos. Sonrió a Arturo, y la ternura que encontró en sus ojos provocó que la joven se hiciese una promesa: lucharía por ese chico con todas las fuerzas de su corazón y nada ni nadie la detendría.

Capítulo 23

Hacia tres semanas desde la barbacoa en la casa de sus padres y Renata se sentía feliz. Arturo se mostraba cada vez más solícito con ella y generoso en extremo. La colmaba de regalos costosos y la invitaba a cenar con cierta asiduidad a los restaurantes más caros de la ciudad. Si bien Renata se sentía muy halagada por la nueva actitud de Arturo, no podía negar que también la inquietaba. Con Arena ganaban buen dinero y Arturo continuaba como contable en el bar, pero a Renata le parecía que él se excedía con gastos innecesarios para dos jóvenes que recién empezaban a prosperar.

—¿Otra vez en ese restaurante, Art?

Se hallaban en el apartamento de Arturo, sentados en el sofá. Él le hacía masajes en los pies y acababa de comunicarle la reserva de una mesa en Ciel Bleu para la noche.

—Quiero mimarte, Pequitas.

—Pero es que la última vez pagaste mil quinientos euros por los dos. ¡Es un despropósito!

—Nos lo estamos ganando con mucho esfuerzo, Ren.

A eso no podía ponerle ninguna pega, porque era verdad. En las últimas tres semanas, junto a Dennis, habían viajado a Berlín, a Múnich y a Bruselas, donde el éxito había sido arrollador. La gente los ovacionaba y las redes sociales colapsaban. Las visitas en YouTube se habían incrementado a una cifra cercana a los quince millones. Una locura.

—Además..., quiero que festejemos algo muy importante.

Renata arqueó las cejas, expectante, y Arturo soltó una carcajada.

—¿Tengo monos en la cara?

Sin dejar de reír, Arturo envolvió su cintura y la atrajo sobre su regazo. Como de costumbre, le olfateó el cuello, ya que Arturo adoraba el perfume de su piel.

—No, Ren. Me causan gracia tus expresiones. Eres transparente.

Renata se acomodó mejor entre sus brazos y acarició el cabello oscuro y grueso.

—¿Y qué deseas festejar?

Arturo envolvió sus senos con las manos y Renata gimió. Si no se apresuraba a contestar, conocía el final y ella se quedaría sin una respuesta.

—Adivina...

Le besó la garganta y descendió hacia la clavícula, donde se detuvo durante un rato. Un ardiente

calor, que ascendió por la columna de Renata, la obligó a arquearse.

—Un nuevo convenio para un recital —balbuceó jadeante.

Arturo abrió el escote de la blusa de Renata e introdujo una mano para abarcar uno de los senos enhiestos. No llevaba sujetador, por lo que el contacto directo la encendió por completo.

—Algo así.

Apenas murmuró las palabras sobre su piel, bajó la boca hacia el pico de uno de sus pechos y se detuvo ahí. Renata gimió desesperada. La lengua de Arturo hacía maravillas con su pezón, al que rindió homenaje durante un buen rato hasta cambiar al otro, que esperaba ansioso. Sin darle tregua, las manos de Arturo continuaron por debajo de sus bragas y tomaron posesión de las nalgas con glotonería.

—Me vuelves chiflado, Ren.

Enardecida por sus palabras, Renata se quitó la blusa y se sentó a horcajadas sobre Arturo. Él la recibió con la boca abierta y veneró sus senos con una pasión desbordante. Los sollozos de placer de Renata alentaron a Arturo, quien enrolló su cabellera en un puño obligándola a echar la cabeza hacia atrás para exponer su garganta a la tortura de su lengua.

—Y tú a mí —susurró desfalleciente.

De un giro, Arturo la colocó debajo de él y, tras unas cuantas sacudidas, se quitó el pantalón de *jogging* y la ropa interior. Con la lengua se humedeció dos dedos de la mano y los introdujo en su interior. Las caricias hicieron perder la razón a Renata, quien se retorció agobiada.

—¡Entra ya, por favor!

Ante su pedido, Arturo extrajo los dedos y la penetró de una acometida. Comenzó a bombear con desenfreno. Cabalgaron juntos sin apartar los ojos uno de otro hasta que Arturo, enredando los brazos por detrás de su cuello, besó sus labios como si fuesen la medicina y él un enfermo moribundo que necesitaba de ella para sobrevivir. Los embistes se volvieron más rápidos y Renata supo que, en un par de segundos, estallaría en mil pedazos. Al hacerlo, gritó de éxtasis y Arturo la siguió por detrás.

Con un gruñido bajo, su amante cayó sobre ella y enterró la cabeza en el hueco de su hombro. Jadeantes y sudados, pasaron unos minutos intentando recuperarse hasta que Arturo rodó y se colocó de espaldas a su lado. Renata se quitó el cabello desparramado sobre su rostro y sonrió. Cada vez le gustaba más hacer el amor con él.

—¿Me vas a contar entonces? —preguntó sin apartar la mirada del techo.

Arturo carcajeó y, con el sigilo de los gatos, volvió a acomodar el cuerpo a lo largo del de ella, con los codos apoyados a ambos lados de su cabeza.

—Una famosa compañía discográfica nos ha ofrecido un contrato.

Renata se quedó muda. ¿Había escuchado bien?

—Repítelo.

Con una sonrisa radiante, Arturo bajó la cabeza y la besó con la dulzura que hacía muy poco Renata había descubierto en él. Renuente, su chico apartó los labios y la escrutó con pupilas

brillantes.

—Quieren grabar nuestra música, Ren.

—Pero ¿cómo? Recién estamos surgiendo en el mercado.

—Dicen que nuestro grupo se ha vuelto tan viral que no dudan de las proyecciones de aquí a un futuro, el cual se perfila como muy promisorio. Y este fin de semana vendrán al club donde actuaremos algunos representantes de la firma. Quieren hablar y tú, por supuesto, deberás estar presente.

—Jamás intervine en las decisiones de ese tipo, Art, porque es algo que has manejado tú desde el principio.

Arturo volvió a besarla con ardor hasta que se apartó un poco.

—Es hora de que eso cambie —masculló sobre sus labios—. Me encanta que estés conmigo en todo, Ren. Este grupo es tan tuyo como mío.

El corazón de Renata estalló de júbilo. Por fin Arturo rompía las murallas y permitía que ella participase en su vida. Con un grito de alegría, lo abrazó y lo besó. Él la estrechó como si ella fuese su salvavidas personal.

Enrollados como dos madejas de lana, se olvidaron del restaurante y disfrutaron del resto de la noche.

Capítulo 24

Berlín, Alemania

Arturo, Renata y Dennis saludaban a la audiencia congregada en una de las discotecas más famosas de Berlín. Construida en una mansión de ciento cincuenta años, el edificio se encontraba engalanado por un mobiliario perteneciente al siglo XIX. El escenario había sido apostado en el exterior, un jardín de ensueños en cuyo centro destacaba una gigantesca fuente repleta de peces y luces de colores.

Unas horas antes, la multitud los había recibido con un leve aplauso, pero después de la actuación, Renata, con lágrimas en los ojos, agradecía a Dios. Habían sido capaces de transformar la tibia acogida en una estrepitosa aclamación que se elevaba desde cada rincón de ese oasis. Renata sonrió y se enjugó la humedad de la cara en tanto la gente vitoreaba sus nombres en una mezcla de inglés y alemán.

Habían cerrado el espectáculo con el tema *The Resistance*[27], de Skillet; y para generar el dramatismo que la melodía requería, Arturo había acoplado el violonchelo eléctrico y Dennis y ella lo acompañaron en una combinación perfecta de teclado y resonar de tambores.

Se quedaron unos minutos disfrutando de la algarabía hasta que se despidieron con una última reverencia.

Tomados de la mano, Arturo y Renata se bajaron del plató. Junto con Dennis se dirigieron a la oficina que el dueño del club les había asignado para mantener la reunión con los representantes de la compañía discográfica.

—Me muero de los nervios —susurró Renata al oído de Arturo.

Antes de que él pudiese contestar, un grupo de jóvenes deseosos de un autógrafo y unas fotos aparecieron de la nada y se acercaron a toda prisa, entre ellos dos muchachos, que aferraron a Renata y la apartaron de Arturo.

—Ven aquí, preciosa —dijo uno bastante borracho.

—¡Art!

Ante el grito de Renata, Arturo se abalanzó sobre los atacantes y por detrás lo siguió Dennis. Desesperada por la golpiza que se había iniciado, Renata decidió buscar ayuda, pero cambió de opinión al distinguir un grupo de guardaespaldas que se aproximaba a la carrera.

—*Bitte hilf uns*[28]! —gritó Renata en un precario alemán.

En respuesta a su pedido de ayuda, los hombres detuvieron la pelea y se llevaron a los intrusos. Renata corrió hacia Arturo, que se limpiaba la sangre de los labios con el brazo.

—Por Dios, Art, ¿estás bien?

—Sí, Pequitas. ¿Y tú?

—También, mi amor.

Al darse cuenta de lo que había dicho, Renata cerró los ojos. En todo ese tiempo había sido en extremo cuidadosa para que Arturo no se sintiese invadido y había evitado cualquier acotación de esa índole. Sin embargo, en ese segundo la había cagado. Sacudió la cabeza pensando en que la maldita adrenalina liberada por la pelea le había impedido mantenerse callada. Cuando levantó los párpados, tragó en seco. El brillo en la mirada de Arturo era el mismo que detectaba cada vez que culminaban de hacer el amor. Atónita, se dejó abrazar.

—Gracias, Pequitas. Ahora me siento mejor que nunca.

Con el corazón en la mano, Renata devolvió el abrazo repleta de alegría. Era la primera vez que Arturo, ante esa clase de comentarios, en lugar de retraerse parecía feliz.

—¡Ey! Un poco de respeto por el pobre que está solo.

La voz de Dennis los hizo estallar en una carcajada.

—Al finalizar la charla, localizarás alguna compañía —afirmó Arturo con picardía. Tomó a Renata de la mano y continuaron la marcha con un Dennis un poco turbado.

El edificio era grande, por lo que demoraron unos minutos en llegar a destino. Arturo golpeó la puerta con los nudillos y no bien esta se abrió, del otro lado surgió la imagen de una mujer muy elegante en el principio de sus cuarenta.

—¿Arthur Ziff?

Renata frunció el ceño al escuchar que llamaba a Arturo por su nombre en inglés.

—Arturo —corrigió él, como otras veces había hecho, y agregó—: ¿Es usted la señorita Nina de Leeuw?

—A sus servicios, *Mr*[29]. Ziff.

Después de saludar a cada uno con un apretón de manos, los invitó a pasar. En el interior de la habitación había una mesa enorme, donde unas quince personas cabrían con comodidad.

—Por favor, pónganse cómodos —ofreció Nina—. También me gustaría que nos tuteásemos.

Renata aprovechó la ocasión para estudiar mejor a la mujer. Llevaba el cabello platinado muy corto, peinado a la moda, y un cuidado maquillaje realzaba las bellas facciones de su cara. Una verdadera diva, aunque no dudaba de que podría ser temeraria.

Arturo miró a Renata y a Dennis.

—Como les informé, Nina me llamó por teléfono hace unos días, y quedamos en conversar sobre un posible contrato discográfico.

La empresaria asintió.

—Lo que ustedes han generado en la gente es impactante, y en la compañía consideramos que somos el equipo ideal para ayudarles a alcanzar un éxito rotundo.

—¡Sensacional! —exclamó Renata.

La expresión de Nina se ensombreció.

—De todas maneras, Arthur, debo informarte que ha habido un cambio de último momento.

Los tres se observaron inquietos. A Renata no le pasó desapercibido que Nina continuaba llamando a Arturo por su nombre en inglés. Y le molestaba.

—¿A qué te refieres? —preguntó Arturo con ojos entornados.

—La empresa solo está interesada en Renata y en Dennis.

—¿CÓMO? —chilló Renata. ¿Estaba loca esa mujer? Arturo era magistral y bajo ningún punto de vista permitiría que lo excluyesen—. Olvídate del contrato entonces.

Hizo amago de levantarse, pero Arturo la detuvo tomándola de la mano. Con el rostro tallado en piedra, interrogó a Nina:

—¿A qué se debe este cambio?

—¿Arturo! Ni se te ocurra pedirle explicaciones a esta señora. ¡Nos vamos! ¿Dennis?

El baterista, que no había abierto la boca, susurró:

—Quizá deberíamos escuchar, Ren.

Renata se quedó perpleja ante ese comentario.

—¿Estás insinuando lo que yo creo, Dennis?

—Ren, dejemos a Nina explayarse —apuntó Arturo con la voz grave que ella conocía y que no presagiaba nada bueno.

Con muy pocas ganas, Renata aceptó. La mujer inspiró hondo.

—Hay alguien que te quiere solo a ti.

—¿Podrías ser más explícita? —quiso saber Arturo.

Nina tomó su teléfono y escribió un mensaje de texto.

—Enseguida tendrás la respuesta.

Y como Nina predijera, a los pocos segundos se escuchó el ruido de la puerta al abrirse. Renata se giró y divisó a un hombre con una estampa digna de un rey, que se acercaba a ellos con un maletín. Renata buscó contactar de inmediato con su chico, pero este se había quedado de piedra al escudriñar al recién llegado. Un profundo vacío se instaló en el estómago de Renata al darse cuenta de que Arturo se mostraba inseguro, algo por completo nuevo para ella.

Y sintió miedo.

Capítulo 25

—**H**ola, Arthur.

«Otro que le cambia el nombre», pensó Renata mientras el individuo tomaba asiento frente a ellos.

Respiró aliviada al ver que la vulnerabilidad en la mirada de Arturo había cambiado a una firme determinación y que su cuerpo se reclinaba contra el respaldo del asiento con la mandíbula contraída. Arturo había entrado en modo guerrero.

—Padre.

La boca de Renata se desencajó. ¿Ese señor era el padre de Arturo?

—Podría afirmar que estos dos años en los que abandonaste a tu familia te han sentado muy bien.

La voz del sujeto erizó la piel de Renata, ya que se parecía demasiado a la de su amor. Con cuidado, murmuró en voz baja para que los demás no la escuchasen:

—¿Dejaste tu hogar, Art?

Pero él no respondió, sino que prosiguió concentrado en el hombre. Hasta que expresó con firmeza:

—¿Qué quieres?

La conversación transcurría en inglés y ella esperaba entender con exactitud lo que se dijese en la habitación. Era evidente que Arturo no toleraba a su progenitor, y a Renata no le cupo la menor duda de que esa debía ser la razón principal por la que se había mostrado reticente a hablar de su familia.

—Que asumas tu responsabilidad.

Arturo se inclinó hacia delante, furioso.

—Ya no es mía. Por eso me alejé.

—¿Y qué harás entonces? ¿Dar espectáculos con tu violonchelo?

—Perdón, señor —intervino Renata—, pero su hijo es un genio con el instrumento.

—Cállate, Ren —bufó Arturo.

Tragó en seco, indignada por el tono que había empleado con ella.

—Me gusta tu amiguita. Tiene coraje.

—¡No la metas en esto, padre! Es más, será mejor que Renata y Dennis se retiren.

—Art, preferiría quedarme —aclaró la joven.

El sujeto estalló en una carcajada y Renata pensó que era un cínico. Le caía muy mal, pero se las aguantaría para no enredar más las cosas con Arturo.

—Hijo, es bueno que tus amigos sepan de qué se trata todo esto.

—¡No! —bramó Arturo y, levantándose, apuntó al hombre mayor—. ¡Hace tiempo que me marché y no pienso regresar!

—No estoy de acuerdo.

—Disculpe, señor, pero ¿cuál es su nombre?

La pregunta de Renata le valió una mirada asesina de Arturo, pero no le importó. Tenía que saber con quién hablaba.

—Vaya, Arthur. La señorita tiene mejores modales que los tuyos. —El individuo dirigió su curiosidad hacia ella—. Encantada de conocerla, Renata. Mi nombre es Richard Ziff.

Aquel nombre coincidía con el que ella había leído varias veces en la prensa.

—¿Como el del magnate norteamericano, cuyo hijo...? —Renata se detuvo, y empalideció. «No puede ser», pensó—. ¿Art? —musitó con un nudo en el estómago.

—La señorita te habla.

Pero Arturo permaneció en silencio. Renata observó a uno y a otro y vislumbró que, aunque de cara no eran muy semejantes, el porte y la contextura del cuerpo los delataba.

—Necesito confirmar si usted es el Richard Ziff que creo —insistió Renata cambiando de interlocutor.

—Basta, Ren —siseó Arturo.

Aquel tono de voz colmó su paciencia.

—¡Solo quiero saber la verdad, Arturo!

—Nunca te mentí.

—Lo sé, pero convengamos que escondes secretos que me gustaría dilucidar. Nuestras vidas están conectadas desde varios ángulos.

—¿Y quién crees que soy, querida? —interrogó el padre de Arturo. Sonreía, de seguro divertido por la pulla que estaba gestando entre ellos.

Renata contuvo el aliento.

—El poderoso capitalista cuyo hijo abandonó las empresas de la familia luego de una terrible pelea con los directivos.

—Que somos mis otros dos hijos y yo.

—Dios...

—Exacto —replicó Ziff con ironía.

—Ren, por lo que más quieras, Dennis y tú deben esperarme afuera. Prometo explicarte todo apenas culmine con esta conversación.

Se sentía como una completa tonta. Infinidad de veces había leído en las revistas y en internet acerca del *playboy* Arthur Ziff de Estados Unidos, y, sin embargo, no lo había asociado con su

Arturo. Debía reconocer que las cifras monumentales de dinero que él había gastado en regalos o salidas a restaurantes habían despertado en ella ciertas sospechas sobre su paradero, pero nunca quiso prestarles la debida atención. Y si bien él jamás le había mentado, se había mostrado reacio en dar la suficiente información como para que ella descubriese su auténtica identidad. De haberla sabido, ella no se hubiese embarcado en una relación amorosa con él. Arturo era famoso en su ambiente no solo por la brillante carrera que llevaba adelante, sino también por los líos en los que se había visto envuelto por cuestión de faldas. Entonces, ¿qué podía hacer ella a su lado?

Una ráfaga de inseguridad le inundó el cerebro y el corazón.

—Pero es que...

—Te lo ruego —insistió Arturo.

Ante aquel pedido, Renata claudicó. Tenía un montón de preguntas para formular, pero respetaría el hecho de que las respuestas llegarían cuando Arturo estuviese en condiciones de brindárselas.

Asintiendo, se levantó de la silla.

—No.

La voz terminante de Richard Ziff la detuvo. El hombre tenía carácter y comenzaba a demostrarlo.

—No es de tu incumbencia, papá.

—He dicho que no.

Arturo meneó la cabeza de un lado a otro y señaló a Nina.

—Entonces explícame tú qué tiene que ver esta mujer contigo.

Fue el turno del señor Ziff para ponerse pálido.

—Tengo planeado casarme con ella.

La expresión devastada en los ojos de Arturo sacudió a Renata.

—¿Y mamá?

—Tu madre y yo nos divorciamos hace un año.

—¡Dios! —bramó Arturo dando una patada a una silla, que salió volando hacia un costado.

Renata se levantó con urgencia y lo abrazó desde atrás.

—Por Dios, Art, cálmate —susurró con profunda pena.

La falta de confianza podía jugarle malas pasadas, pero Renata no había llegado hasta ahí para perder al amor de su vida. Le acarició la espalda, cuyas fibras estaban tan tensas que parecían cuerdas.

—Me voy, padre. Entre tú y yo ya no existe ningún lazo que nos una; has cortado el último con esta noticia.

Sin decir una palabra más, Arturo pasó el brazo por el hombro de Renata y se dirigieron hacia la salida. Dennis salió detrás de ellos, pero el brillo en la mirada de Arturo lo detuvo.

—Tú sabías sobre esto, ¿no? Estabas dispuesto a negociar y a que a mí me dejaran afuera.

—Eh... no...

—Sí —aclaró Nina—. Hablé con Dennis cuando Renata y tú se cambiaban en el vestuario antes de salir a actuar.

—No te quiero con nosotros —siseó Arturo iracundo.

—Pero, escucha...

—Tendrías que habernos informado, Dennis —apoyó Renata—. A Arturo y a mí nos hubiese permitido abarajar otras opciones en las que tú también habrías estado incluido.

—Vamos, Renata —apuntó Arturo.

Intentaron abandonar la habitación, pero el señor Ziff exclamó:

—¡No te precipites, hijo!

Arturo se detuvo y lo contempló con frialdad.

—Si te marchas —prosiguió el hombre—, atente a las consecuencias. Estoy seguro de que no te van a gustar, ni tampoco a Renata.

—Deja a Ren fuera de tu mierda.

—¿Qué quiso decir con eso, señor? —se interesó Renata, pero Arturo tironeó de su brazo.

—No me obligues, Arthur —gruñó Ziff.

—Por favor, Art. ¡Tengo derecho a saber!

Arturo negó con la cabeza y la arrastró hacia la puerta.

—Te juro que todas las consecuencias caerán sobre la chica, hijo. Y sabes bien que no me detendré hasta conseguirlo.

Renata se sintió perpleja por la amenaza. ¿Podía semejante esperpento catalogarse como un padre? Arturo se dio la vuelta y, encolerizado, chasqueó los dientes.

—No serías capaz.

—He investigado a toda la familia y también a las amiguitas. Puedo enumerarlos a todos. —Ziff se levantó y del maletín extrajo una carpeta de considerable tamaño—. Toda la información está aquí, Arthur. Y no pararé hasta que cada persona cercana a ella quede sin trabajo o pierda alguna matrícula universitaria. Eso para empezar.

Una ira suprema invadió a Renata.

—¡Usted no se meta con mi familia! ¡Tampoco con mis amigas!

—No pretendo hacerlo, Renata. Pero quiero a mi hijo de regreso para que reasuma la dirección de nuestras compañías.

«Licenciado en Administración de Empresas», recordó que le había confesado a su padre.

Gracias a su profesión, Arturo conocía al dedillo el manejo de cualquier negocio y, por lo visto, su habilidad resultaba indispensable. Ella misma había sido testigo de la expansión del bar bajo su gestión y de su eximia capacidad empresarial con Arena.

—¿Tú manejabas la corporación en toda su magnitud? —preguntó.

—Sí.

«Has guardado tanto dentro de ti, amor», pensó Renata aturdida. Pero en el fondo no lo culpaba, porque la vida de él no debía de haber sido fácil con tamaña cucaracha como padre.

—Virgen santa...

No bien Renata terminó de pronunciar esas palabras, Arturo se transformó. Con un bramido se abalanzó contra la pared ubicada al lado de la puerta y comenzó a aporrearla con los puños, como si pretendiese destrozar el mundo.

—¡Detente, Arturo, por favor! —rogó Renata con lágrimas sin derramar.

Pero él persistió con la golpiza, emitiendo sonidos desgarradores con la garganta. Ante la espantosa visión de su Arturo enfadado y destruido, Renata no pudo controlar los sollozos. Y se apresuró a estrecharlo contra sí. Arturo se revolvió, pero Renata se aferró más a él. Soportó estoica la furia y el sufrimiento del chico que amaba, porque ni muerta lo dejaría solo.

Y, de pronto, todo culminó. Un silencio helado inundó la habitación, interrumpido por el llanto de Renata y... el de Arturo. Abrazándolo aún más, Renata lo acompañó en la descarga de su rabia y de su frustración. Que Arturo tuviese un padre como ese le partía el alma, pero por triste que fuese, le posibilitaba comprender la compleja personalidad de Arturo y el porqué de su huida del yugo familiar. ¿Quién no quedaría despedazado ante la falta de humanidad de ese hijo de puta del señor Ziff?

Arturo permaneció junto a ella, con la cabeza gacha y los hombros hundidos. Renata no se animaba a emitir una sola palabra, pero al descubrir la sangre en los nudillos de él, su corazón se rompió en millones de pedazos.

—Art, mi amor —susurró besándole los dedos lastimados.

Antes ese gesto, Arturo se apartó de sus brazos, y, cuando la miró, lo que detectó en el fondo de sus ojos la devastó.

—Ni se te ocurra, Arturo —balbuceó, y las lágrimas retornaron con todas sus fuerzas—. Saldremos de esto juntos. Te lo juro.

—Ren...

—¡NO! —gritó entre espasmos de llanto, y lo sacudió con vigor de los hombros—. ¡No tires la toalla!

El dolor en la mirada de Arturo era tan profundo que Renata entendió que él anunciaba lo que ella jamás podría aceptar.

—No permitiré que mi padre te haga daño.

—¡Pero tú me lo haces a mí!

Enojada, se quitó la humedad de la cara. Arturo le tomó el rostro con las manos y lo acercó hasta que sus narices se tocaron. Con la voz quebrada musitó:

—Te juro que eres lo más hermoso que me pasó en la vida, Ren.

—¡Entonces lucha! ¡No le des el gusto! —gimoteó señalando al hombre que los observaba con seriedad. Y fue el turno de Renata de apoderarse de las mejillas de él—. ¡Mírame, Arturo! —exigió. Los iris verdes la contemplaron con dulzura y también con algo semejante a la desesperación—. ¿Desde cuándo te rindes antes de pelear? Tú no eres así. A mí no me importan las amenazas de ese miserable. Porque yo te amo. Y en nombre de ese amor podré con lo que se

interponga entre nosotros. ¡Lo único que te ruego es que no claudiques!

Los labios de Arturo temblaron y una nueva lágrima resbaló hasta su boca.

—Pequitas mía. Yo...

Se detuvo, y Renata advirtió que tragaba con dificultad. La escrutó de una manera tan diferente que la ilusión resurgió.

—Luchemos por nuestra felicidad, Art.

Arturo recorrió sus facciones con la yema de los dedos, como si fuese un escáner que grababa su imagen. La dulzura que emanaba de su mirada la enajenó, pero al instante siguiente desapareció y una rigidez punzante la reemplazó. Confundida, Renata lo vio dirigir la atención a Dennis.

—Podría matarte aquí mismo, pero a cambio te exijo un favor.

—¿Qué...? —balbuceó el joven.

—Llévatela contigo.

Los ojos de Renata se abrieron como platos y sacudió la cabeza, enajenada.

—¡NO, Arturo!

Pero él la levantó de la cintura y la acomodó contra su pecho como si fuese una criatura.

—¡No me hagas esto! ¡No seas cobarde! —chilló Renata forcejeando entre sus brazos.

Cuando Arturo la separó de él para entregársela a Dennis, Renata logró escabullirse para enredar los brazos alrededor del cuello del ser que más amaba en mundo.

—¡Demuéstrame que sientes algo por mí! ¡Hazlo, por favor!

El llanto de Renata era tan fuerte que apenas podía entender sus propias palabras. Resistió todo lo que pudo, hasta que Arturo y Dennis la doblegaron y, al final, quedó envuelta entre los musculosos brazos del baterista.

—¡NO, Arturo! ¡NOOOO!

Gritó y pataleó como una salvaje, pero todo fue inútil. Dennis era inquebrantable y se había tomado la orden de Arturo muy en serio. Continuó peleando como una fiera hasta que se detuvo a tomar aire para recobrar fuerzas. Pero, de pronto, fue consciente de la cruda realidad: la habitación había quedado vacía.

Arturo la había abandonado.

Capítulo 26

Tres meses después

—¡Ya está bien, Ren! —exclamó Kristel, que preparaba una torta en su apartamento—. Te la pasas llorando por los rincones, pero ha llegado la hora de decirte a ti misma que es suficiente.

—Estoy de acuerdo —susurró Ashley.

—Es que nuestra Renatita se nos ha enamorado de verdad.

Ante las palabras de Silvia, Renata se sonó la nariz una vez más. Comprendía que las chicas tenían razón, pero no era fácil.

Durante los primeros días de la separación con Arturo, Renata había estado gobernada por una congoja tan atroz que temió morir. Al poco tiempo, una furia inusitada había tomado su lugar y, al final, la amargura de admitir que el amor de su vida se había ido para siempre produjo un enorme vacío en su alma. Y muchas lágrimas. Para colmo, se había vuelto bastante masoquista, porque leía todo lo que caía en sus manos sobre Arturo.

Sin duda, él había perdido la batalla frente al horroroso de su padre, porque se hablaba de su retorno a las empresas de la familia y de su renombramiento como director de la mayoría de ellas. Para su desespero, había visto algunas fotografías de Arturo asistiendo a fiestas con chicas muy elegantes colgadas de su brazo, aunque en ninguna se mencionaba la relación que lo unía a ellas. El único consuelo de Renata era contemplar el semblante de Arturo. Se percibía duro, casi siniestro. Y algo en su interior le aseguraba que él no estaba enamorado de ninguna de las jóvenes.

No obstante, dentro de su pesadumbre había ocurrido algo bueno para ella: Renata van der Berg había surgido como cantante solista.

Si bien la disolución del dúo había provocado mucha tristeza entre sus seguidores, la continuación de ella arriba de los escenarios los mantenía muy entusiasmados. Sus videos se habían hecho aún más virales en las redes sociales, a tal punto que en YouTube ya había alcanzado la monumental cifra de veinte millones de visitas. A su vez, los empresarios que se habían mostrado interesados en Arena también lo hacían con su trabajo, por lo que Renata comenzó a viajar por toda Holanda y países limítrofes. No era lo mismo sin Arturo, pero gracias a su habilidad con las teclas y a la enorme necesidad de expresar en las canciones lo que escondía en su fuero más íntimo, Renata descollaba.

A causa de la tremenda escalada de su éxito, varias compañías discográficas se habían puesto

en contacto con ella, pero después del terrible episodio con Nina y el forúnculo de Richard Ziff, a todas las había despachado con la excusa de que aún no estaba preparada para dar ese salto. Tampoco era algo que la preocupase. Renata amaba la comunicación con el público, por lo que su gran interés lo constituían los espectáculos presenciales.

En medio de todo el frenesí, el teléfono de la joven no paraba de sonar y la casilla de correo de su mail se encontraba colapsada. Sus propias amigas le habían manifestado la necesidad de contar con un representante, pero Renata no estaba segura de algo así, aunque no lo descartaba para el futuro. Por el momento, la contrataban empresas de distintas partes de Europa, que no solo le pagaban los pasajes de ida y vuelta, sino también las presentaciones por adelantado. A todo eso se sumaban los patrocinadores que luchaban entre sí para ganar su exclusividad. En definitiva, Renata no se quejaba, porque recibía más que suficiente para vivir con comodidad. Aunque su corazón permaneciese hecho trizas.

—Les juro que lo intentaré —prometió Renata, y tomó otra servilleta que Ashley le extendía para limpiarse las lágrimas de la cara.

—¿Por qué no te echas una tirada de cartas? Quizá te den noticias de algo interesante.

Ante la pregunta de Silvia, negó con la cabeza.

—Desde que Arturo me abandonó, no he vuelto a utilizarlas. Ellas me habían dicho que yo lo ayudaría, pero al día de la fecha no logro comprender a qué se referían. Todo salió mal.

Y volvió a sollozar.

—Kris, se nos han acabado las servilletas de papel, ¿podemos proseguir con el papel higiénico?

—Claro, Ash. ¿Buscarías algunos rollos en la despensa?

—Enseguida.

Renata sonrió un poco. Desde que había regresado de Berlín, sus amigas y su madre habían sido incondicionales. No se habían separado de ella y estaban empeñadas en ayudarla a salir del círculo doloroso en el que había caído.

Cuando Ashley retornó, Renata se apropió del papel y volvió a sonarse la nariz.

—Mi mayor problema es que no puedo ponerme lo suficientemente furiosa como para desterrar a Arturo de mi alma.

—¿Estás segura de que él te dejó para que su padre no te hiciese daño? ¿Y si no estaba tan enamorado?

Las palabras de Silvia produjeron un mayor dolor en Renata, aunque fuesen dichas con la mejor intención.

—No empieces, Sil —advirtió Kristel.

—Está bien —contestó la rubia.

Renata negó con la cabeza al recordar la noche de la tragedia.

—Cuando me aferré a él mientras se destrozaba las manos contra la pared, percibí su amor, chicas. Y su mirada... —La voz se le quebró—. Jamás vi tanta ternura y tanto sufrimiento a la vez.

Capté que sus sentimientos eran genuinos. Estaban ahí, frente a mis ojos. Pero él prefirió protegerme. Yo lo sé. Y es lo que más rabia me da.

—¿Y qué vas a hacer, Ren? Porque tienes que continuar con tu vida —susurró Ashley.

—Pues yo te pregunto lo mismo.

Ante sus palabras, Ashley enmudeció. La desaparición de Arturo había traído aparejada la partida de Tommy, quien se marchó sin despedirse ni dar una explicación. Si bien la relación entre ellos no había llegado a niveles tan profundos como la de Arturo y ella, no significaba que Ashley no sufriese por la ausencia del muchacho que por un tiempo le había devuelto la sonrisa al rostro.

—Lo superaré, Ren. Tommy y yo no estábamos enamorados.

—Eso es lo que tú crees, Ash —apuntó Silvia—, pero Ron me contó que Tommy parecía un perrito abandonado al recibir la noticia de que debía regresar a Estados Unidos con Arturo.

En ese momento, el teléfono celular de Ashley comenzó a sonar. Cuando Renata leyó en la pantalla el nombre de Timo, comprobó que el semblante de su amiga empalidecía.

—¿Mi hermano otra vez?

—Desde que Tommy se fue, la llama en forma ininterrumpida, pero Ash no lo atiende —aclaró Kristel muy concentrada en contemplar cómo se esponjaba la masa en el horno—. Perdona que sea tu hermano, pero es un pesado.

—Soy la primera en reconocerlo. ¿Por qué no lo atiendes, Ash? Sabes que Timo insistirá hasta que dé contigo.

—De ningún modo.

—Dejemos ese tema de lado, porque todas sabemos que Ash es muy terca. —El comentario de Kristel valió un destello de cólera en la mirada de Ashley. Kristel, sin hacerle caso, dejó de lado lo que estaba haciendo y se sentó frente a Renata—. Y tú, cielo, ¿hasta cuándo seguirás dedicando los conciertos a Arturo?

Renata contuvo el aire en los pulmones, consciente de lo que Kristel le cuestionaba. Desde el primer concierto como solista, cada vez que ella se subía al escenario, lo primero que hacía antes de cantar era aferrar el micrófono y gritar a la audiencia con todas sus fuerzas: «Dedicado a ti, mi amor».

Lo que ella no se imaginó fue la desbordante repercusión que esa frase adquirió en los medios y en todas las redes sociales. De un día para el otro, infinidad de gente elucubraba acerca de quién podría ser la persona a quien Renata van den Berg dedicaba sus espectáculos. Incluso habían surgido apuestas y concursos para encontrar la verdadera identidad de quien se escondía detrás del famoso «mi amor». Y el nombre de Arturo, para su desolación, había sido abarajado alguna que otra vez.

Renata suspiró.

—No lo sé, Kris.

—Comienzas a preocuparme.

—¿Qué quieres que te conteste? Siempre seré fiel a mi corazón y cada una de las canciones de

mi repertorio tiene que ver con nuestra historia.

Una mueca de nostalgia se insinuó en la boca de Silvia.

—A *Nothing Compares To You*[30], de Sinéad O'Connor, la interpretas a la perfección y los sensibleros de tus admiradores, entre los que me cuento, terminamos llorando a moco tendido.

—¿Y *Something*[31], de George Harrison? —agregó Kristel—. Sinatra llegó a considerarla la mejor canción de amor de los últimos años.

—A Dios gracias, Ren, eres tan fantástica en tus ejecuciones que incluso quienes conocemos el significado oculto detrás de cada una de ellas conseguimos disfrutarlas. Además, si dedicarlas a Arturo es tu elección, lo acepto.

El apoyo incondicional de Ashley conmovió a Renata. Sabía que se estaba comportando de forma patética, pero no había descubierto otra manera mejor de transitar el dolor de la pérdida de Arturo que a través de la música. Por eso, diagramaba el contenido de sus presentaciones con las canciones que reflejasen lo que ella sentía. Y al día de la fecha, el recuerdo de Arturo seguía vigente.

—Confío en que muy pronto regrese nuestra antigua Ren —suspiró Silvia.

—Nunca volveré a ser la misma. Pero les prometo que saldré fortalecida de esta experiencia.

Las tres amigas se acercaron a Renata y se unieron a ella en un estrecho abrazo.

Capítulo 27

París, Francia

Habían transcurrido cuatro meses desde la charla que Renata había mantenido con sus amigas, en donde había prometido salir fortalecida de tanto dolor. Muchas cosas habían acaecido en el ámbito musical que colmaron de satisfacción a Renata y que resultaron fundamentales para que, poco a poco, iniciase la reconstrucción de su vida sin Arturo.

Esa madrugada, después de haber tomado una ducha bien larga y caliente, Renata se colocó el pijama y se acostó en la cama del hotel con una enorme sonrisa. Unas horas atrás había actuado en el Stade Sébastien Charléty^[32] *de París, con el sublime acompañamiento de la orquesta filarmónica de la ciudad, frente a veinte mil personas que los habían ovacionado. Y aún se estremecía al recordar lo acontecido instantes previos a la ejecución de la primera canción. No bien había subido al escenario, se había dirigido al micrófono, pero antes de poder verbalizar su dedicatoria, el público se adelantó y comenzó a vitorear en francés: «Dédié à toi, mon amour^[33]».*

Delante del estruendo de voces que, sin saberlo, evocaba a quién ella tanto amaba, los ojos de Renata se habían cuajado de lágrimas, y las gigantescas pantallas apostadas en diferentes partes del estadio eternizaron esa imagen.

El sonido del teléfono móvil interrumpió sus pensamientos y atendió.

—¿Renata?

La voz de mujer del otro lado le sonó conocida, aunque no podía precisar de dónde.

—Sí. ¿Quién habla?

—Nina de Leeuw.

Contuvo el aliento y apretó la mano libre en un puño.

—Te recuerdo bien.

El suspiro de su interlocutora la extrañó. Parecía nerviosa.

—Mira, Renata. Sé que lo ocurrido en Berlín fue horrible. Lo siento...

—Perdona, Nina —la interrumpió—, pero solo tengo un par de minutos. ¿Qué deseas?

—¿Me has oído?

—Sí. E insisto: ¿qué quieres?

Nina volvió a suspirar.

—*Mi compañía desea mantener un encuentro contigo.*

No podía creer lo que escuchaba. Esa mujer debía de pensar que ella era masoquista, aunque no estuviese tan alejada de la verdad.

—No estoy interesada.

—*Se trata de mucho dinero, Renata.*

Sonrió y sacudió la melena de un lado a otro.

—Te aseguro que gano lo suficiente como para estar bien.

—*Tienes un talento único y te ofrezco la posibilidad de extenderlo hacia gente que no sabe sobre tu existencia.*

—No me hace falta más.

—*¿Esta es tu venganza?*

Las cejas de Renata se arquearon. El comentario era tan absurdo que no dudó de que esa señora tenía el cerebro de un mosquito.

—¿Perdón?

—*Porque por culpa de mi marido perdiste a Arturo.*

—¿Te has casado con ese batracio? Mi sentido pésame.

La risa socarrona de Nina le cayó mal. Pero por nada del mundo perdería los estribos.

—*Renata, no antepongas tus heridas del corazón a una carrera que puede ser apoteótica.*

Respiró hondo para no gritar.

—Nadie puede ser, y quiero pensar que tú tampoco, tan poco inteligente como para creerse con derecho a interpretar las acciones de una persona que no conoce en absoluto. Tú no eres mi terapeuta ni mi amiga, sino una mujer con una espantosa cobardía que se permitió participar de uno de los actos más crueles que yo alguna vez haya experimentado. Y no hiciste nada por impedirlo, Nina. Así que deja de entrometerte y no me llames nunca más.

Cuando iba a cortar, la escuchó exclamar:

—*¿Arturo jamás volvió a ser el mismo!*

Renata se detuvo y se enfureció con ella misma. Esa desfachatada sabía bien cuál era su talón de Aquiles y, si no tenía cuidado, podía quedar atrapada en su juego.

—¿A qué te refieres?

—*A que no te ha olvidado.*

—¿Tu nueva vocación es la de celestina? Por lo que recuerdo, no serías buena para eso.

La risa nerviosa de Nina la sorprendió.

—*No quiero que cometas el mismo error que yo.*

—¿Todo esto lo haces para conseguir un contrato discográfico?

—*¿No me habías dicho que no interpretase las acciones de los demás?*

Renata sonrió.

—Tienes razón.

—*Mi fuerte son los negocios, Renata, pero he sido testigo del derrumbamiento de Arturo. Y*

me preocupa. Yo también perdí al amor de mi vida por terquedad.

—Te recuerdo que Arturo decidió marcharse.

—*Porque temía a las represalias de Richard.*

—Que es tu esposo.

Un silencio sepulcral demoró la respuesta.

—*No sé por cuánto tiempo.*

—Lo siento.

—*No lo hagas, Renata. Has sido testigo de una dosis de su brutalidad.*

—Créeme que jamás la olvidaré.

—*Intenta hablar con Arturo.*

El miedo se acumuló en la boca de su estómago.

—No, Nina.

—*¿Por qué? Él solo quería protegerte de su padre. Estoy segura de que te quiere.*

—No lo suficiente.

—*Ahora no seas tú la jueza de sus sentimientos.*

—Nina, me remito a los hechos. Hace siete meses que no sé nada de Arturo, y él tiene mi número de teléfono.

—*¡Pues llámalo tú!*

Contó hasta diez.

—Tengo que irme. Gracias por la conversación.

—*Piensa lo que te dije.*

—¿La primera o la segunda parte?

—*Las dos.*

Una risa baja salió de su boca. Nina podía ser una mujer interesante después de todo.

Colgó y respiró hondo, como si con ello intentase eliminar la angustia que las palabras de Nina le produjeron: «... he sido testigo del derrumbamiento de Arturo».

¿Pero qué podía hacer ella si él había elegido abandonarla? Amaba a Arturo y quizá lo haría por el resto de su vida, pero jamás se interpondría en sus decisiones.

Como una autómatas, buscó la chaqueta y la cartera, y el último pensamiento que vino a su cabeza antes de salir fue que Nina parecía agobiada por los problemas con el insufrible de Ziff.

No la culpaba. Los hombres de esa familia contaban con el gran talento de destrozarse los corazones femeninos.

Capítulo 28

Nueva York, U.S.A.

Dos meses después

—¡Ren! —gritaron Kristel, Ashley y Silvia paradas al costado del escenario. Recibieron a Renata con los brazos abiertos cuando se acercó a toda prisa a donde ellas se encontraban.

—¡Mira lo que has logrado en tu primer concierto en Nueva York! —exclamó Kristel con el rostro repleto de lágrimas.

Anonadadas, las cuatro observaron a los cuarenta mil espectadores que abarrotaban el estadio Citi Field de esa ciudad y vitoreaban el nombre de su cantante preferida.

Renata sonrió perpleja.

Cuando unas semanas atrás un grupo de empresarios le había ofrecido dar varios recitales en Nueva York, en un principio se había negado. Aunque hacía rato que no salían noticias sobre Arturo y tampoco había puesto empeño en enterarse sobre su existencia, su recuerdo seguía vivo, y temía que la nostalgia de tocar música en la ciudad donde él vivía pudiese desestabilizar la ardua tarea llevada a cabo con sus emociones. Pero ante la insistencia de los organizadores y, sobre todo, de sus seguidores en Instagram, Facebook, Snapchat y YouTube, Renata no tuvo otra alternativa más que aceptar. Y no se le ocurrió mejor idea que invitar a sus amigas, quienes se mostraron encantadas.

Además, ya habían transcurrido más de nueve meses de su separación, por lo que Renata confiaba en que ese viaje podría representar el final de un duelo demasiado largo para su maltrecho corazón. Y el comienzo de un nuevo futuro.

—No lo puedo creer —susurró Renata, con el cuerpo repleto de adrenalina.

—Se me erizó la piel cuando la audiencia comenzó a clamar en inglés «*Dedicated to you, my love*[34]».

Renata sonrió, asombrada de que en cada lugar donde actuaba, el mantra grabado a fuego en sus entrañas fuese lo primero que el público vitorease en los diferentes idiomas. Al inglés y el francés se habían sumado el español, el alemán e incluso el italiano.

—¿Se dieron cuenta de la cantidad de gente vestida con la ropa impresa? —interrogó Silvia.

—Me pellizcaba la piel para constatar que estaba despierta.

La declaración de Ashley reflejaba lo que Renata sentía. Varias compañías textiles habían

solicitado su permiso para estampar la bendita frase en camisetas, gorras y pañuelos, y contemplarla en cada rincón de la tribuna rebozaba su alma de emoción.

Al mismo tiempo, continuaban las elucubraciones acerca de la identidad de la persona especial a la que ella ofrecía sus conciertos. Incluso en las conferencias de prensa los periodistas de revistas y periódicos la habían acibillado a preguntas sobre el tema, pero Renata se había limitado a sonreír. Solo una vez, cuando un corresponsal quiso saber si ese alguien estaba al tanto de su dedicatoria, se había atrevido a contestar: «Él lo sabría».

Ante su respuestas, algunos seguidores de la comunidad *gay*, quienes habían mantenido la esperanza de que «mi amor» se tratase de una mujer y no de un hombre, habían manifestado su decepción. Pero como adoraban a Renata, terminaron por aceptarlo.

—Al cantar *Big Girls Cry*[35], de Sia, el estadio casi se viene abajo —apuntó Ashley sacándola de sus pensamientos—. Tus fans saben que te estás reponiendo de algo, Ren.

—Lo sé —asintió emocionada, y miró a las tres—. Pero ahora me toca el número final, así que deséenme suerte, chicas.

Para alegría de la concurrencia, Renata regresó al escenario y tomó el micrófono:

—¿Puedo contarles algo?

Un masivo grito de aprobación se extendió desde las estradas hacia el césped.

—¡Gracias! Es solo una reflexión —aclaró y suspiró hondo para darse coraje de expresar lo que necesitaba dejar ir—. A veces los artistas necesitamos hablar con ustedes, porque en definitiva, son quienes aprueban nuestra música y también los que aceptan recibir en sus corazones lo que anhelamos transmitir. Es verdad que mi repertorio está compuesto de canciones de otros, pero las ejecuto a mi modo para contarles a ustedes mi historia.

»Muchas veces amamos a personas que nos hacen mucho bien y también a otras que no. Además, están las que necesitan de una patada en el culo para traspasar las fronteras de sus propias debilidades.

La audiencia comenzó a reír y a asentir con la cabeza.

—Hay infinidad de tipos de gente, pero no me voy a detener en clasificaciones tediosas, porque no culminaría más. Pero sí me interesa rescatar la idea de que todos los hombres y las mujeres que se cruzan en nuestro camino son únicos.

Ante algunos silbidos de desaprobación, Renata rompió en una carcajada.

—Ya sé. Créanme que la mayoría se ha cansado de repetirme que eso no es así. Pero yo soy muy terca. Mis amigas y mi familia podrían dar fe de lo que digo.

Un ferviente clamor acompañó sus palabras.

—Pero insisto en este concepto. —Los ojos se le humedecieron y sonrió. Le importaba un comino que las cámaras la delatasen. Después de todo, ella era una llorona—. Yo no sería la Renata que está parada delante de ustedes, aquí en Nueva York, si no hubiese conocido a cada uno de esos seres que me han ayudado a crecer y a creer en mí. En sus distintas versiones. Les confieso que hay algunos a los que he llegado a detestar, aunque al final haya ganado la

compasión.

La algarabía se había transformado en un profundo silencio que conmovió hasta la última célula del cuerpo de Renata.

—Quienes nos hacen sufrir, en realidad, no son más culpables que nosotros. Porque es nuestra responsabilidad el no permitir que el dolor que ellos provocan se adueñe de nuestras vidas. No voy a decir que sé cómo evitarlo del todo, pero, al menos, permítanme darme el crédito de haber entendido que, si estamos presentes en nosotros mismos, podremos alcanzar mejores cosas de las que imaginamos. Incluso las que parecen tan lejanas e imposibles. Porque ellas se transforman en cercanas y posibles cuando uno se mira en su propio espejo y comprende que, para conquistar al mundo, primero uno debe conquistarse a sí mismo.

Un estruendoso aplauso se elevó en la noche de Nueva York. Renata lanzó un beso a los oyentes y corrió a sentarse frente al piano, desde donde gritó:

—¡Que no nos pare nadie!

Y arrancó con *Don't Stop Me Now*[36], de Queen.

La cabellera de Renata acompañó el movimiento de sus manos al dar a luz la preciosa canción. Y en medio de la vorágine de sonidos, una vocecita muy dentro de ella le susurró que, por fin, la hora de cicatrizar su corazón había arribado.

Capítulo 29

Dos semanas habían pasado del primer concierto en Nueva York, y esa noche, Renata se había despedido de la triunfal gira en el famoso Madison Square Garden, con más de veinte mil fans aclamando su nombre a viva voz.

Después del espectáculo sobre el que todos los medios hablaban, Renata y sus amigas partieron hacia el hotel The Langham, ubicado en Manhattan, la famosa isla neoyorquina. Ahí Renata ofrecería la última conferencia de prensa y luego asistiría a la fiesta que los organizadores de la gira darían en su honor por haber sido consagrada como una de las artistas más jóvenes y exitosas de los últimos años.

Fueron recibidas por el representante Ethan Jones, quien se había encargado de ellas desde su arribo a Nueva York. Las esperaba con una sonrisa de oreja a oreja y con un brillo de satisfacción en la mirada. Iban vestidas de gala y la que despertaba mayor admiración era Silvia, que se asemejaba a Lauren Bacall al mejor estilo de los años cincuenta. Su cabellera rubia peinada como solía hacerlo la actriz y el vestido largo pegado al cuerpo con un escote en la espalda que dejaba poco a la imaginación la convertían en una de las mujeres más elegantes de la velada.

Kristel y Ashley habían elegido gasas y sedas para la ocasión, con estilos más simples, pero no por eso menos elegantes. Por su parte, Renata había tenido problemas con el vestuario, porque adoraba la informalidad. De todas maneras, al final se había decidido por un vestido de terciopelo negro entallado hasta la cintura con flores doradas bordadas a mano y rellenas de cristales. El escote mostraba más de lo que Renata estaba acostumbrada, pero le permitía lucir las pecas con orgullo. Y la falda amplia que llegaba a sus pies la hacía parecer una princesa. Para destacar los rasgos de su rostro, se había recogido el pelo en una cola alta, la cual caía por debajo de sus omóplatos.

—Serán la sensación del evento, chicas. Están magníficas.

—Gracias, Ethan —contestó Renata.

El sujeto las acompañó a la sala de prensa, donde una gran cantidad de periodistas esperaban a Renata. A solicitud de ella, los coordinadores habían reservado tres asientos de la primera fila para sus amigas, porque cuando se ponía nerviosa, no había cosa más valiosa para ella que mirarlas y recibir sus sonrisas de apoyo.

El encuentro fue ameno y también muy informativo, donde Renata pudo explayarse acerca de su

música, la enorme popularidad que había adquirido en tan poco tiempo y los próximos proyectos que tenía en mente. Tampoco se libró de la infaltable pregunta que un periodista del *New York Times* formuló:

—¿Cuándo confesarás a quién ofreces tus conciertos, Renata?

Sonrió resignada.

—Nunca.

Un coro de voces manifestando su desilusión provocó en Renata una carcajada. Y una periodista de mayor edad le recordó lo que todos pensaban en la sala:

—Te debes a tu público, Renata. Y la gente quiere saber sobre *él*.

—Hay cosas que son muy sagradas y jamás las revelaré.

—Entonces ¿por qué iniciaste todo esto? Sabías que al hacerlo surgiría curiosidad en tus seguidores.

Renata negó con la cabeza.

—Juro que no imaginé que mis dedicatorias desencadenarían una reacción de semejante magnitud.

Una joven de *Los Angeles Daily News* pidió la palabra.

—Cuando en otra entrevista te preguntaron si esa persona estaba al tanto de ellas, respondiste con un «él lo sabría». ¿Quisiste manifestar con eso que no estás segura de que ese hombre conozca sobre tu homenaje?

—Exacto. Pero si viniese a uno de mis conciertos o lo viese a través de algún ámbito, no tengo dudas de que comprendería que es a él a quien me refiero.

—¿Esperas algo de su parte?

Renata meditó muy bien su respuesta. No quería involucrar a Arturo en nada de esa locura que ella, sin querer, había generado.

—Que sea feliz. Y valiente.

Un murmullo se elevó en toda la habitación. Los periodistas comentaban unos a otros las respuestas de Renata y sacaban sus propias conclusiones. De repente, alguien parado en el fondo del recinto alzó la mano. Renata, al darse cuenta de quién se trataba, se quedó sin aliento.

«Tommy», susurró para sí. Haciendo acopio de la valentía que ella sí tenía, asintió con la cabeza.

—Gracias, señorita Van den Berg —expresó Tommy—. Me gustaría saber si ese sujeto al que haces referencia estuvo ligado al dúo Arena.

Un nuevo cuchicheo se expandió entre los presentes.

—Tú conoces la respuesta —respondió.

Y con la más espléndida de las sonrisas, Renata dio por terminada la entrevista sin olvidar invitar a todos a la fiesta que comenzaría en unos minutos en el salón contiguo. Al bajar del estrado para reunirse con sus amigas, los semblantes de estas se veían pálidos.

—¿Qué hace Tommy en este lugar? —balbuceó Ashley preocupada.

—Arturo puede estar aquí también —advirtió Kristel.

—Espero que no.

Apenas Renata pronunció esas palabras, la figura de Tommy surgió por detrás de Ashley.

—Buenas noches, chicas.

Las mejillas de Ashley se cubrieron de rubor y giró el rostro para toparse con el del chico que la observaba como si fuese la aparición más deseada.

—Ash...

—Hola, Tommy.

Renata se dio cuenta de que todo alrededor había dejado de existir para esos dos, y a la misma conclusión debieron de llegar las demás, porque Kristel le chistó al oído:

—Dejémoslos hablar tranquilos. Nosotras deberíamos investigar si Arturo está aquí.

Renata puso los ojos en blanco. Lo más fácil sería que ellas le consultasen a Tommy, pero cuando iba a abrir la boca para avisar que no participaría de la ridícula pesquisa, unos periodistas solicitaron tomarle unas fotografías. Renata accedió con la condición de que sus amigas participasen, lo cual provocó el jolgorio de Silvia y los nervios de Kristel. Ashley ya se retiraba hacia otro de los salones acompañada de Tommy.

Al finalizar la sesión de fotos, Ethan las esperaba para conducir las al bar Fiori, donde ya había reunidas varias celebridades, así como empresarios y autoridades de la ciudad. El primero en saludarla fue un representante del alcalde de Nueva York.

—Permítame presentarme, señorita Van der Berg. Soy James Green. Lamentablemente, nuestro mandatario ha debido viajar a Inglaterra por cuestiones laborales y me ha encomendado la tarea de darle la bienvenida a nuestra famosa ciudad neoyorquina.

A partir de ese instante, Renata se dedicó a saludar a diferentes personalidades, entre las cuales destacaban Kristen Stewart, Naomi Scott y Ella Balinska, las nuevas estrellas de *Los ángeles de Charlie*, quienes promocionaban la película. Silvia era la más entusiasta de la noche porque amaba el glamur, en cambio a Renata y a Kristel les resultaba extraño.

—¿Y Ash? —quiso saber Renata estirando el cuello para detectarla.

—Sentada en una mesa junto con Tommy en el salón vecino —respondió Kristel—. Me escondí detrás de las columnas y despacito me aproximé a ellos para verificar que Ash se encontraba bien. Alcancé a escuchar un poco de la conversación que mantenían y, para tu tranquilidad, Arturo no ha venido.

La mención de su nombre estrujó el corazón de Renata, pero se obligó a respirar hondo y a aceptar que las cosas marchaban como lo suponía. Por su parte, Tommy y Ashley tenían varias cosas que aclarar y quizás esa era la gran oportunidad para hacerlo.

Una gran cantidad de gente se acercó para hablar con ella y también para solicitarle autógrafos. A medida que repartía sonrisas y saludos por doquier, escuchó una voz masculina que reconoció de inmediato.

—Renata.

Con la espalda tensa, la joven terminó de firmar un autógrafo a una mujer que agradecía maravillada y después se dio la vuelta. Richard Ziff la escrutaba con los ojos de águila que tan bien recordaba.

—Señor.

El hombre sonrió apenas.

—Te felicito por la entrevista.

—¿Qué desea?

Kristel y Silvia permanecían en guardia, listas para entrar en acción.

—Siempre tan directa —respondió él con amabilidad—, pero es un rasgo que me gusta. Desearía hablar contigo.

—¿Sobre qué?

—Permíteme invitarte a almorzar mañana y te pondré al tanto.

Renata detestaba la desfachatez de ese sujeto, principal responsable de que ella todavía tuviese el alma hecha polvo.

—No, señor Ziff.

Para su sorpresa, el individuo no le dirigió una mirada altiva, sino una con cierta vulnerabilidad.

—¿Sabes una cosa, Renata? Ahora entiendo muchas cosas.

—¿No me diga?

Los interrumpió un mesero que se detuvo con una bandeja repleta de canapés, pero tanto Ziff como Renata negaron con la cabeza. Ella había perdido el apetito por completo.

—Sobre todo, la razón del cambio de mi hijo.

—No sé de qué me habla.

—Ven mañana y te lo explicaré.

Renata comenzó a sentir náuseas por la manipulación y egocentrismo de ese tipo.

—Escúcheme bien, señor Ziff. —Se acercó hasta que su barbilla casi rozó la chaqueta masculina—: No merece que nadie con un poco de corazón le preste atención, porque estoy segura de que usted carece de él. Recuerde que fui testigo de su costado más triste y brutal como padre cuando reveló semejante falta de compasión por su hijo. Por eso, señor Ziff, nunca dejaré de admirar el valor de Arturo cuando eligió destrozarse los nudillos en cambio de partírle la cara a usted.

»Se cree con derecho a dirigir la vida de la gente, cuando primero debería aprender a gobernar la suya, ya que necesita de la vulnerabilidad de los demás para regodearse en su insondable soberbia. Pero déjeme decirle que su conducta tan deplorable solo me ha demostrado que, en este perverso juego, el único gran débil es usted.

El señor Ziff continuaba observándola sin emitir una palabra.

—Debería volver a nacer para comprender los principios básicos de la existencia. Y aunque su cuenta bancaria rebose de ceros, su pobreza interior me abruma y también me da mucho pena,

porque no dudó en hacer oídos sordos a la voluntad de su hijo para satisfacer la suya propia. — Lágrimas de furia y de pérdida desbordaron de los ojos de Renata—. Y eso, señor Ziff, solo significa que, al final de sus días, usted será incapaz de alcanzar la verdadera felicidad y, por ende, se quedará rumiando su desdicha en la más profunda soledad. Gracias por la invitación, pero mi respuesta es no.

Con una inclinación de cabeza, Renata se dirigió a donde Silvia y Kristel la esperaban, pero antes de llegar a ellas, las palabras del padre de Arturo la paralizaron:

—Por favor, Renata, salva a mi hijo.

Capítulo 30

Renata examinaba con curiosidad el lujoso apartamento ubicado en Midtown, una de las zonas más residenciales de Manhattan. A medida que descubría los detalles del sitio donde el señor Ziff la había llevado, entendía cada vez más la reticencia que Arturo había manifestado de revelar su procedencia. Sin ninguna duda, había crecido en un mundo que distaba años luz del de ella, si bien este último era el que les había permitido encontrarse.

«Por favor, salva a mi hijo».

Renata volvía a angustiarse al recordar la frase del señor Ziff. Apenas él la había pronunciado, la desesperación de ella había sido tal, que a los gritos le había exigido una explicación. Como buen viejo zorro, el padre de Arturo conocía la debilidad de sus presas y, en el caso de ella, que la suya era su hijo. Por ende, unas pocas palabras de él habían bastado para que Renata terminase sentada en un señorial vehículo conducido por el mismísimo Ziff.

Al despedirse de Kristel y Silvia, estas habían estallado en un grito, máxime que al día siguiente partirían hacia Ámsterdam.

—*¿Estás loca, Renata? Quizás ese viejo maldito está intentando hacerte alguna trastada.*

—*Voy a arriesgarme, Kris.*

—*Busquemos a Ashley y a Tommy. Él debe de saber algo —había propuesto Silvia.*

—*No tengo tiempo que perder.*

Las chicas habían insistido en acompañarla, pero, ante su negativa, la obligaron a prometer que mantendría el teléfono móvil prendido y que enviaría mensajes cada media hora.

Durante el trayecto en auto, Renata, a pesar de su aflicción, había logrado apreciar el Empire State Building, el quinto edificio más alto de Nueva York y considerado por los ingenieros de Manhattan como una de las siete maravillas de la sociedad moderna. También el Times Square, el distrito del que tanto había leído en las noticias, famoso por los teatros de la calle Broadway. Pero todo eso había perdido interés ante la terrible preocupación que la aquejaba. Todavía rememoraba el diálogo mantenido con el hombre sentado a su lado.

—*Explíqueme qué sucede con Arturo.*

El semblante del señor Ziff se cubrió de desasosiego y su boca permaneció enjuta durante

unos minutos. Las alarmas interiores de Renata estallaron.

—¿No va a hablar? —preguntó frustrada—. Le recuerdo que he aceptado venir con usted solo porque su hijo está en problemas.

El sujeto suspiró y asintió.

—Arthur ha perdido el rumbo, y temo que, de no suceder algo muy pronto, cometa una tragedia.

Un vacío oscuro se instaló en el estómago de Renata y las lágrimas apremiaron.

—Por favor, sea más explícito.

—Luego de aquella noche en el club de Alemania, Arturo retornó conmigo a Nueva York y tomó posesión de la dirección de la mayoría de mis empresas. Me sentía muy satisfecho con su desempeño, e imaginé que sería una cuestión de tiempo que se olvidase de su vida en Holanda y, sobre todo, de ti.

«Miserable», siseó Renata en su interior.

—Para ayudar, le presenté chicas de su edad procedentes de la misma alcurnia y educación que él, pero nada importante prosperó. En ese mismo momento, tú aparecías en la televisión y en las redes sociales con mayor asiduidad, hasta que, en un abrir y cerrar de ojos, explotó tu popularidad y la imagen de tu rostro se instaló en cada rincón de esta ciudad. A partir de entonces, mi hijo comenzó a comportarse como nunca lo había hecho. Podía detener de forma abrupta una charla que estuviese impartiendo a nuestros inversionistas si a través de los ventanales surgía un autobús tapizado con una publicidad sobre ti.

Mientras escuchaba el relato del señor Ziff, las lágrimas de Renata desbordaron. Por lo visto, ella no era la única que había sufrido.

—También lo he pillado en la oficina observando videos sobre ti —prosiguió Ziff—, y en cada ocasión que dedicabas tus conciertos a él, se largaba a llorar.

—Tiene un pañuelo, ¿por favor? —solicitó Renata. Le colaba la nariz y la cara comenzaba a hinchársele del llanto. De uno de los bolsillos de su chaqueta, el hombre extrajo uno y se lo entregó.

—Entonces, Arturo y usted saben que yo...

Renata no completó la frase al ver que el señor Ziff asentía.

—Fui testigo de tu amor por mi hijo en Berlín, y Arturo jamás dudó de tus sentimientos.

Limpiándose la nariz, Renata musitó:

—Continúe.

—Poco a poco, Arturo empezó a beber y a ausentarse del trabajo a causa de las terribles borracheras que se agarraba. Innumerables veces lo amenacé con destruirte si no regresaba, pero él solo respondía con una carcajada. Parecía inmune a mis ultimatos, por lo que me preocupé, dado que mi gran as bajo la manga siempre habías sido tú. Resignado, acepté que mi hijo debía de haberte olvidado y ya vería cómo me las arreglaría para que él se reintegrara a nuestros negocios.

»Pero me equivoqué. Hace un mes lo encontré completamente ebrio sobre la alfombra de su apartamento con una cantidad exorbitante de camisetas y gorras con la famosa leyenda, desparramadas por todos lados.

El sollozo bajo de Renata provocó que el señor Ziff extrajese otro pañuelo, esa vez, de su pantalón.

—Aunque lo peor aconteció dos semanas atrás, cuando hallé a Arturo en su cama con una foto apoyada en su pecho. En ella aparecían tú y él recostados de espaldas sobre unas sábanas, supongo que después de haber hecho el amor, con una expresión sublime de felicidad. Pensando que estaba ebrio, intenté despertarlo, pero, ante su falta de respuesta, me asusté. Desesperado, busqué por todos los rincones de la habitación hasta que debajo de la cama detecté una caja de antidepresivos. Estaba vacía. Lo llevé urgente a una clínica, donde me confirmaron que Arturo había ingerido una sobredosis de pastillas.

El alma de Renata estalló en millones pedazos.

—¡Dígame que está bien! —suplicó con voz quebrada—. ¡Por favor!

—Quédate tranquila. Hace una semana que lo trajimos de la internación.

—¿Está viviendo con ustedes?

El magnate negó con la cabeza.

—Sabes que no nos tolera. Se encuentra en su apartamento con un grupo de gente que contraté. Pero a todo el mundo rehúye y trata mal. Ha perdido muchos kilos y... —El semblante del señor Ziff se recubrió de miedo—. ¡Dios! Temo que mi hijo...

—¡NO! —exclamó Renata limpiándose las lágrimas con el dorso de la mano—. No se atreva a mencionarlo.

Los músculos de la mandíbula masculina se contrajeron.

—La única solución para que Arturo se recupere eres tú, Renata. Por eso te busqué.

Esa confesión conmovió el atormentado corazón de Renata. No estaba segura de ser el remedio para Arturo, pero, de todas formas, ya había tomado una decisión.

—No me moveré de Nueva York hasta que su hijo se haya recuperado.

—¿Y tus compromisos laborales?

—Yo soy mi propia mánager.

—Entonces, si puedo ayudar en algo, pídemelo lo que necesites.

—Por lo pronto, le ruego que mañana temprano envíe a alguien a buscar a mis amigas para trasladarlas al aeropuerto. Yo les avisaré por teléfono para que estén listas. Creo que el vuelo sale cerca de la diez.

—Como tú digas.

El ruido de pasos apresurados interrumpió los pensamientos de Renata y se concentró en la imagen del señor Ziff acercándose hacia ella.

—Te agradezco una vez más por haber venido al apartamento de Arturo, Renata. He hablado

con los empleados y nadie los interrumpirá.

—Gracias, señor Ziff.

—Richard para ti.

—Señor Richard, entonces.

El hombre sonrió.

—Buena suerte, querida.

—¿Se retira?

El padre de Arturo asintió.

—No quiero morir despellejado.

A medida que el hombre se alejaba hacia la puerta, Renata respiró hondo y elevó una oración a Dios. Más que nunca necesitaba de su ayuda.

Capítulo 31

Abrió la puerta despacio. El recinto se hallaba a oscuras y a Renata le costaba distinguir las formas en su interior. Por suerte, no tardó en ubicar el sillón en el que, de acuerdo con el señor Ziff, Arturo pasaba los días sentado como un zombi.

Al ser consciente de que la persona que más amaba se encontraba tan cerca de ella, se le hizo un nudo en la garganta. Aunque el empresario le había asegurado de que su hijo la extrañaba, Renata no podía descartar el hecho de que, en realidad, Arturo añorase sus días como integrante de Arena. Habían pasado muchos meses y lo más probable era que la hubiese olvidado. Si eso era verdad, entonces ¿qué diablos hacía ella ahí? Muy simple. Amaba tanto a Arturo que haría todo lo necesario para ayudarlo.

Con cautela se acercó al sillón hasta distinguir la cabeza gacha con la cabellera oscura y despeinada, y también los hombros caídos, que parecían soportar el peso del mundo sobre ellos.

«¡Dios mío!», se lamentó y contuvo las lágrimas.

—¡Quiero estar solo! —El grito de Arturo la hizo pegar un brinco—. ¡Váyase de aquí!

Escuchar su voz ronca y profunda después de tanto tiempo la conmocionó.

—¿Arturo?

Un silencio se extendió como un manto sobre las paredes de la habitación. Arturo inclinó el cuerpo hacia delante al mismo tiempo que cubría el rostro con sus manos.

—¡Oigo tu voz por todos lados! —gimió.

—Tienes razón, porque estoy aquí.

Un ruido seco advirtió a Renata de que el joven se había movido.

—¡Acérquese! —ordenó furioso—. Si es una nueva broma de mi padre, juro que usted pagará las consecuencias.

Renata suspiró esperanzada al comprobar que el mal carácter de Arturo seguía vigente. Quizá no todo estaba perdido.

Al detenerse frente a él, la luz de un teléfono móvil la alumbró y la encegueció. Se mantuvo quieta durante unos instantes, hasta que comenzó a inquietarse.

—Sé que el vestido es muy pomposo para lo que suelo usar, Art, pero podrás comprobar que no he cambiado el color del pelo ni las pecas han desaparecido de mi cuerpo. ¿Puedes apagar esa maldita cosa, por fa...?

Antes de que pudiese terminar la frase, una sombra enorme se cernió sobre ella. Los brazos de Arturo la envolvieron con todas sus fuerzas y enterró la cara sobre su hombro. Renata cerró los ojos y se aferró a él con la inmensidad de su amor. Intentó reprimir un sollozo, pero cuando oyó la respiración entrecortada, sus lágrimas se desbordaron.

—Dime que no estoy soñando —susurró Arturo sobre su cabello.

—Te juro que no, Art.

Permanecieron unidos durante minutos, tal vez horas. ¡Y se sentía tan bien! Se encontraba en el lugar adecuado, con el hombre adecuado.

De repente, Arturo bufó y se separó dando unos pasos hacia atrás.

—Debes marcharte.

«¿QUÉ?», gritó Renata dentro de sí. ¿Había llegado hasta ahí para escuchar semejante idiotez?

—No. De aquí no me muevo. —Arturo empezó a caminar de un lado a otro como un animal enjaulado—. A propósito, ¿dónde está la llave de luz? No me gusta la oscuridad.

—Mi padre no debe descubrirte. ¡Vete! —exclamó fuera de sí.

—Él me trajo.

Se detuvo de manera brusca y sus ojos transparentes brillaron como dos gemas en la noche.

—¡Dios!

Meneando la cabeza, retomó el movimiento. ¿Pero qué le pasaba a Arturo? Primero, se comportaba como si se hubiese alegrado de verla, pero después daba la sensación de todo lo contrario. Típico de ese cabezota.

—Mira, Art, sabemos bien que el señor Ziff es un grano en el culo, pero si no hubiese aparecido en el hotel donde yo daba una conferencia de prensa, no me hubiese enterado de lo ocurrido contigo. Quiero ayudarte.

Arturo se aproximó y acercó su rostro al de ella.

—No necesito nada de ti, Renata. ¡Solo que te vayas!

—No.

El gruñido de Arturo no la amilanó.

—El señor Richard —prosiguió— me contó algunas cosas que me decidieron a venir. No te pongas terco, como es tu costumbre, y acepta la mano que te tiende alguien que te quiere mucho.

La contempló como si fuese un *alien* hasta que, tironeándose el pelo con los dedos, exhaló el aire de los pulmones.

—Renata, por última vez: te vas por las buenas o por las malas.

—Y yo te repito: ¿puedes prender la luz, por favor?

Gritó cuando Arturo la levantó en brazos y a zancadas se dirigió hacia la puerta. Renata se revolvió como una energúmena y puso tal brío en ello que su carcelero trastabilló. En un remolino de sedas, cayeron despatarrados sobre el sofá, donde forcejearon un rato hasta que él le sostuvo las muñecas por encima de la cabeza. Un pequeño haz de luz que ingresaba por el recoveco de una persiana reveló el semblante de Arturo con mayor detalle. Y Renata se asustó. Había perdido

varios kilos, la piel se veía cenicienta y los ojos le recordaban dos cuencas vacías.

—Arturo, por Dios —suplicó angustiada.

—Renata, ¡ya está bien! ¿No tienes orgullo? ¡Me estás persiguiendo como la más barata de las fulanas! —bramó.

No podía creer que Arturo la tratase de ese modo, aun cuando había sabido que el encuentro no resultaría fácil.

—Jamás te perseguí y tampoco comenzaré a hacerlo ahora. Si estás empeñado en verme así, entonces echarás por tierra la finalidad de este encuentro.

—No necesito de tu clemencia, Renata. Me vanto conmigo mismo.

—¿Para continuar atentando contra tu vida?

Advirtió que tragaba con fuerza.

—¿Él te lo ha contado?

—Si te refieres a tu padre, entonces sí.

—Y tú has aceptado caer en su mezquino juego.

Una furia creciente invadió el pecho de Renata. Contó hasta diez para evitar estamparle un sopapo. Si Arturo osaba dudar de ella, ya se enteraría de lo que era capaz.

—Mira, Art. Si el tonito de tu voz refleja lo que, imagino, tu podrido cerebro está maquinando, entonces ten cuidado, porque te vomitaré encima. ¿Piensas que soy tan arrastrada como para ponerme de acuerdo con el insoportable del señor Ziff?

—Renata...

—¡NO! —bramó dolida. Podía perdonar cualquier cosa a Arturo, salvo que la creyese una embustera—. Déjame decirte que desde hace más de nueve meses la que sufre como una loca por tu abandono soy yo. ¡YO, Arturo! He recorrido medio planeta tratando de olvidarme de ti y de tu cobardía por no haber luchado por lo que teníamos. Y justamente por eso, no voy a permitir que pongas el enorme amor que te tengo y la intencionalidad de mis actos por el suelo. ¡Malvado puercoespín!

Aprovechando la zozobra con que Arturo la observaba, escapó del agarre de sus manos y empujó su pecho varias veces hasta que consiguió apartar el enorme cuerpo de ella. Se levantó como un trombo y, sin saber cómo, dio con la llave de luz. Al iluminarse la habitación, la imagen de Arturo se mostró en toda su magnitud y el corazón de Renata se hizo trizas. El aspecto acabado del hombre al que adoraba hablaba por sí mismo. Sin embargo, Arturo parecía empeñado en permanecer sumergido en esa espantosa locura.

—Si hay algo de lo que estoy orgullosa —continuó mientras se secaba las lágrimas con los dedos—, es mi forma de amar. Porque lo hago por completo, Arturo. Toda yo. Y el destinatario de mi amor constantemente has sido tú. —Aspiró hondo y frunció la boca de la rabia que la ahogaba—. Pero no voy a tolerar que ensucies el recuerdo de lo que murió por culpa de los pleitos entre tu padre y tú.

—Yo...

—¡Déjame culminar! —exclamó—. Porque te gusta autoengañarte, Arturo. El poner en peligro tu vida revela que has emitido un desesperado llamado de auxilio. Uno que, apenas oí, me trajo hasta aquí. Pero no lo hice para atraparte en algún truco raro, como es la especialidad del señor Ziff, sino porque te amo. —Se limpió las mejillas y la nariz con el dorso de la mano—. Pero te aclaro que es la última vez que te lo digo, porque veo que sigues siendo el mismo necio de siempre.

—¿Tenías la esperanza de que fuera distinto esta vez? —preguntó Arturo casi en un susurro.

Renata no respondió de inmediato. Necesitaba ser completamente honesta con su respuesta.

—Quizá sí. Pero era lo último en mi escala de prioridades. Lo que más me importaba era saber que te encontrabas bien y que podrías salir adelante. Pero acabo de descubrir que el verdadero problema no es tu padre, Art, sino tú. No deseas que tu vida cambie. Y frente a esa negativa, nadie puede ayudarte. Tampoco yo.

Agachando la cabeza, se dirigió hacia la puerta. Salió de la habitación y corrió hacia el ascensor. Necesitaba desaparecer lo antes posible, porque cualquier aroma a él la desarmaría. Había creído estar preparada para enfrentarse a Arthur Ziff, su Arturo, pero se había equivocado. Habría luchado a brazo partido si hubiese percibido en él algún indicio de que aceptaría ayuda. Pero escucharlo tan obstinado en continuar con su ceguera terminó por quebrantarla. Ella no era tan fuerte como hubiese deseado, pero al menos era sincera.

El timbre del elevador la calmó y esperó a que las puertas se abrieran. Al ingresar, apoyó la espalda contra la pared de aluminio y perdió la vista en algún lugar del cubículo. Cuando las hojas se cerraban, unas manos se interpusieron en su camino y se abrieron de nuevo. Contuvo el aliento. Arturo la contemplaba sin pestañar.

—¿Se te olvidó humillarme un poco más?

—No, Renata. No —musitó Arturo y apretó el botón de parada. A continuación, se precipitó sobre ella y la besó.

Capítulo 32

Renata ingresó en el país de los ensueños. Los labios gruesos y la lengua ansiosa de Arturo se apoderaron de ella y perdió cualquier atisbo de la realidad. Con un gemido bajo, enredó sus brazos alrededor del cuello masculino y devolvió el beso con las ansias que llevaba acumuladas desde la espantosa noche en Berlín.

Sin embargo, una vocecita molesta en el fondo de su ser le recriminó que eso no era suficiente.

—Arturo... —masculló apartando la boca a regañadientes. Pero él la abrazó como si no tuviese la mínima intención de dejarla ir. La cárcel de músculos y huesos era muy férrea para escapar.

Tomó aire para refrescar sus pensamientos y entender qué ocurría, cuando un sonido le llamó la atención. Al darse cuenta de qué se trataba, el corazón de Renata se inundó de pena. Arturo sollozaba con una congoja tan profunda que las murallas de ella se desmoronaron.

—Dios mío..., ¿qué te han hecho? —balbuceó acariciándole los cabellos y cubriendo su cuello con pequeños besos.

Pero Arturo no contestó. Enredados en un abrazo lleno de palabras que jamás fueron dichas, lloraron como dos niños separados por demasiadas injusticias.

Permanecieron en el interior de ese bendito ascensor durante lo que pareció una eternidad, pero a Renata no le importó, porque ese cuadrado plateado le resultaba el lugar más hermoso del universo para estrechar a su chico con todas sus fuerzas.

De pronto, oír sus narices moquear en medio de la tristeza que los unía le dio a Renata un poco de gracia.

—Ni se te ocurra usar mi pelo como pañuelo —advirtió en un murmullo.

Las sacudidas del cuerpo de Arturo en un principio la asustaron, pero enseguida respiró aliviada al comprobar que se reía.

—Creo que ya es tarde —respondió él con la voz amortiguada por sus guedejas rojizas.

Arturo se apartó con cuidado hasta que sus rostros quedaron a solo unos pocos centímetros de distancia.

—Siento tanto haberte hecho daño, Ren —murmuró con los ojos congestionados, y sacudió la melena que ella tanto había extrañado—. No tuve la intención de provocar este desastre, pero no puedo más. ¡Te juro que no!

Escudriñaba su semblante como si quisiera grabarla para la inmortalidad.

—¿Qué es lo que quieres, Arturo?

—A ti.

—¿Entonces?

—Que tenerte puede ponerte en peligro. Lo sabes bien.

—¡Por supuesto que sí! Pero ¿por qué me retienes ahora? ¿Acaso hay algo que te ha hecho cambiar en un segundo?

Arturo frunció la boca y la contempló con una agonía que atravesó su alma.

—Me siento un verdadero hijo de puta, Ren. Pero cuando vi que desaparecías otra vez de mi vida, entré en pánico y comprendí que era inútil seguir batallando contra lo que siento. Ya no.

Renata no sabía qué decir ni qué hacer, porque él no era claro. O quizá sí. Pero el revuelo de emociones en su pecho no la ayudaban a dilucidar lo que Arturo quería transmitir.

—¿Y que sientes, por Dios?

—Que no puedo vivir sin ti.

—¡Pero si siempre me echas! ¡Y encima entiendes todo mal!

—Te equivocas, Ren. No solo las amenazas de mi padre me obligaban a alejarte, sino también el hecho de que no me sentía merecedor de tu amor.

Los ojos de Renata se abrieron enormes.

—¿Estás loco? ¡Nunca te haría daño!

—Créeme que lo sé. Nunca dudé de tus sentimientos, pero he crecido en un ambiente donde jamás me he sentido amado, y mis inseguridades me alejaron de ti.

—¿Y de repente descubres que puedes contra todo ello?

—Por fin me atrevo a ser por completo sincero. Contigo y conmigo mismo. —Frunció el ceño —. ¿Tienes algún amorío que te espere?

Renata abrió y cerró la boca un par de veces sin pronunciar una palabra.

«Lo voy a matar», se prometió.

—En realidad no tengo uno, sino variosffffmmmmfff.

Tapándole la boca, Arturo le susurró al oído:

—Olvídate de ellos, te lo advierto.

De un sacudón, Renata se liberó y siseó:

—Recién hemos empezado a dialogar, ¿y ya la estás cagando?

Los labios gruesos dibujaron una pequeña sonrisa.

—Estás tan preciosa, Ren. Ese vestido te hace mucha justicia.

Arturo le acarició la mejilla con la palma de la mano, y ella sintió terror de acurrucarse como un gato contra su calor.

—No me halagues, porque estoy bastante cabreada. Además, estás demostrando un terrible grado de bipolaridad y no sé si me hace mucha gracia.

Los dedos masculinos quitaron un mechón de pelo de su rostro y lo colocaron por detrás de la oreja.

—Muero por besarte.

—Y yo porque me expliques mejor lo que está ocurriendo.

Arturo se enderezó y la examinó con detenimiento.

—Retornemos al apartamento, por favor.

Renata asintió y Arturo, luego de destrabar el elevador, la llevó al interior de la vivienda. Se sentaron uno al lado del otro en el sofá. Él le tomó la mano y entrelazó los dedos con los suyos.

—¿No te das cuenta de que, cuando se trata de ti, pierdo la sensatez? Todos estos meses representaron un macabro entierro de mi alma y de mi cuerpo, Ren.

—Pero...

—Ahora déjame culminar tú —gruñó apuntándole con un dedo—. No pretendas que de mi boca salgan palabras bonitas o pensamientos amables. ¡Me conoces! Acabo de regresar de la muerte y tu luz, la que temí perder de nuevo al marcharte por esa puerta, significó recibir una patada en el centro de mis miedos. Estallaron en miles de pedazos y, en su lugar, un deseo irrefrenable de luchar por lo que tuvimos me abrió los ojos.

—Esto parece el relato de una novela, Arturo. Estamos hablando de la realidad.

La expresión en el semblante de él la abrumó.

—He vivido en el infierno, Ren. Creí morir en la oscuridad, salvo por el pequeño soplo de esperanza que me posibilitó mantenerme vivo.

—¿A qué te refieres?

—A tu recuerdo.

—Pero si vi fotos tuyas en las revistas paseándote del brazo de varias mujeres.

El cabello negro al sacudirse de un lado a otro le hizo cosquillas en las mejillas.

—Una fachada.

—No te creo —insistió Renata.

Arturo le envolvió la cintura y, acomodándola sobre su regazo, murmuró:

—Jamás te mentí, Ren. Ni siquiera el día que me fui. —Renata respiró hondo y aceptó que Arturo tenía razón—. A partir de entonces, mi vida se transformó en la que mi padre ideó para mí.

—La contempló con anhelo—. Pero tu sonrisa, tu perfume, tu cuerpo... nunca pude olvidarlos. Menos que menos tu amor.

»Es verdad que al principio intenté desterrar todo aquello que me conectaba a ti para sobrevivir. Me sumergí en mi trabajo y también salí con esas chicas, pero... —al oír cómo se le quebraba la voz, Renata contuvo el aliento— ninguna eras tú.

—Arturo...

—Al volverte tan famosa, todo mi mundo se trastocó. Empecé a seguir cada uno de tus conciertos. Compré toneladas de camisetas y sombreros con la dedicatoria que amenazaba con sacarme de mi maltrecho equilibrio.

—No fue esa mi intención, Art. Solo deseaba que supieras que todavía te amaba.

—¡Y te lo agradezco tanto, Ren! Porque solo tu amor me mantuvo con un resabio de cordura. Yo

me encontraba sumergido en la locura y batallaba contra la dictadura de mi padre. El problema es que él siempre vencía, Ren, y terminé por descuidar mi propia existencia. —Renata gimió con la cara bañada en lágrimas—. Pero verte hoy y darme cuenta de que te perdía otra vez me sacó de mi parálisis interior. —Le aferró el rostro con las manos—. He sido un imbécil, Ren, pero te juro que no volveré a claudicar ante mis temores. He alcanzado el límite del desasosiego y me niego a permanecer en esa macabra oscuridad. Tú y yo conformamos algo único y ha llegado la hora de que salga a defenderlo con todas mis fuerzas.

Renata detuvo la mirada en él con intensidad.

—¿Llegaste al fondo de ti, Art?

Él asintió con los ojos húmedos.

—He caído demasiado bajo, Pequitas.

Escuchar el apodo que él le había puesto le sacudió las entrañas.

—Puede significar el principio de tu gran transformación.

—Es lo que pretendo, Ren, porque estoy dispuesto a recuperarte al precio que sea. ¡Pídeme lo que quieras!

—Que me lo demuestres.

Arturo acercó su boca a la de ella y le acarició los labios con la yema de los dedos.

—Te juro que lo haré, Ren —prometió—. Pero primero te ruego una cosa.

—¿Qué?

—¿Me dejarías besarte?

Capítulo 33

Renata hizo un mohín con la boca.

—Si prometes portarte bien, sí.

No pudo distinguir si sonreía o no, porque enseguida agachó la cabeza y la besó. Al principio lo hizo con cautela, como si tuviese miedo de que ella no fuese real. Pero, poco a poco, los labios de Arturo se convirtieron en el huracán que Renata conocía y que era capaz de destrozar sus resistencias y elevarla al Nirvana.

Arturo movía la cabeza de un lado a otro, como si intentase descubrir el mejor ángulo para degustarla, por lo que Renata abrió grande la boca para que la lengua masculina hiciese estragos con la suya. El gruñido bajo la encendió por completo y Renata supo que, ese día y en ese instante, no podría negar nada al amor de su vida. No tenía la menor idea de lo que el futuro traería aparejado, pero ese momento sería sagrado para los dos.

Se desvistieron a toda prisa, desparramando las prendas sobre el piso. De un movimiento, Arturo se puso de pie y, arrastrando consigo a Renata, la obligó a envolver las piernas alrededor de su cintura. Sin dejar de besarse, él la empotró contra la pared y, a partir de ahí, ambos dieron rienda suelta a lo que llevaban guardado desde hacía una eternidad.

Arturo le aferró una muñeca por encima de su cabeza y la besó con tanta hambre que Renata se imaginó ser el manjar más delicioso para su boca. Con un gruñido, él se separó y, bajando la cabeza, colmó sus senos de lametazos.

—Cómo los extrañé —gimió Arturo succionando como un bebé hambriento uno y otro. Renata arqueó la espalda para una mayor ofrenda.

—Y ellos a ti.

Arturo se llevó dos dedos a la boca y, después de humedecerlos, los apoyó en su cavidad más íntima para colmarla de atenciones. Renata jadeó de placer y, aferrando la polla erguida, la refregó hasta lubricarla como a ella más le gustaba.

—No puedo más —murmuró Arturo y, de un solo movimiento, la penetró. Renata contuvo la respiración. Desde que él la había abandonado, llevó la existencia de una virgen, por lo que sintió un poco de dolor.

—Perdóname, mi amor —lo oyó musitarle al oído.

—¡No te detengas, por favor!

Arturo embistió con mayor fuerza, lo que provocó que la espalda de Renata se deslizase de arriba abajo sobre la pared.

—¡Dios mío, Ren!

Se besaron de nuevo, repletos de ganas y nuevas ilusiones.

—Te lo ruego, Art. ¡Más!

Arturo emitió un leve resuello al girar el cuerpo con ella encima y, poniéndose de rodillas, depositó a Renata sobre la alfombra sin dejar de arremeter con salvajismo.

Como un muerto de hambre, Arturo le aferró la nuca con las manos y le comió la boca. Perdida en esa vorágine, Renata sollozó y abrió más las piernas, lo mismo que su alma.

—Necesito sentirte por completo —avisó él con ansias, y le tomó las pantorrillas, las que calzó sobre sus hombros.

«Me muero», sollozó Renata en silencio.

Arturo continuó a toda marcha acariciándole los pechos inflamados y pesados, que se movían de un lado a otro. Después dedicó atención a sus nalgas. Renata no se quedó atrás y le pellizcó el culo. Ese gesto enardeció a Arturo, quien incrementó el vigor de las embestidas.

Entre gemidos entrecortados, la habitación se llenó de vida.

—No puedo más, Art —avisó Renata.

—¡Ven, mi amor!

Ante sus palabras, Renata alzó las caderas y estalló en un orgasmo que celebró con un potente grito. Por detrás la acompañó Arturo con un bramido ensordecedor.

Rendidos, cayeron en brazos el uno del otro. Sin dejar de mirarse, pasaron un buen rato acariciándose e inhalando profundo. Arturo recorría con las yemas de los dedos sus mejillas hasta que, de pronto, sus ojos verdes volvieron a cuajarse de lágrimas.

—Arturo..., ¿qué te ocurre? —preguntó Renata preocupada.

El sacudió la cabeza y sonrió.

—Simplemente que te amo, Ren.

Capítulo 34

Renata y Arturo pasaron dos días encerrados en la habitación haciendo el amor. No tenían suficiente el uno del otro y lo único que les importaba era disfrutar de la oportunidad que la vida les ofrecía. Habían evitado hablar de los problemas y en su lugar se dedicaron a nutrirse de lo que los unía.

No obstante, a primera hora de la mañana del primer día, Renata se había cerciorado de que el señor Ziff hubiese enviado a alguien a buscar a sus amigas al hotel para trasladarlas al aeropuerto John F. Kennedy. Las había llamado en el preciso momento en que ellas realizaban el *check in*[37] y se sintió aliviada de escucharlas bien, aunque Kristel la había reprendido porque no se había comunicado cada media hora como había prometido. Negada a discutir, Renata hizo una breve explicación de lo acontecido con Arturo y al final les informó de que ella regresaría a *Ámsterdam* en cuanto lo creyese conveniente.

A partir de entonces, el único teléfono que atendieron fue el del propio Arturo cuando los empleados del señor Ziff avisaban que habían dejado las bandejas de comida frente a la puerta de la habitación. No bien Arturo y ella tenían hambre, se levantaban de la cama a buscarlas para acostarse de nuevo y seguir disfrutando de su amor.

—Esto de que te sirvan tantos manjares es bastante entretenido —susurró Renata.

—Es gente de mi padre y no acepto sus servicios. Pero esta vez la situación fue más complicada que de costumbre y no me quedó más que claudicar. Solo será por unos días.

Renata se incorporó y, apoyándose sobre un codo, sostuvo su mejilla con la palma de la mano. Había llegado el momento de indagar un poco más.

—Arturo, ¿por qué llegaste a un extremo tan peligroso como una sobredosis? ¿No intentaste buscar ayuda antes?

El brillo de alegría en los iris verdes desapareció y, en su lugar, se cubrieron de un halo oscuro. Arturo cruzó las manos por debajo de la cabeza y, mirando el techo, comenzó a relatar como si de una letanía se tratase.

—No tienes ni una maldita idea de lo que es ser hijo de Richard Ziff.

—No, pero me imagino que tendrías a tu disposición alguna ayuda psicológica.

—No.

—¿Cómo? —preguntó Renata horrorizada.

—El médico que vino a verme es el íntimo amigo de mi padre. Lo rechacé de cuajo.

—Podrías haber buscado a otro.

—Iba a significar una batalla más contra Richard.

—¿Y tu madre?

Arturo suspiró hondo, negando con la cabeza.

—Se llama Eleonora. Es una mujer que ha vivido bajo el yugo de mi padre durante todo el matrimonio. Sus hijos hemos sido una gran dificultad para ella, porque nunca tuvo el coraje suficiente para enfrentarse a su esposo. Eso provocó que mi madre, con el tiempo, se convirtiese en un ente. A tal punto que la infinidad de amantes de Richard poco le han importado.

Renata escuchaba pasmada el relato de Arturo.

—¿Y dónde se encuentra Eleonora ahora?

—Creo que en Australia de la mano de algún ricachón. Cuando regresé a Nueva York, me enteré de que la semana posterior a que mi padre le solicitase el divorcio, ella abandonó el país. Es muy hermosa, por lo que no le habrá costado encontrar a alguien que la cuide como desea.

—Pero ¿por qué no se separó antes del señor Richard?

Arturo se encogió de hombros.

—Supongo que por comodidad. Richard gozaba de la libertad para hacer lo que se le antojase, y mamá disfrutaba de un estándar de vida que muy pocas mujeres podían alcanzar.

—¡Dios! Tu familia no ha sido muy comprometida a nivel emocional.

Arturo sonrió.

—Tú lo has dicho.

Renata asintió apenada.

—Con respecto a tu padre, sé lo malvado que puede llegar a ser, porque lo viví en carne propia. Pero él fue quien me buscó.

Arturo giró la cabeza para mirarla.

—No confío en él.

—Pues yo lo vi muy turbado y compungido.

—No le creas, Renata. Es la persona más manipuladora que he conocido. Y todos somos las fichas que él emplea para entretenerse en los juegos que inicia de acuerdo con el humor con que se levante. A tal punto, que aquella nefasta noche en Berlín fue capaz de arrebatarme lo único que me ha importado en mi condenada existencia.

—Pero el que decidió irse fuiste tú. Yo habría peleado a la par tuya como queremos hacerlo ahora.

El cuerpo de Arturo rodó y cubrió el de Renata. Sosteniéndose sobre los antebrazos, la miró con intensidad.

—Al único ser de este mundo que yo tenía miedo era a mi padre, Ren. Y cuando amenazó con

tocarte, me volví loco.

—Pero...

—Escúchame bien, Renata. Jamás habría permitido que él te hiciese daño. Y si el precio para que quedaras libre de las garras de ese enfermo era dejarte ir, entonces no lo dudé ni un segundo. —Sacudió la cabeza y exhaló aire por la boca—. Lo que nunca me imaginé fue el infierno en el que caí cuando me di cuenta de que te amaba más que a mi propia vida, pero te había perdido para siempre.

—Dios...

—Como sabes, al principio desoí mis sentimientos por temor a salir corriendo como un desaforado hacia ti. Cada día que iniciaba era un verdadero suplicio. Pero cuando comencé a escuchar tus canciones o verte en algún programa de televisión o en una propaganda, sonreía como un chiquillo. Con el paso del tiempo, tu voz y tu rostro se transformaron en una obsesión y al descubrir tus dedicatorias creí perder el juicio por completo. Ello me llevó a poner en marcha muchos planes descabellados. Intenté todo y más para escapar de Richard e ir tras de ti y observarte aunque fuese desde lejos.

—¿Cómo? —balbuceó Renata.

Arturo asintió.

—Si bien las amenazas no desaparecieron, mi debilidad por ti me impulsó a actuar desde mis peores maquinaciones. El problema radicó en que los espías de mi padre se adelantaban a mis actos y lograban detenerme. La frustración que se instaló en mí fue tan desopilante que llegué a pensar en deshacerme de Richard.

—Arturo, ¡no!

—No voy a negar que la tentación era enorme, pero al final desistí de tamaña locura.

—¡Estás hablando de cometer un crimen aberrante!

—No estoy tan enfermo como para no darme cuenta. Es algo que he desterrado por completo, no te preocupes.

—Virgen santa...

—La última vez que intenté escapar fue durante tu primer concierto en Nueva York, donde frente a tu público pronunciaste unas palabras que no olvidaré durante el resto de mis días. Sabía que te referías a mí y a nuestra relación. Lo que dijiste sacudió mi alma y decidí fugarme una vez más para tratar de verte aunque solo fuesen unos minutos. Estuve a punto de conseguirlo, pero por culpa de un maldito descuido, volvieron a atraparme. Cuando me enfrenté al hecho de que había perdido otra vez, claudiqué. Y ya sabes lo que pasó.

Compungida, Renata apartó un mechón de cabello que caía sobre un ojo de Arturo.

—¿Entonces la sobredosis que tomaste fue por culpa mía?

Arturo endureció su expresión.

—¡Ni se te ocurra pensar en una cosa así, Renata! Tú no tienes nada que ver con mis decisiones ni con la responsabilidad de mis actos.

Renata suspiró y aceptó que Arturo tenía razón. El sentirse culpable no ayudaría en nada a lo que estaban tratando de salvar con uñas y dientes.

—¿Has estado encerrado aquí como en una cárcel? —susurró.

—Sí.

—¿No tenías libertad para ir y venir?

—No.

—¿Ni siquiera para buscar tu propio psicólogo?

—He estado vigilado todo el tiempo.

—¡Pero ibas a fiestas!

—Con los guardaespaldas contratados por mi padre.

Renata abrió los ojos aún más grandes, espeluznada.

—Te juro que si no pensase que el señor Richard, por fin, ha entendido, iría a buscarlo para darle una buena patada en los huevos.

En medio de una carcajada baja, Arturo la estrechó entre sus brazos y, poniéndose de espaldas, la colocó encima de su pecho.

—No te ilusiones con él, mi amor —advirtió aferrando sus mejillas con las manos.

—Está bien. Pero deseo dejar una cosa bien en clara, Art.

—Dime.

—De aquí en más, no importa qué ocurra, jamás vuelvas a permitir que algo o alguien atente contra tu vida. Ni siquiera tú. No lo mereces y yo tampoco.

Arturo inhaló profundo y cerró los párpados. Al abrirlos, sus iris reflejaron lo que a Renata le pareció comprensión.

—Te lo prometo, Ren.

Capítulo 35

— *¡Aún sigo cabreada porque no cumpliste con tu promesa de llamarnos cada media hora, Renata! ¡Menudo susto nos pegamos esa última noche en Nueva York!*

La que gritaba a través del teléfono era Kristel, apoyada por el coro de voces del resto de sus amigas.

—Lo sé, Kris, pero ocurrieron tantas cosas en un rato que me sentía muy aturdida.

La risotada de Silvia estalló en sus oídos.

—*Lo importantes es que Renatita se encuentra bien. A propósito, ¿está ese papacho contigo de nuevo?*

—Antes de responder quiero que me expliquen bien si la gente del señor Richard las trató como corresponde.

—*Envió un coche que era puro lujo —contestó Silvia—, y el chofer, de nombre Dmitry, resultó ser un adonis enorme y delicioso con una cabellera más rubia que la mía. Nos trasladó al aeropuerto con champagne y canapés. ¡Una maravilla!*

—*Sil quiere decir que el muy hijo de puta del padre de Arturo no se mandó ninguna maldad, Ren* —aclaró Kristel.

—*La última vez nos dijiste que regresarías cuando lo creyeses oportuno. ¿Tienes una somera idea de cuándo será?*

La vocecita de Ashley delataba que la extrañaba. Y ella también lo hacía. A las tres. Pero su relación con Arturo comenzaba a tener posibilidades y se había convertido en su gran prioridad. A veces, temía que Arturo volviese a echarse atrás, pero desde que le había confesado que la amaba y que haría todo para recuperarla, no había hecho otra cosa más que demostrárselo, como ella misma le había pedido. Y la tranquilizaba. Además, Arturo la amaba desde mucho antes, aunque él no lo hubiese sabido, por lo que Renata se sentía dispuesta a creer en sus sentimientos. Y sonreía como una boba.

—Te juro que no lo sé, Ash. A propósito, ¿qué pasó con Tommy?

—*Hablamos. Pero no estoy segura.*

—*¿A qué te refieres?*

—*Él quiere intentarlo, pero yo... necesito tiempo.*

Renata suspiró. Esperaba que Timo no fuese el motivo de esa falta de decisión. Tommy babeaba

por Ashley y estaba segura de que lucharía por ella.

—No puedes pretender que te espere para siempre.

—*Tampoco es mi intención.*

En ese segundo, la voz inquieta de Kristel las interrumpió.

—*Y tus conciertos, ¿cielo?*

Renata sonrió. Su amiga deportista no toleraba demasiado los dramas amorosos. Y quizás era mejor que hubiese cambiado de tema, porque Ashley no estaba lista para un interrogatorio.

—Tenía algunos compromisos en Bélgica, pero los postergué hasta nuevo aviso. Los organizadores se mostraron bastante molestos, pero no les quedó otra cosa más que aceptar.

—*¿Te has comunicado con Camilla y Barend?*

—Sí, aunque mentí en forma piadosa al decirles que estaban surgiendo nuevos contratos musicales en Nueva York que me tenían muy entretenida.

—*Tu mamá sospechará.*

—Pienso lo mismo que tú, Ash.

Conocía a su madre y su suspicacia, pero estaba segura de que sería la primera en apoyar sus decisiones cuando supiese de las circunstancias que la llevaron a tomarlas. De todas maneras, no quería preocupar más a sus padres, por lo que no abriría la boca por el momento.

—*Vuelve cuando arregles las cosas con ese pedazo de masculinidad.*

—*Sil...* —protestó Kristel.

—*Ya sé que Arturo pertenece a nuestra Ren, chicas, quédense tranquilas. ¿No es así, tesoro? Y para que sepan, Adonis me dio su teléfono y ha prometido venir a visitarme.*

—*¿Cómo?* —profirió Renata—. ¡No paras de acumular pretendientes!

La risa de Silvia resultó contagiosa porque, de repente, las cuatro reían con ganas.

—*Aún no me has respondido a mi pregunta* —se quejó Silvia.

Renata inhaló profundo.

—*Arturo quiere que empecemos una relación seria.*

Un griterío estridente la obligó a apartar la oreja del teléfono hasta que las voces se calmaron.

—*¡Cuéntanos, por Dios!* —advirtió Kristel.

En la próxima media hora, Renata explicó en profundidad lo acaecido entre Arturo y ella, así como las vicisitudes con el padre y los hombres de él. Las tres permanecían tan calladas que más de una vez Renata temió que no siguiesen en línea. Cuando culminó la historia, el silencio persistió latente durante un rato, hasta que la voz de Ashley lo quebró:

—*Las cartas, Ren. Ellas te avisaron de todo esto.*

Renata exhaló el aire de los pulmones.

—*Me alegra saber que no se habían equivocado.*

—*Y a mí, que le hayas dado esta oportunidad a Arturo.*

—*¡Ese viejo es un crápula!* —chilló Kristel.

—*Y Nina, ¿no lo mantiene entretenido como para que pare de hacer maldades?*

—Hablé con ella hace poco, Sil, y me dio a entender que su matrimonio con el señor Richard no iba sobre rieles.

—*¡Pero si son tal para cual!* —gruñó Kristel—. *A propósito, ¿te has cruzado con el vejestorio de nuevo?*

—No he vuelto a verlo desde la noche que me trajo al apartamento de Arturo.

—*¿Has compartido con tu chico todos estos días?*

—Sí, Sil. Arturo envió de inmediato a uno de sus empleados a traer mis valijas del hotel.

—*¡Wow! No quiere desprenderse de ti* —señaló Kristel—. *Pero dime, tesoro, padre e hijo, ¿han dialogado?*

Renata comprendía el interrogatorio de sus amigas, pero no estaba al tanto de mucho más. Desde que Arturo y ella habían abandonado la habitación después de hacer el amor como dos insaciables, Arturo había hablado una sola vez con el señor Ziff para dejar en claro de que no le permitiría acercarse a ella.

—Solo por teléfono.

—*¿Por qué ustedes dos no se van de ahí y regresan a Holanda?*

—No hemos conversado al respecto, Kris.

—*Pero dentro de poco tendrán que tomar una decisión* —acotó Ashley.

—Lo único que es prioritario para mí es que Arturo y yo afiancemos nuestro vínculo. Lo demás vendrá por añadidura.

—*¡Ren tiene razón!* —profirió Silvia—. *Demasiado dolor ha habido en esta historia y ahora que los tortolitos se han reencontrado, deben disfrutarse.*

—*Cuenta con nosotras* —aseguró Ashley.

—*Si no queda otra alternativa...*

La voz renuente de la sobreprotectora de Kristel provocó que Renata emitiese una suave risotada. Y exclamó:

—*¡Las quiero!*

Capítulo 36

—Art.

—Hum... —ronroneó él contra su cuello.

Arturo la besaba con tanta ternura que Renata gimió echando la cabeza hacia atrás. Su boca era diestra y se detenía en los puntos sensibles que la hacían entrar en ignición. Primero, habían sido los párpados y, luego, la oreja, donde la lengua húmeda hizo malabarismos en su interior y arrancó varios gemidos de su garganta. De ahí bajó a la clavícula y, al final, a los pechos.

—Voy a llenarlos de atenciones —murmuró Arturo sobre un pezón antes de degustarlo como a un caramelo.

Renata gimió y curvó la espalda. El ruido de la boca golosa enardeció su bajo vientre y supo que, de no hacer algo, llegaría al orgasmo sin que su amante disfrutase de un poco más. Envalentonada, lo empujó contra las sábanas y se colocó a horcajadas sobre él. El hambre con el que Arturo la escudriñó le cortó el aliento. Conocía el vigor sexual de su chico e imaginarse lo que vendría a continuación la exaltó. Como una gata mimosa, se inclinó hacia delante y colmó de besos el pecho fornido a la vez que deslizaba las manos hacia los muslos.

—Si no te cuidas —advirtió Arturo entre gemidos de placer—, voy a devorarte de verdad.

Renata rio y, levantando las caderas, se desplazó hacia abajo sin dejar de acariciarle las piernas con las uñas. Se llevó a la boca el miembro grueso y mojado que, ansioso, esperaba por ella. Lo saboreó a lo largo y a lo ancho, fascinada por la textura de la piel y la calidez que emitía. Al oír los sollozos de deleite de Arturo, la intimidad de Renata se mojó entera. Disfrutaba del poder femenino que esos encuentros suscitaban. Y cuando la respiración de él se volvió más profunda, apartó la boca para tomar el miembro engrosado con la mano.

—Por Dios, Ren. Me tienes a tus pies.

Con un brillo felino en la mirada, Renata se irguió y, colocando la polla a la entrada de su intimidad, bajó el cuerpo con cuidado. Arturo la recibió elevando las caderas y llenándose las manos con sus pechos inflamados de caricias.

—Espacio, Art.

—Sh —susurró él sin dejar de mimarla—. Tranquila, mi amor.

Cuando colmó su interior, Renata sonrió. Y ese gesto fue la señal que Arturo necesitaba para sostenerla de las caderas y embestir con mayor brío.

—Te estoy haciendo por completo mía, Pequitas.

Chorreando de sudor, Renata estiró el cuerpo hacia atrás hasta apoyar las manos sobre las rodillas de él. Se mantuvo en esa posición durante un buen rato, hasta que Arturo, envolviendo un brazo alrededor de su cintura, incorporó el torso para llevarse a la boca uno de los senos que bailoteaban frente a él.

—Te amo, Ren —jadeó sin dejar de arremeter con todas sus fuerzas.

—Y yo a ti.

Los quejidos de placer repercutían por toda la habitación hasta que Arturo se apoderó de los labios de Renata. Se besaron con locura en medio de un tironeo de mechones rojos y negros. De un movimiento, Arturo colocó el cuerpo de Renata debajo del suyo y se miraron como hipnotizados. Hasta que la joven balbuceó:

—El que ahora es mío eres tú, Art.

—Para siempre —musitó él cerrando los párpados y apoderándose de su boca una vez más.

Las acometidas prosiguieron hasta que los dos, gritando a viva voz, alcanzaron el clímax al mismo tiempo.

Arturo cayó rendido sobre el pecho de Renata, con los ojos soñolientos y la boca entreabierta. Con suma ternura, ella jugó con las hebras mojadas que se enredaban entre sus dedos.

—Si llegase el fin del mundo, Ren, juro por Dios que me importaría un carajo.

La carcajada de ella provocó que Arturo levantara la cabeza y la mirase con una sonrisa deslumbrante.

—¿Nos mudamos juntos, Pequitas?

Los iris de Renata refulgieron como dos monedas de oro.

—Estás bromeando y sabes que no me gusta.

Arturo sacudió la cabeza de un lado a otro.

—Es la verdad.

—Pero...

Los brazos fuertes se entrelazaron por detrás de su cuello para acercar su rostro al de él.

—Te amo con toda mi alma, Ren. Y no quiero separarme nunca más de ti.

—Yo tampoco, amor. Pero ¿dónde viviríamos?

—Donde tú te sientas mejor.

Lo miró con atención.

—¿Hablas en serio?

—¡Claro!

—Y tú, ¿qué harías?

—Si me permites, me gustaría continuar a tu lado con Arena. Pero si prefieres seguir como solista, no hay inconveniente. Puedo ser tu mánager o bien iniciar un negocio por mi cuenta.

La boca de Renata se extendió de un lado a otro de la cara y, un segundo después, su cuerpo se abalanzó sobre el de Arturo.

—¡Por supuesto que quiero que resucitemos a Arena!

Lo llenó de besos en tanto Arturo se echaba a reír.

—Podrías continuar con tu carrera como solista en forma paralela, Ren.

—¡No! Tú y yo hemos decidido estar juntos, así que nada me gustaría más que reflejar nuestro amor en las canciones que ejecutemos con nuestro dúo. ¡Me haces la mujer más feliz del planeta!

Como dos adolescentes, jugaron en la cama celebrando el inicio de un futuro promisorio hasta que, exhaustos, culminaron enredados en un abrazo.

—Cuéntame dónde te gustaría que viviésemos.

—No sé, Art. Yo tengo mi familia, mis amigas y mis trabajos en Gouda.

—Entonces partiremos hacia allí.

—Espera un poco —exclamó Renata—. Lo justo es que hagamos lo que es adecuado para los dos.

Arturo le besó la punta de la nariz con dulzura.

—¿Qué opinas si empezamos yendo a ver a tu familia para contarle lo que nos sucedió?

Renata no pudo contener las lágrimas y sonrió como una niña con juguete nuevo.

—Dios mío, sí. Pero quizás estamos siendo demasiado crédulos. ¿Qué pasará con tu padre? ¿Crees que cederá tan fácil luego de todas las maldades que ha hecho?

El semblante de Arturo se endureció.

—Te he explicado que esta vez no permitiré que nadie nos separe. Por lo tanto, no me importa lo que opine ni lo que haga. Tú y yo saldremos hacia Holanda de inmediato.

Lo observó pensativa.

—Si bien el señor Ziff ha cambiado de parecer respecto a mí, Art, no es ninguna garantía de que acceda a que salgamos del país. Él ha demostrado lo terco e inhumano que puede llegar a ser, y sus hombres pueden estar ahí fuera vigilándonos.

—¿Ahora la que tiene miedo eres tú?

Sacudió la cabeza de un lado.

—Entonces preparemos las valijas.

Una sonrisa deslumbrante inundó el rostro de Renata.

—¡Te amo, Art! ¡Te amo!

Capítulo 37

Renata cerraba la última valija entretanto Arturo, sentado en la pequeña oficina de su apartamento, intentaba comprar los billetes aéreos con destino a Ámsterdam. Su chico le había informado que el aeropuerto internacional quedaba a veinte kilómetros de Manhattan, por lo que el viaje en coche no insumiría mucho tiempo.

Con una sonrisa en la boca, oyó a la impresora ponerse en movimiento.

«Los ha conseguido», pensó, y su corazón rebotó de felicidad.

El ruido del timbre la sacó de su embeleso y se dirigió hacia el comedor, donde Arturo se había adelantado y abrió la puerta. Unas voces masculinas que Renata desconocía la hicieron temblar, y, cuando se acercó, divisó a tres hombres vestidos de negro, uno de ellos de aspecto eslavo con el cabello rubio casi blanco.

—Hola —saludó Renata con una sonrisa, como si se tratasen de viejos amigos. Necesitaba aparentar que no la amedrentaban.

Los sujetos inclinaron las cabezas sin emitir una palabra.

—Renata, por favor, termina el equipaje —solicitó Arturo con gravedad—. Apenas finalice de hablar con estos señores, me uniré a ti.

—Tengo todo listo, mi amor. ¿Y quiénes son ustedes?

El gorila rubio se adelantó a los demás.

—Me llamo Dmitry Záitsev.

Renata recordó enseguida que ese era el nombre que Silvia había mencionado cuando habían hablado por teléfono haciendo referencia al chofer del señor Ziff. Lo había descrito como un individuo corpulento y con una cabellera muy rubia, lo cual correspondía a la imagen del tipo parado delante de ella. A su presentación siguió la de los otros dos acompañantes.

—Encantada. Soy Renata.

—Por favor, Ren, ¿puedes dejarnos solos? —insistió Arturo.

—Me gustaría quedarme.

Antes de que Arturo pudiese responder, uno de los empleados del señor Ziff allanó el camino de la discusión.

—Joven Arthur, su padre desea mantener una charla privada con usted.

—Dile de mi parte que puede irse al mismísimo...

—Arturo, ¿puedes venir un momento? —lo interrumpió Renata sabiendo que, si no lo evitaba, su novio estallaría como un petardo, lo cual no ayudaría en nada a sus planes. Lo tomó del brazo y tironeó de él—. Tan solo un minuto.

Sin apartar la vista de los recién llegados, Arturo siguió a Renata hacia un costado.

—No reacciones como el señor Richard desea —señaló en voz baja para que no la escuchasen. Arturo exhaló el aire de los pulmones.

—Quería evitarte esta circunstancia, Ren.

—¿A qué te refieres?

—A mi enfrentamiento definitivo con mi padre.

—¡Hagámoslo juntos!

—¡NO! —exclamó Arturo espantado.

—No me dejes afuera. Soy tu pareja ahora.

Arturo cerró los ojos y, aspirando muy hondo, echó la cabeza hacia atrás. Renata le tomó el rostro con las manos para obligarlo a mirarla.

—Te amo, Art. Y si tú sientes lo mismo que yo, entonces deberemos hacer frente a los obstáculos que se nos presenten en el camino en forma conjunta.

—No quiero exponerte a él de nuevo. ¿Te diste cuenta de que nada más imprimir los billetes aéreos esos tipejos ya estaban aquí? Tenías razón. Como de costumbre, mi padre me tiene vigilado.

—Confía en mí. —No bien dijo eso, las manos de Arturo le envolvieron las muñecas con ternura y su mirada reveló el dilema en el que se encontraba. Pero Renata no estaba dispuesta a rendirse, por lo que puso todo su empeño en las siguientes palabras—: Por favor.

Ante su ruego, la tensión en la musculatura del cuerpo de Arturo cedió un poco, y el corazón de Renata brincó sabiendo lo que eso significaba. Su novio había tomado una decisión.

—Vamos a por él, Pequitas.

Capítulo 38

La boca de Renata permanecía abierta como una gigantesca letra o.

Desde que Arturo y ella habían arribado al *penthouse*[38] del señor Ziff, ubicado en un exclusivo edificio de la isla, no podía dar crédito a la majestuosidad que se alzaba delante de sus ojos. Jamás había subido setenta pisos en un elevador y la experiencia había resultado impactante. Gracias a la cabina vidriada, había contemplado las abarrotadas calles de Nueva York y también parte de los lagos artificiales del fascinante Central Park.

Apoltronados en un sofá, Renata se entretenía examinando el comedor, que le recordaba al famoso palacio de Versalles. El techo estaba cubierto de pinturas al óleo que reproducían escenas mitológicas griegas, y en el centro colgaba una gigantesca lámpara de araña, fabricada en oro, con infinidad de caireles.

Delante de ellos destacaban otros dos sofás de color coral claro y de forma semicircular, repletos de almohadones naranjas y blancos. A su alrededor se distribuía un juego de sillas estilo Luis XVI. Pero lo más impactante para Renata fue constatar que el techo, no bien las pinturas acababan, se transformaba en una extensa placa de oro.

Para completar la majestuosidad del ambiente, se apreciaba una mesa redonda de vidrio con pedestal de mármol, rodeada de sillas del mismo estilo que las anteriores y de jarrones de pie bañados en oro. Renata apreció el colorido del lugar, el cual contrastaba con la imagen fría y déspota que caracterizaba al señor Ziff, a excepción de la última vez que lo había visto.

Cuando iba a preguntarle a Arturo si los cristales de la imponente araña eran de diamante, un carraspeo llamó su atención. Se permitió echar una ojeada a los dos guardaespaldas apostados en la entrada de la vivienda, tiesos como dos muñecos de cera. Frunció el ceño al pensar en que ellos representaban el insultante control que el señor Ziff ejercía sobre su hijo. Incluso luego de los recientes acontecimientos.

El sonido de una puerta al abrirse detuvo los pensamientos de Renata. De inmediato se encontró con el padre de Arturo, que se acercaba hacia ellos con pasos seguros.

—Buenas tardes, hijo —saludó con amabilidad, y a continuación dirigió los ojos hacia ella—. Renata.

Era la primera vez que contemplaba a padre e hijo juntos después del cruento enfrentamiento en Alemania. Y Renata no tuvo dudas de que el actual semblante de Arturo revelaba un mayor

resentimiento que en aquella oportunidad.

Renata amagó con levantarse para devolver el saludo, pero la mano de su novio la obligó a quedarse sentada.

—Arturo...

—No te preocupes, Renata —aseguró el magnate con una leve sonrisa—. Hace mucho que las cosas son así en esta familia.

Renata empalideció. Si bien el empresario era un maldito, ella había sido educada por Camilla y Barend con la convicción de que a nadie debía negársele el saludo. Pero ese día, Arturo y ella habían decidido ser un equipo y no lo iba a defraudar.

—Buenas tardes, señor Richard.

—Padre.

La voz grave de Arturo le erizó la piel, pero el señor Ziff, aparentemente inmune a ella, se dirigió hacia un bar.

—¿Qué deseas tomar, querida?

—Le agradecería un refresco.

—Por supuesto. ¿Me acompañas con un *whisky*, Arthur?

—No, gracias.

El señor Ziff emitió una mueca de sorpresa, pero no se detuvo. Sirvió una limonada para ella, y para él, el líquido ambarino que acompañó con dos cubos de hielo. Extendió el vaso hacia Renata y, con una leve sonrisa, se acomodó en una de las confortables sillas frente a ellos.

—Me he enterado de que parten hacia el extranjero —apuntó.

La carcajada baja de Arturo alarmó a Renata.

—Mejor dicho, tus matones te lo habrán informado.

Renata pateó la pierna de Arturo, pero este parecía ajeno a cualquier cosa que no fuese Richard Ziff. En el rostro del potentado afloró una enorme sonrisa de dientes blancos de dentista.

—No quiero que haya malentendidos entre nosotros, Arthur.

—¿Qué es lo que deseas, padre?

Si el brillo de una mirada pudiese partir a alguien por la mitad, Renata estaba segura de que el señor Ziff no habría tenido escapatoria. Pero en vez de responder a su hijo, el hombre clavó la vista en ella.

—Sabes muy bien que si te busqué, Renata, es porque he aceptado tu presencia en la vida de Arthur.

—En realidad, supuse que usted habría comprendido que no puede digitar la vida de la gente, señor Richard.

Arturo se incorporó del asiento.

—Deja en paz a Renata —gruñó—. Y repito la pregunta: ¿qué quieres?

El hombre sacudió el vaso, y el característico sonido del hielo al chocar con el vidrio tensó a Renata. Cuando Richard Ziff elucubraba algo, podía significar el fin del mundo.

—¿Por qué viajan hacia Ámsterdam?

Arturo se acercó a su padre como un león al acecho de su presa.

—¿Te has atrevido a controlar nuestros billetes aéreos? ¿Por eso tus subordinados aparecieron no bien los compré?

—Controla tus modales, Arthur.

—¡Me importa un bledo! ¡No quiero que nos persigas más!

—Señor Richard —susurró Renata, lo que valió que su novio la escrutase con el ceño fruncido. No sabía si hacía bien, pero estaba segura de que la verdad siempre era la mejor consejera—. Arturo y yo hemos decidido vivir juntos y viajábamos a mi país para contárselo a mi familia.

El señor Ziff empinó el vaso y, vaciando el contenido de un solo trago, se puso de pie.

—¿Dónde vivirán?

—No te importa.

—No lo hemos decidido —respondieron Arturo y ella al mismo tiempo.

El señor Ziff continuó con su atención sobre Renata.

—Arthur maneja la mayoría de mis empresas.

—Renata, no contestes —exclamó su novio. Ella asintió—. No mientas, padre. Hace varios meses que he dejado de hacerlo.

—Pero pronto regresarás a tu trabajo, máxime que Renata está aquí.

Arturo puso los ojos en blanco.

—¿Cuándo registrarás el hecho de que todo lo concerniente a tu dinero es lo último que me importa?

—¡No puedes abandonar el legado de nuestra familia!

—No soy tu único hijo.

—Pero eres el mayor.

Renata, absorta, sacudió la cabeza de un lado a otro.

—Vivimos en el siglo XXI, señor Richard.

—Es la tradición de nuestra familia, Renata. Además, Arthur es la persona más inteligente que conozco. Tiene un olfato único para detectar las empresas que están a punto de quebrar y que yo puedo comprar.

—¿De eso se trata?

—Y si no, ¿de qué otra cosa, querida? El éxito de la familia traerá mayor prosperidad para todos, inclusive ustedes y sus hijos.

Arturo negó con énfasis.

—No deseo formar parte del negocio familiar.

El señor Ziff apoyó con fuerza el vaso sobre la mesa.

—¡Ansiabas a Renata! —protestó—. Ahí la tienes. ¡Has ganado!

—¡NO! —gritó el joven con la garganta marcada por los tendones—. Amo a Renata con todo mi ser, pero tienes que entender que, aunque no hubiese recibido la enorme bendición de recuperar

su amor, te repetiría hasta el cansancio lo mismo que ahora: no voy a retornar a tus compañías, padre. Solo me interesa mantener la relación con la familia, si es que todavía existe algo por rescatar.

El amable semblante del señor Ziff se transformó en uno donde se advertía que perdería los estribos en cualquier momento.

—¿He gastado una fortuna en prepararte para nada, Arthur? Te eduqué con la convicción de que este sería tu camino.

Arturo, rojo de ira, lo señaló con el dedo.

—Ese camino es el que te encargaste de trazar con tu egoísta visión de las cosas. Pero no me pertenece. Sabes que amo la música.

El magnate estalló en una carcajada.

—No me dirás que malgastarás tu vida por detrás de unos pocos años de fama. ¡Por Dios! ¿Qué estás diciendo?

—Que mi realización no va de la mano con la tuya. Y tarde o temprano deberás aceptarlo.

—No lo consentiré.

Padre e hijo se miraron como dos fieras a punto de destrozarse.

—Señor Richard, disculpe —intervino Renata. Era consciente de que Arturo necesitaba posicionarse frente a su progenitor, pero temía un desenlace fatal—. Por una sola vez, ¿podría dejar de pensar en usted y ponerse en los zapatos de su hijo?

—Lo estoy haciendo, créeme.

Renata meneó la cabeza.

—Arturo y yo queremos estar juntos y deseamos llevar a cabo nuestros sueños.

—Y yo quiero ayudar.

—¿De esta manera?

El señor Ziff apartó la atención de Arturo y se concentró en ella.

—No voy a tolerar que un Ziff ande por el mundo a la deriva y pretenda ganarse la vida con alguna que otra canción de la mano de su violonchelo. ¿Y mis nietos? ¿Debo aceptar que crezcan bajo una educación nómada y desprejuiciada? No te equivoques, Renata. Los niños necesitan estabilidad.

—Sí, y padres que los comprendan. ¿Lo ocurrido con Arturo no ha sido suficiente para usted?

El sujeto se encogió de hombros.

—Fue una locura pasajera. Además, ya tiene la medicina: tú.

El corazón de Renata se encogió de amargura, porque las palabras de ese hombre revelaban la clase de hogar en el que Arturo había crecido.

—¿Y usted cree que una persona puede suplir las carencias de otra? Quizá consiga ayudar, pero no sanar el problema de raíz.

—Que, según tú, ¿cuál es?

—Su falta de amor, señor Richard.

Las fosas nasales del empresario se abrieron grandes.

—¿Estás cuestionando lo que mi hijo significa para mí?

—Sí.

—No te lo permito.

Con pasos pesados, Arturo se acercó a su padre en forma intimidante.

—No te atrevas a hablarle de ese modo —siseó—. Y para poner punto final a esta conversación, voy a aclararte que, a partir de este instante, el único vínculo que existirá entre tú y yo será el que podamos mantener como padre e hijo. El más sagrado, aunque a ti parezca no alcanzarte.

—No autorizaré que te vayas.

La voz de Arturo se redujo varios tonos.

—Tienes a mis hermanos. Douglas seguiría tus pasos con enorme alegría.

—No es el primogénito. Tampoco cuenta con tu inteligencia.

—¡No le has dado la oportunidad de demostrarla!

El señor Ziff arqueó las cejas y alzó el labio superior en señal de fastidio.

—Sé lo que es mejor para tu futuro, Arthur. ¡Por Dios! ¿Serás un musiquito de morondanga dando conciertos por ahí?

—Sí.

—¡Estás loco! ¿Y qué tiene Holanda que no tenga Estados Unidos?

—Pienso pasar el resto de mis días al lado de Renata. Y su país es una buena opción para comenzar.

La mandíbula del señor Ziff se cuadró.

—Te desheredaré, Arthur. No recibirás ni un centavo de mi patrimonio.

—No me importa.

—¿Estás dispuesto a renunciar a miles de millones de dólares por esta muchacha? —preguntó con sorna señalando a Renata.

—Sí. Y te advertí que la trates con respeto. Si no lo haces, te daré un puñetazo.

—Arturo, por favor —susurró Renata, apenada por el resentimiento que existía entre dos varones que deberían amarse.

Frente al pedido de Renata, Arturo tomó su mano.

—No voy a discutir más contigo sobre nuestro porvenir, padre. Mi novia y yo nos retiramos.

Camino hacia la puerta, el grito del señor Ziff hizo vibrar los ventanales.

—¡La custodia impedirá que te vayas!

Arturo detuvo la marcha y lo mismo hizo Renata. Con un suspiro, el joven se volvió hacia el hombre mayor.

—Lucharé como nunca me has visto hacerlo. Se terminó el miedo y el sometimiento que yo mismo consentí ejercieras sobre mí. Renata y yo forjaremos nuestro futuro de la manera que deseamos, porque juntos somos fuertes. Y te advierto que no permitiré que atentes contra nosotros

otra vez. Se acabó.

—No podrás con mi poder.

—Señor Richard, permítame explicarle una cosa.

La voz de Renata detuvo la lucha entre los dos combatientes. Cuando el señor Ziff asintió, Renata inhaló profundo, consciente de que debía ordenar bien sus ideas antes de hablar.

—Usted ha experimentado en carne propia lo que un padre jamás debería enfrentar: ver a su hijo internado en una clínica por haber tratado de escapar de la cárcel impuesta por su tiranía y desmedida ambición.

—No es así...

—Por favor, no me interrumpa.

Con una mueca de rabia en la boca, el señor Ziff aceptó.

—Sin embargo —prosiguió—, como a su empobrecido corazón ese hecho parece no bastarle, voy a recurrir a la misma lógica que usted emplea.

—¿Qué insinúas, muchacha?

Renata sonrió apenas.

—Soy muy famosa, señor Richard. Y aunque solo Dios sabe durante cuánto tiempo mi popularidad permanecerá vigente en el mundo, no vacilaré en hacer uso de ella si las circunstancias así lo exigen. Lo que intento aclarar es que gozo del enorme privilegio de contar con un público que me escucha. Por eso, le advierto que si usted intenta hacernos más daño, acudiré a la gente.

—¿Crees que a alguien le importará saber lo que tú digas sobre mí?

Los ojos de Renata se volvieron dos líneas azules.

—Mi frase dedicada a su hijo se ha extendido en un santiamén hasta el rincón más apartado del planeta. No sé cómo ni por qué, pero sucedió. Entonces, imagínese de lo que soy capaz de llevar a cabo si el objetivo es cuidar de su hijo.

Una calidez inusitada ascendió por su espalda cuando Arturo la observó con ternura.

—No serías capaz —siseó el señor Ziff.

Renata frunció el entrecejo.

—No dudaré en poner su nombre en boca de todos como el ser más insensible y macabro que existe. Y créame, millones de hombres y mujeres se enterarán de la clase de monstruo que el famoso empresario Richard Ziff es. Uno capaz de destruir a su hijo con tal de preservar sus propios intereses.

A Renata no le pasó desapercibida la terrible cólera que se apoderó de las mejillas del hombre parado frente a ellos. Pero las siguientes palabras de Arturo provocaron que empalidecieran otra vez.

—Tengo a alguien esperando por conocer el resultado de esta conversación, padre. Si continuas con tus rabietas, entonces las haremos públicas.

—¿Estás grabando este encuentro? —preguntó el sujeto, azorado.

Arturo sonrió apenas.

—Adivina.

—¿Quién es? ¿Tommy?

—¿Piensas que te lo revelaré?

—¡Me las pagarán!

—Tengo más de trescientos cincuenta millones de visitas solo en YouTube, señor Richard — advirtió Renata sin amedrentarse—. Su reputación caería por el suelo en forma abismal. Piénselo.

Por primera vez, el rostro del señor Ziff reflejó vulnerabilidad. Pero antes de ser capaz de emitir una palabra, la voz de una mujer se adelantó:

—¡Richard!

Nina, la flamante esposa, se acercaba con pasos felinos. Renata se preparó para la confrontación, porque esos dos unidos podían hacer estragos. Sin embargo, una sorpresa la aguardaba.

—Por el amor de Dios, ¡ya está bien! Deja a estos párvulos hacer su vida y tú pon en orden la tuya.

—Nina...

—Estoy cansada de la obsesión que tienes por tu hijo mayor. No sé si ves en él lo que tú jamás pudiste ser o qué, pero se acabó. Para que la familia pueda continuar con un futuro en armonía, hace falta que cedas en algunas cosas. Yo no puedo soportar más el peso que arrastro sobre mis hombros desde la noche en que mancillamos el enorme amor que estos chicos sienten el uno por el otro.

—Pero, Nina, perderías la posibilidad de un contrato discográfico con Renata.

—¡No me importa!

—Por fin tenemos algo en común —suspiró Renata.

—Además, debo informarte de algo muy importante, Richard.

—¿Qué?

—Estoy embarazada. —Con un brillo de desespero en la mirada, el señor Ziff tragó saliva y se humedeció los labios—. Y necesito que dispongas del tiempo necesario para la criatura y para mí. Así que, culmina con tus sandeces y transige. De lo contrario, pediré el divorcio.

Con la cabeza gacha y los hombros hundidos, el señor Ziff cayó sobre el sofá.

Arturo y Renata se miraron y, por fin, pudieron sonreír.

Capítulo 39

Gouda, Holanda

Renata sonrió a sus amigas mientras la mano de Arturo apretaba la suya con ternura.

—¡Qué hermoso domingo soleado, por Dios! —exclamó Silvia con una sonrisa de oreja a oreja.

Se encontraban en la casa de los padres de Renata, comiendo una nueva barbacoa, dos semanas después de que Arturo y ella hubiesen arribado a *Ámsterdam*.

Ese día, Renata había invitado a Kristel, Ashley y Silvia para compartir con su familia la enorme alegría de que Arturo y ella hubiesen formalizado la relación. Sabía que a Ashley no le resultaría fácil lidiar con la presencia de Timo, pero su gran deseo de reunir a todas las personas amadas para brindar y festejar había sido la gran prioridad.

Si bien en un principio a Marcel y a Timo no les había caído nada bien el retorno de Renata a los brazos de Arturo, el apoyo incondicional de Camilla y Barend fue lo que determinó que, a regañadientes, tuviesen que claudicar.

—Como si ya hubiese llegado el verano —contestó Kristel, acomodándose las gafas de sol en tanto degustaba una ensalada de papas con huevo.

Renata observó a su familia y a sus amigas sentadas en armonía alrededor de la mesa. Como de costumbre, su madre había hecho diferentes variedades de ensaladas y panes caseros para acompañar la carne y las brochetas de vegetales. Charlaban en forma muy amena, salvo Ashley, que mantenía los ojos bajos y sus mejillas se veían bastante sonrojadas.

No bien su amiga había arribado, Timo había intentado abordarla de todas los modos posibles, pero ella lo mantuvo a distancia hablando lo mínimo e indispensable con él. Pero como Timo era insoportable y muy poco respetuoso de la decisión de los demás, la renuencia de Ashley, en vez de amedrentarlo, lo impulsó a imponerle su compañía. Por eso, cuando su madre invitó a los presentes a sentarse a comer, Timo se apresuró a ubicarse frente a Ashley, desde donde se dedicó a escudriñarla.

Renata sacudió la cabeza pensando que su hermano era un tremendo egoísta que no podía aceptar que Ashley se le escapase de entre los dedos. Pero después de lo que ella había experimentado con Arturo, había decidido que el triángulo amoroso que Ashley, Tommy y Timo conformaban era una tarea que esos tres, algún día, deberían resolver.

Gracias a Dios, Tommy no se hallaba presente en esa oportunidad, porque, de lo contrario, se habría desatado una verdadera catástrofe. Por lo que Arturo le había contado, su amigo llegaría a Gouda en unos días desde Nueva York, y a Renata no le quedaba la menor duda de quién sería la primera personita que él iría a visitar.

—¿Estás bien, Pequitas?

La voz de Arturo al oído la hizo sonreír.

—Feliz, mi amor.

—Yo más —replicó él inclinándose para darle un beso largo y dulce en la boca.

—Renatita, ¿me acompañas a la cocina?

El pedido de Camilla los interrumpió.

—Por supuesto, mamá.

—¿Me la prestas, Arturo? Serán unos minutos.

—Claro, Camilla. —Y miró a Renata—. Te espero aquí, amor.

Renata asintió sonriente y acompañó a su madre al interior de la casa.

—¿Quieres que prepare más ensaladas?

—No, mi niña. Necesito que hablemos porque, desde que regresaste, no se ha dado la ocasión.

—Lo sé, mamá. Y te pido perdón por ello.

Camilla la abrazó y le acarició el cabello.

—Dime que tu suegro mequetrefe no ha vuelto a hacer de las suyas.

Renata sonrió a su madre. Ella misma había estado nerviosa, atenta a una posible reacción del señor Ziff, pero agradecía al cielo que no hubiesen tenido noticias de él desde que Arturo y ella partieron de Nueva York.

—Te aseguro que el que nadie nos detuviese en el aeropuerto significó un enorme alivio. Creo que la nueva fortaleza de nuestra pareja y la noticia del embarazo de Nina fueron las causas que quebrantaron la testarudez del señor Richard.

Camilla acomodó un mechón de pelo de Renata detrás de su oreja.

—De todas maneras, me cuesta admitir que ese hombre, luego de tanta maldad y crueldad para con su hijo, haya claudicado con tanta facilidad.

—Mamá, más allá de lo horrible que el señor Richard pueda ser, fue él quien encontró a su hijo casi muerto. Creo que ahí comenzó su cambio, aunque sea inconsciente. Incluso me buscó a mí, la última joven que él hubiese deseado para su hijo.

—Tienes razón.

Renata acarició la mano de su madre.

—Tendrías que haber visto cuando Arturo y yo lo amenazamos con informar a la gente acerca de sus intenciones. Ese hombre respira a través del poder y haría cualquier cosa con tal de impedir que su posicionamiento en la sociedad corriese algún riesgo.

—¿Era Tommy quien grababa la conversación?

—Sí. Y tenía la orden de colgarla en las redes apenas le avisásemos. Para rematar, Nina

apareció de forma milagrosa y confesó que está embarazada. Se la notaba furiosa y dispuesta a pedir el divorcio al señor Richard en caso de que él no transigiese. Como te darás cuenta, mamá, para un hombre acostumbrado a que los demás hiciesen lo que a él se le antojaba, estas razones lo hicieron tambalear. Y por increíble que parezca, la mujer que tanto daño nos hizo fue la que terminó ayudándonos.

—Pero ¿por qué Arturo permitió tal despotismo de su padre? ¿No podría haberlo enfrentado con las mismas armas que tú? Como dúo Arena, ustedes también eran muy famosos.

Renata respiró profundo, porque ella misma se había formulado esas preguntas muchas veces.

—Creo que Arturo necesitó pasar por toda esta experiencia para comprender quién era él en realidad. Cuando me abandonó, Arturo tenía terror de su progenitor, no se creía merecedor de mí y tampoco sabía cuánto me amaba. Desde esas bases, me resulta difícil pensar que él podría haber hecho más de lo que intentó. Pero toda esta locura le abrió los ojos y lo sacó de la parálisis en la que estaba sumido. Arturo ha crecido, madre. Lo siento y lo puedo constatar.

Camilla la abrazó de nuevo y le susurró al oído:

—¿Recuerdas cuando te dije que si deseabas amar a ese chico, que lo hicieses desde tus fortalezas y no tus debilidades?

—¿Cómo olvidarlo?

—Lo has logrado y estoy muy orgullosa de ti, mi cielo. —Le dio un beso en la mejilla—. Pero antes de regresar con los otros, quiero contarte que me topé con Lieke de Boer en la calle.

Una sonrisa enorme se dibujó en el rostro de Renata.

—Tengo que contarle que sus deseos fueron escuchados, aunque ello implique dejar de ser su vecina. Arturo me ha pedido que me mude con él esta semana.

—No podía ser de otro modo, mi corazón. Ese muchacho te adora. Y no te preocupes, que Lieke también está muy bien. Se casará en unos meses con Frank, el portero.

Madre e hija estallaron en risas de júbilo.

—¡Cuánto me alegro! —exclamó Renata.

—¿Conocías que ella es la dueña del edificio?

Renata abrió los ojos como dos lunas.

—¿Qué?

Su madre calzó el brazo en el de ella.

—Ya te contaré. Pero ahora volvamos, mi amor, que Arturo te estará echando de menos.

Renata contempló a Camilla con adoración y murmuró:

—Gracias, mamá.

Sonrientes, salieron al jardín y, mientras se acercaban a la mesa, Renata se dio cuenta de que Arturo no estaba sentado donde lo había dejado. Al buscarlo con la mirada, el corazón se le detuvo.

—No te inquietes, Ren —pidió Kristel—, esos tres se arreglarán con sus propios códigos.

Se le hizo un nudo en la garganta al divisar un poco más adelante a Marcel y a Timo, que

hablaban con Arturo en forma muy intimidante. Lo único que la aliviaba era que Timo dejaría de acosar a Ashley por un rato.

—Les juro que los mataré si se atreven a hacerle daño.

—Hija, esa conversación era necesaria —aclaró Camilla—. Solo así podrán arreglar sus diferencias.

Barend se levantó de la mesa y, acercándose a Renata, con tono divertido reveló:

—Al conocer a tu madre, Renatita, también tuve que hacerme cargo de mi cuñado que me detestaba.

—¿El tío Jaap?

—¡El mismo!

—Nunca me habías contado eso, papá.

—Fue una estupidez de chiquilines.

—¡Pero si él y tú son como hermanos!

Barend asintió con un brillo juguetón en los ojos.

—Y es lo que ocurrirá con Timo, Marcel y Arturo. Pero déjalos, que la testosterona ponga a cada uno en su lugar.

—Son unos primates —aseguró Silvia con los ojos en blanco.

Barend y Camilla echaron a reír a carcajadas, Ashley afirmó que estaba de acuerdo y Kristel se acomodó en la silla para que el sol le diese mejor en la cara. Por su parte, Renata tragó en seco y se dijo a sí misma que lo único que ella podía hacer era confiar en su novio.

Capítulo 40

—Arturo. —La voz ronca de Marcel llamó su atención—. ¿Tienes unos minutos para que hablemos?

Arturo miró hacia la puerta de la cocina, pero al no ver a Renata, asintió con la cabeza. Se levantó y siguió a Marcel, que lo condujo hacia un costado del jardín. A los pocos segundos, unos pasos pesados le confirmaron que Timo se unía a ellos.

—¿Qué desean los hermanos? —preguntó Arturo con sorna. Estaba harto de que esos dos sabuesos no lo dejaran en paz.

Timo tomó la palabra.

—Cuando abandonaste a Renata, ella sufrió demasiado, por lo tanto, quedas advertido de que no consentiremos que la dañes otra vez.

Arturo se obligó a contar hasta diez para evitar lanzar un puñetazo a cualquiera de esos idiotas. Respiró hondo.

—Tú, Timo, no tienes respaldo moral para venir con exigencias, cuando no tienes vergüenza de destruir el corazón de personas a las que yo también aprecio mucho.

Hubo un brillo de indignación en los ojos del muchacho, pero Arturo no se amedrentaría. Conocía la historia con Ashley y la dificultad que Tommy tenía de llegar a la muchacha por las heridas que ese tío le había infligido.

—No te permito... —siseó el hermano menor de Renata.

—¡Cállate! —ordenó Arturo, que acercó el rostro al de su contrincante casi de la misma altura que él—. No me vengas con sermones, cuando tú no comprendes lo que Renata y yo debimos atravesar. Es verdad que ella sufrió, y te juro que dedicaré el resto de mi existencia a reparar las heridas que la tiranía de mi padre y mi cobardía le infligieron. Pero quiero que te quede muy en claro a ti y a tu hermano que Renata es lo más importante para mí. Necesité transitar una experiencia que casi me deja el alma seca para entenderlo.

»Lamentablemente, no siempre acogemos lo que la vida nos presenta en las narices, ni siquiera cuando todo nuestro ser nos pide a gritos que lo hagamos. Pero ahora que he recuperado a Ren, no voy a tolerar que nada ni nadie se interponga entre nosotros. Lidié contra mi padre y su monstruosa iniquidad, así que no vacilaré en hacer lo mismo contra ustedes dos.

—Aun así...

—Detente, Timo, por favor.

La voz de Marcel provocó que este observara a su hermano con el ceño fruncido. Demoró un instante, pero al final asintió.

—Timo y yo no confiamos en ti —prosiguió Marcel con el interés puesto en Arturo—. No estamos seguros de que tus sentimientos sean genuinos.

Arturo emitió un pequeño bufido.

—El tiempo les demostrará que están equivocados. No tengo otra defensa.

—Si ya la lastimaste una vez, podrías hacerlo de nuevo.

—¡Jamás caeré de nuevo en ese error! —bramó Arturo a Timo—. Porque te aseguro que lo llevo grabado a fuego en los huesos. De todas maneras, te propongo algo. Ya que te crees tan valiente para defender a los demás, te daré una oportunidad que no podrás rechazar. —Timo lo escudriñaba con cierta curiosidad—. Si por alguna estúpida desavenencia entre tu hermana y yo se produjese el derramamiento de una sola lágrima de mi Ren, te doy permiso para que me demueles a golpes.

—No me convences —masculló Timo.

—Es tu problema —respondió Arturo, y clavó las pupilas en las de Marcel—. He enfrentado a mi familia para tener una vida con Renata y seguiré peleando contra cualquiera que amenace lo que ella y yo tenemos hoy. Así que piénsenlo bien, porque nunca me separaré de Ren. Lo que siento por ella no puedo exponerlo con palabras, porque en ningún diccionario existen las apropiadas para definirlo. No creo que me entiendan, pero me da igual.

El hermano mayor de Renata pareció reflexionar un rato hasta que asintió con la cabeza.

—Solo porque mi hermana te adora, te aceptaremos en nuestra familia.

—¡Pero qué dices, Marcel! —exclamó Timo fuera de sí.

—Deja de pensar en ti, hermano. Lo único que Renata desea es que le ofrezcamos una oportunidad a este tío; y yo no pienso contradecirla.

El semblante de Timo empalideció. El muchacho jadeaba de la rabia y de sus ojos emanaba un destello despiadado. Pero, sin decir una palabra más, dio media vuelta y se marchó.

Arturo clavó la vista en Marcel.

—Te debo una.

—Solo has feliz a mi hermana.

—De eso no tengas dudas.

Ambos se dieron la mano y regresaron para reunirse con los demás.

Epílogo

*E*stadio de Wembley, Londres

Un mes después

Muy emocionada, Renata enjugó sus lágrimas al contemplar la imagen de las noventa mil personas reunidas en uno de los estadios más reconocidos del mundo para dar la bienvenida al grupo Arena. Era la primera vez que Arturo y ella se habían subido a un escenario desde que habían decidido retornar como dúo.

Cuando lo habían anunciado en los medios, el número de fans no tardó en aumentar a cifras siderales, de igual forma que las fechas de próximos conciertos. Las diferentes compañías discográficas tampoco se cansaban de ofrecer los contratos más exorbitantes, pero Arturo y ella aún no habían hablado de ese tema.

Renata sumó el teclado a la interpretación de *Wild Horses*[39], *el tema que Arturo ejecutaba con una pasión y maestría tal, que mantenía a los espectadores por completo hipnotizados. Se llenó las fosas nasales del aroma a sol de la tarde y sonrió al recordar lo sucedido no bien habían salido a escena.*

A causa de la presencia de Arturo, la algarabía de la audiencia había sido tan apabullante que su novio, conmovido, había agradecido con una enorme sonrisa.

Por su parte, Renata no había dedicado el concierto a nadie, porque ese suceso pertenecía a su época como solista. Además, Arturo se encontraba presente y ella ya no necesitaba recordarle cuánto lo amaba. Pero lo que había conmocionado las fibras más profundas de Renata fue la reacción del público antes de iniciar el primer número. Desde las gradas y el césped, una infinidad de encendedores se prendieron y las lánguidas luces acompañaron el canturreo de «Dedicado a ti, mi amor» por parte de la concurrencia. Arturo y ella, estremecidos hasta la médula, tuvieron que esperar unos minutos para dar comienzo al espectáculo.

Y en ese momento, el sonido de los acordes de la bendita creación de The Rolling Stones provocó un sollozo en Renata. La intensidad de la música era tan exquisita que, al culminar la actuación, la ovación fue total. Y ella no dudó de que el éxito en el mercado musical estaría asegurado. Ambos conformaban una dupla muy especial, cuya magia estaba dando que hablar en todo el mundo. Y agradeció a Dios por ello.

—¡Hola, Londres! —gritó Arturo por el micrófono en medio de la algarabía ensordecedora—.

Gracias por la gran acogida a Arena.

Como respuesta, una enorme cantidad de globos de colores echaron a volar desde las tribunas.

—Para mí es un privilegio volver a trabajar junto a una de las jóvenes más talentosas que conozco —continuó Arturo, y los chiflidos de aprobación retumbaron por todo el estadio—. Esta noche en particular, me gustaría reafirmar que Renata no solo es dueña de un talento extraordinario, sino también de un alma sin igual.

Otra ola de clamor estalló y a Renata se le detuvo la respiración.

—Y por lo que ustedes han demostrado hace un rato, no dudo de que han extrañado las palabras con las que Renata comenzaba sus conciertos cuando era solista, ¿verdad?

Horrorizada, la joven abrió los ojos como soplillos y el griterío desaforado desbocó los latidos de su corazón.

—Aunque Renata hoy no haya pronunciado la preciosa frase que todos conocemos, yo quiero responder a esas palabras con la siguiente canción, que espero les guste. Se trata de *I Just Want Her Back*[40], de Danny Boone.

Renata contuvo el aliento. Ese tema no estaba incluido en el repertorio y era evidente que Arturo realizaría un solo en el violonchelo.

Su novio la miró y, sin dejar de sonreír, susurró:

—Dedicado a ti, mi amor.

Cuando el estadio se vino abajo de los aplausos y gritos de satisfacción, las lágrimas de Renata arrieron. Los encendedores volvieron a iluminarse para acompañar al instrumento que daba vida a una composición en la que un hombre rogaba a Dios para que su mujer regresase a él.

*Solo la quiero de regreso, la quiero aquí.
Mi corazón está en el suelo, atrapado en una mira en blanco.
Sé que me equivoqué,
Pero solo la quiero en casa.
Estoy enviando una oración.
¿Hay alguien ahí?*

Con la voz ronca de Arturo resonando a través de los parlantes de Wembley, Renata se limpió la humedad de la cara con las yemas de los dedos, aunque estaba segura de que jamás pararía de llorar. Muchas personas se unieron a ella, emocionadas por la energía del mensaje de Arturo.

*No fue ella quien decidió irse.
¿Qué demonios estaba pensando?
Querido señor del cielo,
Por favor, ven y quítame este dolor.*

El violonchelo rugió en toda su magnificencia ante una audiencia que eligió permanecer en silencio. Arturo, con los párpados cerrados, expresaba la terrible desazón que el tiempo de separación había significado para él. Y noventa mil pares de ojos fueron testigos de la declaración

de su amor por ella.

Cuando la canción llegó a su fin, el mutismo perduró latente. Arturo abrió los ojos y se puso de pie. Colocó el instrumento sobre la silla y, enseguida, aferró el micrófono.

—Renata —musitó con la voz quebrada—. Solo tú podías salvarme, mi amor. Solo tú. Pasar mis días alejado de ti implicó mi ruina, a tal punto que llegué a creer que yo ya no tendría remedio. Sin embargo, tu rostro y tu sonrisa me mantuvieron vivo. Porque siempre se trató de ti, Pequitas. Incluso tus resquebrajadas cartas lo anunciaron.

Renata asintió sonriendo y volvió a enjugar las gotitas que se derramaban por su cara.

—Sabes que soy pésimo con las palabras, pero hoy voy a confesarle a esta gente maravillosa lo que llevo guardado en mi corazón desde el primer día en que te vi, y que se ha transformado en lo más importante de mi vida: te amo, Pequitas.

El público aclamó en forma estremecedora y los sollozos de Renata se volvieron más potentes. Pero cuando Arturo extrajo una cajita de terciopelo negro de un bolsillo de su pantalón y se puso de rodillas frente a ella, creyó morir.

—¿Me harías el ser más dichoso del planeta y aceptarías casarte conmigo?

Moviendo su fogosa cabellera, Renata corrió hacia los brazos abiertos que la esperaban y cayó de rodillas frente a su hombre. Se abrazaron como si no hubiese un mañana.

Acompañados por el rugido de las voces y los aplausos entusiastas, Renata susurró al oído de su chico:

—Sí, mi amor. Para siempre.

FIN

Nota de autora

Queridos lectores:

¡Muchas gracias por haber leído la historia de Renata y Arturo! Espero que la hayan disfrutado tanto como yo cuando la escribí.

A lo largo de la lectura encontrarán varias canciones que he elegido para recrear el precioso amor de esta pareja. Como son originales del idioma inglés, en el siguiente listado hallarán el nombre de los temas en la lengua original y, entre paréntesis, la traducción en español. A su lado, he agregado los intérpretes.

1. *We Found Love (Encontramos el amor)*, Rihanna y Calvin Harris.
2. *We are the champions (Somos los campeones)*, Queen.
3. *Don't Stop The Music (No detengan la música)*, Rihanna.
4. *Shiver (Me estremezco)*, Natalie Imbruglia.
5. *Live And Let Die (Vive y deja morir)*, Paul McCartney y su banda Wings.
6. *Meditation from Thais (Meditación de Thais)*, Jules Massenet.
7. *Smells Like Teen Spirit (Huele como un espíritu adolescente)*, Nirvana.
8. *Highway To Hell (Autopista al infierno)*, AC/DC.
9. *Perfect (Perfecta)*, Ed Sheeran.
10. *They Don't Care About Us (Ellos no se preocupan por nosotros)*, Michael Jackson.
11. *Game of thrones (Juego de tronos)*, 2cellos.
12. *The Resistance (La resistencia)*, Skillet.
13. *Nothing Compares To You (Nada se compara a ti)*, Sinéad O'Connor.
14. *Something (Algo)*, George Harrison.
15. *Big Girls Cry (Las chicas grandes también lloran)*, Sia.
16. *Don't Stop Me Now (No me detengas ahora)*, Queen.
17. *Wild Horses (Caballos salvajes)*, Rolling Stones.
18. *I Just Want Her Back (Solo quiero que ella regrese)*, Danny Boone.

Si quieres saber más sobre mi carrera como escritora y los libros que ya tengo publicados en Selección BdB y en Selecta, de Penguin Random House, me encantaría invitarte a que te pases por mi blog:

<https://chrisdewitromance.wordpress.com/>

También puedes encontrarme en Facebook:

Chris de Wit: <https://www.facebook.com/profile.php?id=100015193534151>

Chris de Wit Romance: <https://www.facebook.com/chrisdewitromance/>

Por último, si tienes tiempo y te apetece, me gustaría que me cuentes qué te han parecido mis historias. Tu opinión me ayudará, sin ninguna duda, a enriquecerme y a evolucionar como escritora. Una vez más, y de verdad, muchas gracias.

Chris

Agradecimientos

Quiero agradecer infinitamente a:

Mi amada familia (la de aquí y la de allá), en especial, a Bauti y Benja.

Mi querida Lola Gude y todo el equipo de Selecta, de Penguin Random House.

Mis queridísimos lectores.

Mis entrañables compañeros y amigos escritores.

Mis incondicionales lectoras cero: Juana y Viviana.

Susana y su enorme generosidad.

Mimi Romanz y su fantástica creatividad. También su paciencia para conmigo.

María Inés, Nara y Marcelo.

Mis amigos (¡Chicas!).

Ana, Águila Blanca y el manantial.

Si te ha gustado

Dedicado a ti, mi amor

te recomendamos comenzar a leer

Algo más que una burlona sonrisa irlandesa
de *Begoña Gambín*



Capítulo 1

*P*rimeros de julio 2019

Las pocas neuronas que le quedaban a Declan Campbell sin chamuscar, vagaban perdidas por su cerebro, ocupadas en buscar un hueco donde colocarse y ser útiles a su poseedor. No podía comportarse así en un cementerio y menos cuando al que daban el último adiós era su querido tío Keiran.

Pero es que a pocos centímetros de él estaba ella. ELLA.

Hacía años que no la veía, quince para ser exactos, desde que ella se marchó a estudiar una carrera, no recordaba cuál, en una universidad, no sabía dónde. Él era demasiado joven para fijarse en esas cosas.

En cuanto el oficiante del entierro acabó con su cometido, se produjeron unos minutos de silencio y a continuación la gente comenzó a dispersarse. Sabía que debía saludarla, por eso volvió a mirarla de soslayo, aunque con eso solo consiguió detectar el color del fuego. Giró su cuerpo lentamente, como si fuese en cámara lenta y se encontró con su perfil. Tan solo su bella silueta aquilina se ofrecía a sus ojos mientras se despedía de algún amigo. Percibió cómo poco a poco ella también dirigió su cuerpo hacia él, por lo que comenzó a esbozar una sonrisa cordial que se quedó congelada en cuanto chocaron sus miradas, la apartó, parpadeó, tragó saliva, volvió a parpadear e intentó de nuevo sonreír a la vez que volvía a concentrar sus ojos en ella. Por último, tosió ligeramente.

Patético. Realmente patético.

—Hola —balbuceó pese a todos sus esfuerzos por mostrarse natural. ¡Debía reponerse de inmediato!

—Hola —respondió Tara con el rostro inexpresivo a la vez que le tendía la mano. Él la miró como si fuese un bicho extraño a punto de picarlo antes de caer en la cuenta de lo que pretendía la joven. ¿La mano? ¿En serio que le ofrecía la mano en lugar de la mejilla para darse un casto beso? No recordaba a Tara tan puritana.

—Ah —exclamó y se la estrechó por fin—, sí.

—Cuánto tiempo sin verte, Declan —dijo Tara con voz gangosa.

—Es cierto —admitió él mientras observaba su rostro con mayor profundidad—. Oye, ¿te ocurre algo o tu nariz ha crecido desde que no nos vemos?

Tara hizo una mueca con su boca, con la misma boca que deseó besar durante años.

—Tengo un catarro tremendo que me ha congestionado la nariz.

Daba igual, de todas formas estaba preciosa con ese sonrojo natural en la punta. Desde que distinguió su hermosa mata de pelo roja nada más entrar en la iglesia junto a sus propios padres, su mente se había colapsado ante tanto recuerdo que acudía a ella de forma masiva.

Su madre había nacido allí, en Dingle, en la península del mismo nombre, donde él pasaba todas las vacaciones disponibles. En realidad, Declan vivía con sus padres a tan solo unos cincuenta kilómetros de distancia, en Tralee, pero para él esa pequeña localidad era otro mundo.

Sus padres lo dejaban en la casa de su tío Keiran O'Sullivan, hermano mayor de su madre, casado con la tía Arlene Dunne —fallecida hacía unos años— y sin hijos; allí disfrutaba ayudándoles en su hotel, pero también tenía un grupo de amigos con los que se divertía.

El sentimiento de libertad, a la vez que el de responsabilidad, había ido calando en su forma de ser con el ejemplo del tío Keiran. Pero también otro sentimiento dejó su primera espinita en su corazón en aquel lugar.

Declan se enamoró perdidamente de la sobrina de la tía Arlene, Tara Murphy. La muchacha tenía cinco años más que él y lo tenía deslumbrado desde bien pequeño, algo que fue creciendo conforme los años pasaban. Lo mantenía en silencio, la adoraba a lo lejos, siempre pendiente de ella, y ella...

Tara lo trataba como a un crío.

De niño, ella era una adolescente mandona que siempre le recriminaba las bromas que gastaba a sus amigos o la guasa con la que se tomaba todas sus palabras de reproche. Cuando creció y se convirtió en el muchacho guapo y simpático que conquistaba a todas las jovencitas del lugar, ella se burlaba de su actitud chulesca.

Porque sí, él siempre había sido una persona de sonrisa fácil y trato conquistador, pero recordaba con angustia la época en la que le dio por intentar deslumbrarla a ella y terminaba balbuceando como un panoli.

Cuando Tara se marchó sin que demostrase hacia él el menor interés, le rompió el corazón. Era la primera vez que alguien lo hacía y fue bastante traumático para él. Desgraciadamente, ya no volvió a verla. Cinco años después, Duncan fue el que acudió al *Trinity College* de Dublín para estudiar Derecho y cambió su vida tranquila de los veranos en Dingle por viajes, másteres, prácticas de formación, intercambios estudiantiles, y un sinfín de otras actividades que consiguieron borrar de su mente los días felices en la península.

Hasta ese momento.

—¿Qué es de tu vida? ¿Vives aquí o has venido a despedirte del tío? —le preguntó a Tara con curiosidad.

—Vivo aquí, sí. Trabajo en el *Dingle Oceanworld Aquarium*. Soy bióloga marina.

—¡Vaya! Debe ser muy interesante. No sabía nada.

—Me lo imagino, hace más de quince años que no nos vemos. En cambio, yo lo sé todo de ti —admitió Tara con una sonrisa socarrona—. Sé que has formado una empresa de creación de videojuegos en Dublín con otros dos socios y que tú te encargas de la parte legal. Eres abogado. El tío Keiran me mantenía informada; estaba muy orgulloso de ti.

—Bueno... yo es que hace más de diez años que no vengo por aquí.

—También lo sé.

—Ya veo...

—Ahora he de irme. Espero no tardar otros quince años en volver a verte, Declan.

—Yo también.

La observó marcharse. ¡Dios! Ese culo respingón que lo volvía loco antaño había tomado cuerpo y ampliado las caderas. ¡Estaba soberbia! Su melena rizada roja y salvaje le caía por detrás hasta la mitad de la espalda. Su cuerpo reaccionó y el deseo lo inundó como si fuese un chaval y no tuviese la capacidad de controlarse.

A su mente acudieron los malos tragos que él tuvo que pasar de adolescente para ocultar su precoz excitación cada vez que evocaba sus pechos de tamaño pequeño que en cierta ocasión pudo ver al desatársele la parte de arriba del bikini mientras se bañaban en la playa cercana al hotel.

Esperaba haber superado esa época. No, no lo esperaba: estaba convencido de ello. Su respuesta física tan solo había sido provocada por la inesperada situación. El recuerdo caliente del pasado.

—Cariño, el albacea testamentario de mi hermano nos ha informado que debemos estar los tres esta tarde en su despacho.

Declan se giró para mirar a su madre, que se había colocado a su lado.

—¿Yo también? Pensaba volver esta misma tarde a Dublín.

—Imposible. Nos ha dejado muy claro que debemos asistir o no se podrá leer el testamento.

Pasó el brazo sobre los hombros de su madre y la arrebujó hacia él. Se la notaba muy acongojada. Había sido un duro golpe para ella. Su hermano Keiran O'Sullivan era el único familiar que le quedaba y el infarto fulminante que había arrasado con su vida había sido totalmente inesperado.

En cuanto su madre lo llamó, Declan acudió de inmediato. No podía ni quería faltar al último adiós de su tío. No es que fuese la situación con la que se sintiese más a gusto, más bien todo lo contrario. Pero junto a él había formado sus recuerdos más queridos de la infancia y juventud. Aunque en esos momentos fuese una tortura para él.

—Pues entonces, he de avisar a mis socios, ¿me disculpas un momento?

—Por supuesto, cariño.

Declan se apartó un poco mientras sus padres se despedían de los presentes al sepelio. Sacó su móvil del bolsillo de su impoluta chaqueta y se puso en comunicación con Connor Murray.

—Connor, he de pasar la noche aquí, así que no me esperéis mañana para la reunión de primera hora.

—No te preocupes, ahora mismo tenemos todo bien encarrilado y tus legajos, normativas y contratos son lo menos importante; si quieres, puedes permanecer allí unos días. Además —añadió su amigo dándole un tono sarcástico a sus palabras—, te recuerdo que tienes una estupenda secretaria.

—Eso sí Seán deja trabajar a Astrid y no la reclama para que le ayude con el argumento del videojuego en el que esté actualmente. Pero no, no hará falta tomarme unos días. Mañana regreso.

Dedicato a ti, mi amor



La joven profesora de música Renata van der Berg se entera de que en el piso de arriba se ha mudado Arturo Ziff, un norteamericano tan condenadamente guapo como insoportable. Tiene unos ojos verdes que la vuelven loca, pero, cuando le sonrío como si se creyese el dueño del mundo, a ella le gustaría propinarle un buen sopapo.

Si bien en un principio la convivencia como vecinos resulta fatal, el amor que ambos sienten por la música obra su magia y comienzan a conocerse. Sin embargo, Renata no se deja engañar y reconoce con crudeza que Arturo representa todo aquello que ella detesta en un chico: es egocéntrico, grosero y libertino.

El problema es que cada vez que él se digna a prestarle un poco de atención, el traidor corazón de Renata no escucha razones y palpita de manera desenfrenada. Encima, el enigmático Arturo oculta demasiados secretos que despiertan en Renata una enorme curiosidad y, a la vez, un gran temor por descubrir lo que se esconde detrás de ellos.

Lo que Renata no sospecha es que Arturo tiene en mente muchas cosas en donde ella es la gran protagonista, y que no se detendrá hasta conseguir de la muchacha lo que esta, ni en sus más locas fantasías, habría podido imaginar.

Chris de Wit. Nací en Córdoba, Argentina pero crecí en Paraná, Entre Ríos. Allí ejercí mi profesión de ingeniera agrónoma por muchos años hasta que emigré de mi país para casarme con mi esposo, que vive en Dinamarca. Tenemos dos hijos maravillosos, y gozamos de la compañía de nuestra perra y tres gatos. Hace unos años, me licencié como pedagoga y trabajo en una escuela, donde también doy clases de teatro y español. Medito y estoy muy conectada con la cultura maya. Desde muy pequeña he sido una voraz lectora de libros de diferentes géneros, pero es en el año 2010 donde descubro el género de la novela romántica y me apasiono completamente con él. Al poco tiempo, decido escribir mis propias historias.

Edición en formato digital: enero de 2019

© 2019, Chris de Wit

© 2019, Penguin Random House Grupo Editorial, S. A. U.

Travessera de Gràcia, 47-49. 08021 Barcelona

Penguin Random House Grupo Editorial apoya la protección del *copyright*. El *copyright* estimula la creatividad, defiende la diversidad en el ámbito de las ideas y el conocimiento, promueve la libre expresión y favorece una cultura viva. Gracias por comprar una edición autorizada de este libro y por respetar las leyes del *copyright* al no reproducir ni distribuir ninguna parte de esta obra por ningún medio sin permiso. Al hacerlo está respaldando a los autores y permitiendo que PRHGE continúe publicando libros para todos los lectores. Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos, <http://www.cedro.org>) si necesita reproducir algún fragmento de esta obra.

ISBN: 978-84-17616-36-6

Composición digital: leerendigital.com

www.megustaleer.com

Penguin
Random House
Grupo Editorial

megustaleer

Descubre tu próxima lectura

Apúntate y recibirás
recomendaciones de lecturas
personalizadas.

Visita:

ebooks.megustaleer.club



@megustaleerebooks



@megustaleer



@megustaleer

NOTAS

Capítulo 5

[1] *Encontramos el amor.*

Capítulo 6

[2] En]holandés: Detrás de la iglesia.

[3] Iglesia de San Juan.

[4] Ayuntamiento.

Capítulo 7

[5] Abreviatura de Disc Jockey.

[6] Abreviatura de Disc Jockey.

[7] En holandés: Al lado de la iglesia.

Capítulo 9

[8] Canal de agua angosto de una ciudad, característico del paisaje holandés.

[9] Canal fluvial de una ciudad, cuyas orillas están bordeadas de calles con casas. El sentido de las calles es único. Las dimensiones de este tipo de canal permiten la circulación de medios de transporte.

Capítulo 10

[10] Neologismo que se refiere a mantener relaciones amorosas y sexuales en forma simultánea y consensuada.

Capítulo 11

[11] *Somos los campeones.*

[12] *No detengan la música.*

[13] *Me estremezco.*

[14] *Vive y deja morir.*

Capítulo 12

[15] Persona muy refinada en el modo de vestir.

Capítulo 13

[16] *Meditación de Thais*, de la ópera *Thais*, de Jules Massenet.

[17] Banda musical, cuyo líder fue Paul McCartney. El grupo comenzó en el año 1972 y se disolvió en 1980.

Capítulo 14

[18] *Rapsodia bohemia*, de Queen.

Capítulo 16

[19] *Allium schoenoprasum*. También denominado: cebollino, cebolla de hoja, cebolla china, cebolleta, cebollín, cebollino de ajo o cebolla en rama.

Capítulo 17

[20] *Huele como a un espíritu adolescente.*

[21] *Autopista al infierno.*

[22] *Perfecta.*

[23] *Ellos no se preocupan por nosotros.*

[24] *Juego de tronos.*

Capítulo 20

[25] *Sufilé de queso.*

Capítulo 21

[26] *La Caja.*

Capítulo 24

[27] *La resistencia.*

[28] *¡Por favor, ayuda!, en alemán.*

[29] *Abreviatura de Mister, Señor en inglés.*

Capítulo 26

[30] *Nada se compara a ti.*

[31] *Algo.*

Capítulo 27

[32] *Estadio de París,]construido en el año 1939.*

[33] *Dedicado a ti, mi amor, en francés.*

Capítulo 28

[34] En inglés: Dedicado a ti, mi amor.

[35] *Las chicas grandes también lloran.*

[36] *No me detengas ahora.*

Capítulo 34

[37] Registro.

Capítulo 38

[38] Apartamento caro o un conjunto de habitaciones en la parte superior de un edificio alto o de un hotel.

Capítulo 41

[39] *Caballos salvajes.*

[40] *Solo quiero que ella regrese.*

Índice

Dedicado a ti, mi amor

Capítulo 1
Capítulo 2
Capítulo 3
Capítulo 4
Capítulo 5
Capítulo 6
Capítulo 7
Capítulo 8
Capítulo 9
Capítulo 10
Capítulo 11
Capítulo 12
Capítulo 13
Capítulo 14
Capítulo 15
Capítulo 16
Capítulo 17
Capítulo 18
Capítulo 19
Capítulo 20
Capítulo 21
Capítulo 22
Capítulo 23
Capítulo 24
Capítulo 25
Capítulo 26
Capítulo 27
Capítulo 28
Capítulo 29
Capítulo 30
Capítulo 31
Capítulo 32

Capítulo 33
Capítulo 34
Capítulo 35
Capítulo 36
Capítulo 37
Capítulo 38
Capítulo 39
Capítulo 40
Epílogo
Nota de autora
Agradecimientos

Si te ha gustado esta novela
Sobre este libro
Sobre Chris de Wit
Créditos
Notas